



VIRGILIO DÍAZ GRULLÓN

# CRÓNICAS DE ALTO CERRO





# CRÓNICAS DE ALTOCERRO

CUENTOS

CLÁSICOS DOMINICANOS  
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA  
SERIE I. NARRATIVA



INSTITUTO SUPERIOR  
DE FORMACIÓN DOCENTE  
SALOMÉ UREÑA  
ISFODOSU

#### **JUNTA DIRECTIVA**

**Andrés Navarro** Ministro de Educación

**Denia Burgos** Viceministra de Asuntos Técnicos Pedagógicos, Ministerio de Educación

**Carmen Sánchez** Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

**Andrés de las Mercedes** Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

**Eduardo Hidalgo** Presidente de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

**Altagracia López, Ramón Flores, Manuel Cabrera, Miguel Lama, Magdalena Lizardo,**

**Radhamés Mejía, Rafael Emilio Yunén, Ramón Morrison, José Rafael Lantigua y**

**Juan Tomás Tavares, Miembros**

**Julio Sánchez Maríñez** Rector

#### **AUTORIDADES ACADÉMICAS**

**Julio Sánchez Maríñez** Rector

**Rosa Kranwinkel Aquino** Vicerrectora Académica

**Andrea Paz** Vicerrectora de Investigación y Postgrado

**Marcos Vega Gil** Vicerrector Ejecutivo, Recinto Félix Evaristo Mejía

**Mercedes Carrasco** Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Juan Vicente Moscoso

**Franco Ventura** Vicerrector Ejecutivo, Recinto Luis Napoleón Núñez Molina

**Jorge Sención** Vicerrector Ejecutivo, Recinto Urania Montás

**Ana Julia Suriel** Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Emilio Prud'Homme

**Cristina Rivas** Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Eugenio María de Hostos

**Jorge Adalberto Martínez** Director de la Escuela de Directores

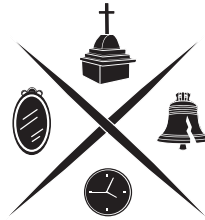
**Anexis Figuereo** Representante del Profesorado

**Braulio de los Santos** Representante de los Directores Académicos

**Fidencio Fabián** Director de Planificación

**Raquel Pérez** Directora Administrativa Financiera

**Jeremías Pimentel** Representante Estudiantil



VIRGILIO DÍAZ GRULLÓN

# CRÓNICAS DE ALTOCERRO

CUENTOS

PRÓLOGO DE JOSÉ ALCÁNTARA ALMÁNzar



---

## **CRÓNICAS DE ALTOCERRO | Virgilio Díaz Grullón**

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS, Serie I. Narrativa.

Dirección general Julio Sánchez Maríñez, Rector  
Coordinación Yulendys Jorge, Directora de Comunicaciones

Dirección editorial Margarita Marmolejos V.  
Diseño de interiores Ana Zadya Gerardino  
Diagramación y portada Julissa Ivor Medina  
Corrección Thelma Arvelo, Janet Canals, Vilma Martínez y Apolinar Liz

ISBN 978-9945-8972-8-9

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.  
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,  
Santo Domingo, República Dominicana, 2018.

## P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ISFODOSU, tiene como misión fundamental formar profesionales de la educación y, como visión estratégica, constituirse en la institución de referencia de la formación docente en República Dominicana, compromiso que impone la asunción de amplias responsabilidades y retos en su quehacer educativo.

En ese marco se inscribe la iniciativa de publicar colecciones editoriales que recojan obras de gran importancia literaria, histórica o académica, para ponerlas a disposición de los docentes en formación y en ejercicio y, en general, de toda la ciudadanía. Así, estas colecciones incluirán obras que forman parte del patrimonio intelectual y cultural dominicano, y es nuestro mayor interés facilitar y fomentar su conocimiento y disfrute.

Con esta primera colección, «Clásicos Dominicanos. Serie I. Narrativa», se inicia nuestra labor editorial sistemática, a la que esperamos dar sostenibilidad con la publicación de otras colecciones que, como esta, contribuyan a una mejor formación de nuestros futuros docentes, del magisterio nacional y de una población lectora cada vez más esforzada en el conocimiento de su cultura y su historia y en su desarrollo intelectual.

Los títulos de esta primera colección son tan relevantes como lo fueron sus autores y tan trascendentales como lo es su permanencia en el tiempo: *El monterero*, de Pedro Francisco

Bonó; *Over*, de Ramón Marrero Aristy; *Cuentos Cimarrones*, de Sócrates Nolasco; *Cartas a Evelina*, de Francisco E. Moscoso Puello; *Crónicas de Altocerro*, de Virgilio Díaz Grullón; *La fantasma de Higüey*, de Francisco Javier Angulo Guridi; *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván; *La sangre*, de Tulio Manuel Cestero; *Trementina, clerén y bongó*, de Julio González Herrera; y *Guanuma*, de Federico García Godoy.

Para seleccionar estas obras agradecemos la valiosa cooperación de Mu-Kien Sang Ben, presidente de la Academia Dominicana de la Historia; Bruno Rosario Candelier, presidente de la Academia Dominicana de la Lengua y Rafael Peralta Romero, miembro; Dennis Simó, director ejecutivo de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos; Remigio García y Raymundo González, de la Dirección General de Currículo del Ministerio de Educación; Pablo Mella, Ruth Nolasco y María José Rincón, asesores del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, y esta última miembro de la Academia Dominicana de la Lengua.

En honor a esos excelentes autores y sus obras elegidas, hemos querido contar como prologuistas con diez reputadas firmas de intelectuales y escritores dominicanos: José Alcántara Almánzar, Soledad Álvarez, Roberto Cassá, Ruth Nolasco, Raymundo González, Miguel Ángel Fornerín, José Rafael Lantigua, Mu-Kien Sang Ben, José Mármol y Jochy Herrera, quienes con entusiasmo y absoluta disposición aceptaron ser parte de este esfuerzo editorial del Instituto, por la conservación, difusión, enriquecimiento y desarrollo del patrimonio intelectual y cultural de la sociedad dominicana.

Julio Sánchez Maríñez  
Rector



## P R Ó L O G O



En la trayectoria del cuento dominicano contemporáneo, Virgilio Díaz Grullón (1924-2001) ocupa un lugar cimero que alcanzó con una obra breve pero ejemplar, integrada por tres libros: *Un día cualquiera* (1958), *Crónicas de Altocerro* (1966) y *Más allá del espejo* (1975). Publicó además una novela corta, *Los algarrobos también sueñan* (1977) y un libro de memorias, *Antinostalgia de una Era* (1989). Pero de todo lo que dio a conocer, siempre a largos intervalos, son sus cuentos los que le han ganado un lugar de primer orden entre los narradores del siglo pasado, debido ante todo a la excelencia de su prosa, en la que no hay fisuras ni caídas y que parece labrada por un artífice de la palabra. Asimismo, por su creación de personajes urbanos durante un período con muchos rasgos aldeanos, pues aunque no fue pionero en incursionar en las palpitaciones de la ciudad, sí fue un consistente buceador en la mentalidad y prácticas de la gente de las urbes. De igual modo, por trascender cierto realismo al uso, para conformar un mundo propio en el que exploraba la psicología de los personajes y, más tarde, atravesaba las fronteras de la realidad real para sumergirse de lleno en las aguas de la fantasía.

Al revisar la biografía de Díaz Grullón se advierte, como muchas veces ocurre con escritores de valía de cualquier latitud y época, que su existencia transcurrió entre ocupaciones y actividades muy alejadas del quehacer literario, y sin embargo su vocación de escritor finalmente se

impuso a cualquier otro reclamo. Era hijo único del notable escritor y diplomático petromacorisano Virgilio Díaz Ordóñez, «Ligio Vizardi» (1895-1968) y de la señora Ana Virginia Grullón, que falleció cuando todavía su hijo era un niño de pocos años, hecho que iba a marcarlo y se reflejaría de manera obstinada en su narrativa («El pequeño culpable», «El reloj»).

Díaz Grullón hizo estudios primarios y de bachillerato en Santiago de los Caballeros, de donde era oriunda su madre, y en 1946 obtuvo el título de Doctor en Derecho en la Universidad de Santo Domingo. Aunque en su mocedad participó activamente en Juventud Democrática, movimiento contestatario frente al régimen de Rafael Leónidas Trujillo Molina (1891-1961), el hecho de ser hijo de un prominente funcionario y diplomático activo que siempre lo protegió fue un factor que lo salvó de caer en las garras de la dictadura, pese a que muy pronto nuestro autor se vio inmerso en labores burocráticas que desempeñó durante décadas, incluso, como cruel paradoja, en el mismo Palacio Nacional, donde su despacho estaba muy próximo al del tirano, según ha contado él mismo, con cierto humor negro, en sus memorias.

Nuestro autor desempeñó, entre otros, los cargos de Secretario de la Presidencia, subsecretario de Estado en varias dependencias (Educación, Finanzas, Previsión Social y Trabajo), alto funcionario del Banco Central de la República Dominicana y el Banco Interamericano de Desarrollo, lo que le permitió vivir casi un decenio en Washington, D.C., junto a su esposa, la pianista y educadora Aída Bonnelly de Díaz (1926-2013), y los hijos de la pareja, Victoria Amelia y Virgilio Arturo. A su regreso definitivo al país fue Secretario del Banco Central de la República Dominicana, y asesor de la Compañía Financiera Dominicana.

Díaz Grullón fue un escritor tardío, a juzgar por la fecha de aparición de su primer libro, *Un día cualquiera*, es decir, cuando tenía treinta y cuatro años de edad. Pero desde el inicio, su obra narrativa reveló un equilibrio formal y una madurez expresiva poco comunes

en un autor primerizo, lo cual indica no solo una esmerada formación literaria sino un cuidadoso trabajo de escritura de larga incubación.

Publicado ocho años después de su primer libro, *Crónicas de Altocerro* confirmó su dominio del género, al mismo tiempo que ampliaba el alcance temático de su obra. El nombre del sector que sirve de título al libro, de acuerdo con el periodista y crítico literario Carlos Curiel, autor del prólogo de la primera edición de la obra, es «un poblacho creado por la imaginación del autor». Curiosamente, Cerro Alto es el sector de Jarabacoa donde el autor y su esposa edificaron una casa de descanso que disfrutaron muchos años, adonde acudían amigos e importantes personalidades de la vida cultural, la cual todavía permanece allí, solo en ocasiones visitada por los descendientes, pero aún habitada por muebles y enseres, cuadros, libros, un piano de pared tal como lo dejó su dueña, partituras, bustos de la pareja, fotografías y otros recuerdos elocuentes de tantas ilusiones compartidas.

En *Crónicas de Altocerro*, el autor exhibe una prosa depurada que fluye en cada cuento elaborado con la maestría de narrador exquisito. Son textos en que la acción está supeditada a la reflexión y al cálculo, a base de una escritura minuciosa y objetiva con pocos detalles del entorno. La pericia de cuentista que conoce bien su oficio le permite no tomar partido frente a los hechos ni juzgar la conducta de sus personajes, y lo hace siempre con una admirable sabiduría hasta alcanzar el efecto sorpresa del desenlace final.

Los cuentos de la colección reunida en *Crónicas de Altocerro* eluden lo folklórico, el dato pintoresco, la anécdota fácil, para centrarse en los enigmas del comportamiento humano y las traiciones del subconsciente. Los sueños, las pesadillas, las frustraciones, la fantasía –esa otra cara de la realidad–, el humor negro («Crónica policial»), son motores poderosos que impulsan las acciones de los personajes.

Algunos estudiosos y críticos de la obra de Díaz Grullón han hablado del «cuento antiheroico», el «hombre acorralado» (Héctor

Incháustegui Cabral), la «pasividad emocional» de los personajes (María del Carmen Prosdocimi de Rivera), la «ahistoricidad» o «atemporalidad» de sus ficciones (Pedro Vergés), la «exploración de la siquis humana» (Soledad Álvarez), e incluso el estado de «muerte en vida, el tedio de una existencia sin lugar para la invención ni la rebeldía» (Ángela Hernández). Es en parte por estas razones que se ha mencionado la influencia de Franz Kafka (1883-1924) en la narrativa de Díaz Grullón («El corcho sobre el río»). Por ejemplo, en el cuento «Edipo», la opresión paterna constituye el rasgo característico; es la kafkiana pesadilla de un hijo al evocar el pasado cuando va camino al cementerio donde sepultan a su padre. En otro cuento, Luis Almovar, personaje de «El corcho sobre el río», posee el mismo perfil kafkiano de los protagonistas de Díaz Grullón: son pasivos, taciturnos, seres sin voluntad a quienes el destino les juega una mala pasada. El crimen de su amante Laura Vindaya, que tanto había rumiado Almovar, se convierte para él en un bumerán cuando ella se suicida. En materia de comparaciones, y llevando las cosas a los extremos, sería también posible establecer cierto parentesco entre las ficciones de Díaz Grullón y las novelas del escritor dublinés Samuel Beckett (1906-1989), figura clave del teatro del absurdo, cuyos personajes se caracterizan por la inmovilidad y el abatimiento.

En «Círculo», uno de sus cuentos emblemáticos, todo transcurre en el inexplicable y misterioso ámbito del sueño. La realidad, por más absurda que parezca, se despliega sin contradicciones en el aseo matinal de un personaje ordenado y ascético, ritualista, cuya vida solitaria y vacía gira sin cesar, volviendo siempre al inicio, como una serpiente que se muerde la cola. En «Más allá del espejo», otro cuento magistral, el protagonista traspasa el espejo con la mano y encuentra del otro lado una realidad desconocida e inconmensurable a la que decide acceder, lanzándose en busca de lo que llama su 'destino', algo desconocido que le atemoriza y al mismo tiempo le atrae.

Los personajes de Díaz Grullón por lo general son enigmáticos, solitarios, impenetrables, con un secreto a cuestas («Un epitafio para don Justo»). Pero también pueden ser transgresores potenciales o imaginarios («Dos pesos para Cirilo»). El protagonista de «Retorno» sufre de amnesia y cada ‘rapto’ o ausencia de memoria se hace mayor para desembocar en un regreso a la niñez. Precisamente el retorno al paraíso perdido de la infancia simboliza la recuperación de un mundo seguro, a salvo de amenazas, lejos del vacío y la frustración de la vida adulta. Lo mismo ocurre en «La campana rota», cuento lleno de nostalgia por las bondades del mundo infantil, cuando el protagonista regresa al colegio de su niñez e intenta tocar una campana inservible.

En *Crónicas de Altocerro* hay cuentos en los que su autor aborda situaciones que escapan a la dimensión meramente psicológica o fantástica, para centrarse en lo político-social, como ocurre en «A través del muro», donde asistimos al drama de un guerrillero muerto de sed en busca de alivio y el contraste con la campesina inmersa en su faena ante el pilón. Aquí se reitera la incomunicación que se levanta cual muro infranqueable entre dos seres pertenecientes a mundos distintos, pero unidos por la inseguridad. La tragedia se presenta como un cruel colofón de la historia. Por otro lado, en «Matar un ratón», el foco apunta a las tensiones de la opresión matrimonial, en que la víctima es un hombre casado con una mujer intolerante con su suegra, situación que genera en él un deseo de zafarse de la asfixia conyugal.

La narrativa conjunta de Virgilio Díaz Grullón figura desde hace muchos años, por su excelencia formal y sus valores estéticos, entre las obras clásicas de la literatura dominicana contemporánea que aspiramos sea leída con fervor por las presentes y futuras generaciones.

José Alcántara Almánzar  
Santo Domingo, 15 de enero de 2018

## Bibliografía esencial de Virgilio Díaz Grullón

*Un día cualquiera*. Ciudad Trujillo, Editorial Librería Dominicana, 1958.  
*Crónicas de Altocerro*. Santo Domingo, Colección Pensamiento Dominicano, 1996.  
*Más allá del espejo*. Santo Domingo, Editora Taller, 1975.  
*Los algarrobos también sueñan*. Santo Domingo, Editora Taller, 1977.  
*Antinostalgia de una Era*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1989.  
*De niños, hombres y fantasmas*. Santo Domingo, 1981.  
*Textos escogidos*. Santo Domingo, Biblioteca Dominicana Básica, 1994.  
*Antología personal*. Santo Domingo, Ediciones La Ceiba, 1998.  
*Escritos inéditos*. Santo Domingo, Rodolfo Coiscou Weber, 1997.  
*Cuentos completos*. Editora Cole, 2002.

## Comentarios, estudios críticos y prólogos sobre la obra de Virgilio Díaz Grullón

Alcántara Almánzar, José «A manera de prólogo» a *Crónicas de Altocerro*. *Cuentos*. Santo Domingo, Alfa & Omega, 1994.

\_\_\_\_\_. «El testimonio de un cuentista». *Antinostalgia de una Era*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1989.

Álvarez, Soledad, «Los cuentos circulares de Virgilio Díaz Grullón», en *Antología personal*. Santo Domingo, Ediciones La Ceiba & Felipe Gil y Asociados, 1998.

Bosch, Juan, «A manera de prólogo» a la 2da. Edición de *De niños, hombres y fantasmas*. Santo Domingo, Editora Taller, 1982.

Curiel, Carlos, «Prólogo» a *Crónicas de Altocerro*. *Cuentos*. Santo Domingo, Colección Pensamiento Dominicano, 1966.

Hernández, Ángela, Estudio preliminar a *Cuentos completos*. Santo Domingo, Editora Cole, 2002.

Inchâustegui Cabral, Héctor, «La mancha en el lavabo», en *De literatura dominicana siglo veinte*. Santiago, UCM, julio de 1968, Santo Domingo, Amigo del Hogar, 1969.

Prosdocimi de Rivera, María del Carmen, «Apuntes sobre un narrador dominicano». En *Los algarrobos también sueñan*. Santo Domingo, Editora Taller, 1977.

Vergés, Pedro, «Prólogo a *Textos escogidos*». Santo Domingo, Biblioteca Dominicana Básica, 1994.

## P R E F A C I O



*(Prólogo a la primera edición)*

La circunstancia de que el autor de estos cuentos, que la *Colección Pensamiento Dominicano* recoge en una primera antología –prosiguiendo así una ejemplarísima labor de allegamiento de las más representativas obras del quehacer literario de nuestro pueblo– me haya escogido para pergeñar estas palabras de presentación, obedece, por una parte, a motivos sentimentales, habida cuenta de los nexos de compañerismo y de afinidad intelectual que nos ligan desde los años de la adolescencia; y por otra, en razón de que antes de darse a la imprenta su primer libro *Un día cualquiera*<sup>1</sup>, me tocó la delicada misión de fungir de «lector de sondeo» frente a las dubitaciones del autor, nacidas de su acendrada honestidad intelectual, antes de aventurarse, nuevo Jasón, en el oleaje de opiniones encontradas que agita ese proceloso mar que forma el público de los lectores.

Lejos de mí la pretensión de hacer obra de enjuiciamiento crítico en estas breves líneas. Estimo justificada mi misión con señalar el hecho de que tan pronto concluí la lectura de aquellos primeros cuentos, encarecí a Virgilio Díaz Grullón desechar todo escrúpulo y apresurarse a publicarlos para enriquecimiento de nuestra moderna literatura en un género calificado con frecuencia como uno de los más difíciles.

<sup>1</sup> *Un día cualquiera*, editado por la Librería Dominicana en 1958.

La acogida altamente favorable que obtuvo ese primer volumen de cuentos –no solo en los círculos literarios del país, sino del Hemisferio, incluso entre lectores de habla inglesa a través de traducciones– justificaron con creces mis recomendaciones y ratificaron mi fe en el talento y la capacidad creadora de su autor.

Insisto en que la labor de crítica literaria me aterra. Particularmente si esta reviste las características del «Sherlockholmismo» crítico, en el sentido de practicar la vivisección de la obra objeto de enjuiciamiento, rastrear sus antecedentes, determinar su mayor o menor ajustamiento a las llamadas «reglas del género», indagar posibles simbolismos en los personajes y descubrir recónditas conexiones entre las motivaciones de estos y la propia psique de su creador.

Ante las expresiones artísticas, mi actitud suele ser la del gozador receptivo dispuesto a ser arrastrado al orbe mágico que recrea la obra de arte; claro está, cuando la misma posea la virtud de suscitar ese milagro, siempre maravilloso, de identificación entre el creador y el gozador. Frente a un cuadro, un poema, una sinfonía, una pieza de teatro, una novela o un cuento, persigo de inmediato esa sensación de plenitud, de entrega total, de deleitosa incursión en una «terra incógnita». En suma, a mi entender, el hermetismo, la incomunicación, constituyen pecados mortales en toda obra de arte.

Con la obra de Díaz Grullón surge en nuestro ámbito literario un auténtico cuentista dominicano. La yuxtaposición de estos dos conceptos –cuentista y dominicano– ofrece la oportunidad para reiterar consideraciones –que en modo alguno pretenden ser originales– acerca del llamado cuento dominicano.

A partir del florecimiento de las literaturas regionalistas en Hispanoamérica –ese formidable redescubrimiento del hombre americano que vive su drama en medio de la agresividad de su «hábitat», arrastrado por la vorágine de fuerzas sociales que le prestan estatura heroica a su doliente humanidad– los escritores



dominicanos se suman a la corriente y se habla, cada vez con más insistencia, del cuento dominicano.

Se asoma a nuestra literatura el medio rural cual trasfondo o escenario para la actuación como protagonista, agonista o antagonista de la figura del campesino, tanto como vale, peón, gavillero, cacique de facciones, capataz, hacendado, general de horca y cuchillo; esto es, como ingredientes de recio colorido para arrojar ese precipitado que es la expresión literaria de la más bronca esencia de la dominicanidad.

Esto se explica por el hecho de que en nuestro país más del 70% de su población vive en el medio rural, en condiciones poco menos que infrahumanas, y su vinculación a la tierra, en una forma u otra, constituye el drama de su vida y, por tanto, el más inmediato y rico material para una elaboración cuentística o novelística de esencia nacional.

Dentro del género del cuento, esta tendencia dominicanista y rural alcanza su culminación en la formidable obra de Juan Bosch, que por sus múltiples méritos ha prestado una dimensión continental –si no universal– al oscuro drama del hombre dominicano.

Bosch es el gran cuentista dominicano. Y lo es porque en su talento se ligan indisolublemente una honda vivencia del escenario y una vital identificación con la psicología del hombre del agro. La aparición de su primer libro de cuentos *Camino Real* constituyó una revelación. Para los que entonces éramos muchachos, fervorosamente asomados a las nuevas corrientes literarias americanistas, la obra de Bosch sencillamente nos deslumbró.

Allí estaba el hombre dominicano luchando a brazo partido frente a las adversidades. El héroe surgido de la gleba arrastrado ya por las fuerzas incontrolables de la naturaleza –inundaciones, sequías, epidemias– ya que por la vorágine de las luchas fratricidas o estrujado por el férreo puño del latifundismo feudal. Obra amarga y cargada de profunda compasión.

Con el paso de los años, la obra primeriza de Bosch –desgarrada y palpitante– mantiene su vigencia como elocuente testimonio de una realidad social. Desgraciadamente –y esto es un juicio personalísimo– se reduce, con todos sus altos méritos literarios, a un testimonio. Vivimos en ella el drama desgarrador del hombre de nuestra tierra. Pero hay en esos cuentos un amargo acento de pesimismo. Su lectura deja, en estas alturas de los tiempos, un regusto de frustración.

De antemano, se adivina que esa lucha, esa dura agonía en el sentido unamuniano, desembocará en una interrogante, cargada de sugerencias, cierto, pero también de un vago y anhelante sentimiento de insatisfacción como en aquel film de Chaplin cuando el héroe, cumplida su frustrada epopeya, se aleja, con su andar ridículamente patético, a lo largo de un desolado camino hasta perderse en un remoto punto de fuga que se esfuma para dar paso a la palabra «fin».

Los cuentos de Díaz Grullón responden a las inquietudes de una generación posterior. El campo, el agro y sus problemas, siguen siendo la clave del destino nacional. Pero en ese lapso se ha producido también entre nosotros –como en otros pueblos latinoamericanos– el fenómeno del crecimiento extraordinario de los centros urbanos a expensas de la población rural.

Junto al hombre de ciudad, ha aparecido el hombre que se desplaza del campo en busca de mejores condiciones de vida y aporta así una inédita nota de calor, no menos auténtica, en el paisaje humano de la ciudad. De este núcleo recién llegado, apenas sacudido de su agreste relente, se nutre la nueva clase obrera en las incipientes industrias, los pequeños empleados del tren burocrático –de primordial importancia en el equilibrio presupuestario de nuestros pueblos–, los modestos dependientes de pulperías, artesanos, buhoneros, pregoneros de billetes de la lotería nacional, *et al.*

He aquí el nuevo tipo humano que sirve de material a los cuentos de Díaz Grullón, tan auténticamente dominicano como el de la extracción rural. Ahora bien, el drama del hombre dominicano reviste en este joven autor un acento menos epopéyico –en el sentido de enfrentamiento a la fuerza externa– que en sus antecesores.

El drama del dominicano de la ciudad es de interioridad. Ya no es la inclemencia de la naturaleza, ni la fuerza coactiva del cacique de turno, ni la esterilidad del suelo, ni la incomunicación física.

Se trata esta vez del trauma psíquico del hombre de ciudad o del hombre que vegeta en estas poblaciones que no alcanzan la categoría de ciudad, pero que han perdido el encanto parroquial y eglógico de las aldeas tradicionales.

Varios de los cuentos de Díaz Grullón se desarrollan en un poblacho creado por su imaginación –Altocerro– pero en el que se descubren elementos tomados de la realidad de nuestro medio, de pura extracción vivencial. Se trata del escenario para el drama de ese nuevo tipo de dominicano, también frustrado, malogrado en su destino, anhelante de una nueva oportunidad, de un cauce a su vida que siente, en lo íntimo, llamada a un más alto destino.

Hay también en estos cuentos un amargo sentido de frustración, pero en esa medida constituyen un retrato de un gran sector de nuestro pueblo.

El autor no plantea soluciones a esas vidas frustradas. No es esa su misión. Pero, sin decirlo explícitamente, hay compasión y profunda simpatía, por esos seres y el anhelo latente de que alguna vez, al término de su ruta –aparentemente sin sentido– brille una luz de redención definitiva.

Carlos Curiel\*

\* Prólogo a *Crónicas de Altocerro. Cuentos*. Santo Domingo, Colección Pensamiento Dominicano, 1966.



CRÓNICAS DE  
ALTOCERRO

CUENTOS





## CÍRCULO

Soy un hombre ordenado. Extremadamente ordenado y cuidadoso. Tan pronto abro los ojos a las cinco en punto de cada mañana, inicio un sagrado ritual de movimientos precisos –siempre los mismos– que transportan mi cuerpo, desde la estrecha cama arrimada a la pared, hasta el oscuro cuarto de baño anexo a mi habitación, donde completo mi prolijo aseo personal. Veamos: emerjo suavemente del sueño y me encuentro a mí mismo acostado de espaldas, en el centro exacto del lecho, con las piernas juntas y estiradas y los brazos reposando en ambos lados del cuerpo, formando un ligero ángulo con el torso, pero absolutamente rectos, sin flexión alguna en el codo. Las manos, apoyadas por el dorso, mantienen los dedos ligeramente curvados hacia las palmas, en una suerte de crispación natural, desfallecida y estática. Mi cabeza se apoya en el medio de la almohada, y yo adivino junto a mis sienes los simétricos pliegues que provoca su peso en la tela blanca y tersa que la envuelve. Más allá del suave género de mi pijama de pálidos colores, observo mis pies sobresalir de la sábana cuidadosamente doblada que me envuelve tan solo las piernas y el vientre. Están allí, erguidos, gemelos, escrupulosamente limpios y cuidados. Los veo como si no me pertenecieran y alguien los hubiera puesto allí aprovechando mi sueño. Durante unos segundos, juego con esta idea absurda que se quiebra

bruscamente –como estalla una pompa de jabón– cuando, con movimiento ininterrumpido y certero, me incorporo, aparto la sábana con la mano izquierda, y giro sobre el coxis hasta sentarme en el lecho. Entonces los pies –prodigiosamente reconquistados por mi cuerpo– descansan suavemente en el suelo, junto a las pantuflas de cuero colocadas simétricamente delante de la cama. Sucede a ese instante preciso, un momento breve, pero intenso, de meditación y ensimismamiento. Coloco los codos sobre las rodillas y reposo la cabeza entre las manos. Me concentro, me absorbo en mi propio yo, y ahuyento de ese modo las postreras nieblas del sueño. Después de algunos segundos, ya estoy listo. Sacudo la cabeza, me calzo las pantuflas (sin ponerles las manos, con solo un doble movimiento de los pies) y doy los cinco pasos que me separan del cuarto de baño. Es esta una habitación estrecha, asfixiante, mal ventilada y peor iluminada. Me he quejado sin éxito... He protestado de eso y de otras cosas que ahora no recuerdo. Cada vez que entro aquí me subleva y me irrita el recuerdo del poco caso que han hecho siempre a mis justas reclamaciones. Esta breve sensación de ira concentrada, es también parte del ritual sagrado de cada mañana. La desecho, no obstante, casi de inmediato, enciendo la bombilla y me dedico a la observación del rostro que me devuelve el espejo incrustado en la pared sobre el lavabo. Frente amplia de pensador. Ojos negros, profundos, penetrantes. (Hay que cuidar, sin embargo, de ese atisbo de desconfianza que se trasluce en el girar nervioso de la pupila, y en esa tendencia a mirar de soslayo). Frunzo el ceño y me pongo a ensayar frente al espejo una mirada recta, fija y limpia sobre mí mismo. Me hago el propósito de repetir este ejercicio cinco veces por día, cinco minutos cada vez. Abro la boca y me examino detenidamente la lengua, extendida sobre el labio inferior. Bien. La escondo y recojo los labios, dejando al descubierto los dientes blancos, cuidados, sanos. Tomo el vaso metálico del pequeño escaparate y lo lleno de agua hasta tres cuartos de su capacidad. Lo coloco sobre el lavabo. Cojo el cepillo de dientes con la mano izquierda y el tubo de pasta dentrífica con la derecha, los reúno frente a mi rostro y vigilo atentamente que la presión de los dedos sea la justa para extraer un centímetro de pasta.



Arrastro el tubo sobre las cerdas del cepillo y allí queda la familiar sustancia blanquecina, prolijamente distribuida en la superficie raspante. Retiro un poco las manos de mi rostro y admiro por un buen tiempo la perfección de la obra (digna de un anuncio a todo color de una revista americana). Entonces inicio la operación de limpieza, con movimientos rítmicos, de abajo hacia arriba, de arriba hacia abajo. (Es preciso seguir las estrías naturales de los dientes... lavárselos tres veces por día... el cepillo no debe humedecerse... Son cinco pesos la consulta...). De arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba. Lentamente, lentamente... Una, dos, tres veces, hasta contar quince. Al principio el brazo se me cansaba extraordinariamente. Ya no. Ahora resulta algo más bien divertido... (cuatro, cinco, seis, siete)... Aunque a veces siente uno la tentación de cambiar la dirección y mover el cepillo de derecha a izquierda y de izquierda a derecha... (ocho, nueve, diez, once)... O hacerlo girar en círculos, cada vez más estrechos y rápidos... (doce, trece, catorce y quince...). La boca tiene ahora un agradable frescor, pero es preciso enjuagarla, y ello también procura un goce especial. Abro la llave de agua y sumerjo en el chorro la punta del cepillo. Con el pulgar barro hasta el último vestigio de pasta sobrante, y luego observo las cerdas al trasluz de la pequeña ventana enrejada. No quedan trazas. Tomo el vaso de agua y bebo cuatro buches sucesivos arrojándolos cada vez sobre el lavabo. Coloco nuevamente vaso y cepillo en su lugar respectivo y realizo un nuevo examen de mi dentadura frente al espejo. Al bajar la vista, distingo junto al grifo, una mancha blancuzca, pequeña, pero deprimente, afrentosa, sobre la límpida superficie esmaltada. No quiero tocarla con las manos. Produzco nuevamente el chorro de agua, tomo un poco en el hueco de las manos juntas y lo dejo caer poco a poco sobre la pequeña mancha. No desaparece totalmente, aun cuando queda borrosa, invisible tal vez para otra mirada menos perspicaz. Vuelvo a insistir con el agua derramada desde arriba, aun sin tocar la desagradable mancha, pero esta no disminuye, más bien parece ahora crecer y tornarse más oscura. Miro a mi alrededor. Allá, doblada en dos sobre la pequeña mesita niquelada de medicinas, hay una toalla. Corro hacia ella, la tomo, vuelvo al lavabo y froto desesperadamente, una, dos, tres, más de

cien veces. Sudo copiosamente, pero no me atrevo a mirar los resultados de mi labor. Al fin, el cansancio me paraliza los brazos y me obliga a detener la faena. Tiemblo. Dejo caer lentamente la toalla... ¡Está horriblemente sucia! La arrojo con asco lejos de mí y miro con horror la mancha del lavabo agrandándose cada vez más. Ya no es blanca, sino roja y mana como una herida abierta... ¡Es sangre, Dios mío!... No necesito más, huyo hacia mi habitación y cierro con violencia la puerta tras de mí. Me apoyo jadeante sobre ella. Presiento que aquella sustancia sanguinolenta que mana sin cesar del lavabo terminará por inundar el cuarto de baño e invadir después mi propia habitación. Me aseguro de que la puerta está herméticamente cerrada. Luego me separo de ella y busco ansiosamente algo con qué tapar los intersticios. ¡Dios mío! ¿Qué veo?... Toda mi precisa y ordenada personalidad parece estallar de repente. (Me habré equivocado de puerta *otra vez*...). No estoy en mi habitación, sino en el centro de una llanura inmensa que se comba en el horizonte infinitamente lejano, en una parodia absurda de la curvatura de la Tierra. Después de un primer momento de horrorizado estupor, comprendo que es preciso escapar de aquella espantosa soledad y refugiarme de nuevo en la seguridad de mi habitación que debe estar en alguna parte detrás de este páramo infinito. Elijo al azar la dirección que debo imprimir a mis pasos, e inicio la penosa marcha hacia el confin del mundo. Camino con rapidez. Corro casi, durante horas interminables, jadeante, conteniendo la respiración, con los ojos fijos en el horizonte desierto. El suelo es viscoso, resbaladizo, pero me mantengo en prodigioso equilibrio. De repente, un temor súbito me asalta. Estoy en el mismo lugar, y a pesar de mi sobrehumano esfuerzo no he logrado avanzar una sola pulgada. Sin dejar de mover las piernas, bajo la vista y compruebo, azorado, que el terreno se mueve hacia atrás a medida que voy mudando pasos, como si mi loca carrera siguiera la dirección inversa de una de esas escaleras automáticas de las tiendas de lujo. Comprendo que debo caminar en dirección contraria para aprovechar el movimiento del terreno. Doy vuelta e intento desandar el inexistente trayecto que creí haber recorrido. Mas, tan pronto lo hago, el gigantesco mecanismo subterráneo modifica a su vez la

dirección con un ruido atronador de sus engranajes invisibles y el terreno vuelve a correr en contra de mi marcha. Cambio dos veces más el curso de la ruta, y otras tantas vuelvo a ser víctima de la trágica jugarreta. En el último de mis bruscos virajes, doy un traspies y caigo de bruces en el suelo. Compruebo que mientras permanezco inmóvil, la tierra tampoco se mueve. Después de un corto respiro de alivio, me incorporo lentamente, pero al intentar el primer paso, el ominoso estruendo me anuncia lo que sucedería de llevar a cabo mi propósito. Opto por permanecer inmóvil, acostado sobre el pecho, con la mirada prendida al horizonte inaccesible y el oído atento a los ruidos que podrán producirse bajo la tierra. El silencio es total, espantoso. Por un largo rato nada parece suceder, hasta que noto, con una súbita sensación de inmenso júbilo, que el final del mundo ha venido paso a paso acercándose hacia mí, y trayéndome en su confin mi anhelada habitación. Por unos segundos disfruto de ese engañoso espejismo. Luego, un inesperado ramalazo de angustia: soy yo quien se hunde inexorablemente en la materia viscosa que me rodea, súbitamente reblandecida y absorbente. Aterrorizado, miro mis piernas, desaparecidas ya bajo la tierra, y al ver sus muñones desolados, me siento de pronto víctima de la más espantosa de las mutilaciones. Puedo, sin embargo, con un supremo esfuerzo, rescatar mis miembros de la trágica trampa y rodarme a un lado en busca de algún apoyo más firme. Todo inútil: en el nuevo refugio, va hundiéndose mi brazo derecho y parte del pecho y la cadera. Agito brazos y piernas en una infeliz tentativa de nadar, pero cada nuevo intento ahonda más la fosa que me devora. En ese momento sobreviene la desesperación. Llora amargamente, me agito con furia, profiero espantosos alaridos. Tengo ya totalmente paralizados piernas y torso, comprimidos hasta la desesperación por la masa asfixiante que los aprieta cada vez más. Sobre la superficie, tan solo los antebrazos y manos, los hombros y la cabeza, a punto de estallar de temor y desesperación, pero lúcida aún, con su precioso bagaje de facultades visuales y auditivas en angustiosa expectativa de alguna ayuda providencial. Y justamente en este preciso instante, la planta de mi pie izquierdo, de la que había perdido ya toda consciencia, parece renacer de

pronto: algo sólido –¡maravillosamente sólido!– permite que se asiente en un milagroso soporte. Afirmo todo el peso del cuerpo sobre este sostén salvador, y asumo la postura ridícula de una estatua de Mercurio, con solo un punto de apoyo para su alado pie. Me aferro desesperadamente a una nueva esperanza: mi lenta absorción por aquella materia repugnante ha detenido su inexorable curso... Pero ahora el cielo se oscurece. Una mancha inmensa cubre el firmamento y me sumerge en la penumbra. Miro hacia arriba y veo un ave gigantesca cuyo tamaño inverosímil llena toda la comba celeste. El ave monstruosa agita sus negras alas en un veloz descenso sobre mi cabeza. Viene hacia mí directamente, mas, a medida que se acerca, por alguna razón absurda imposible de explicar, su tamaño se reduce cada vez más, y al posarse sobre mi frente no es ya más que una mosca pequeñita de nerviosas patas y alas inquietas y vivaces. El insecto recorre mi cabeza con carreritas cortas, produciéndome una desagradable picazón que se convierte al poco rato en escozor insoportable. La posición de los brazos, atrapados hasta el codo, me impide espantarla de un manotazo. Mi única posibilidad es alejarla con bruscos movimientos de la cabeza. Al intentarlo, compruebo que la materia en que estoy hundido ha fraguado y tiene ya la solidez del cemento. Esta nueva desventura trueca una vez más mi angustia en desesperación. Muevo la cabeza de uno a otro lado con ímpetu extraordinario, pero el maldito insecto no se aparta de mi frente. Después de un largo batallar, ceso de esforzarme para comprobar, horrorizado, que no puedo ya detener el movimiento y la cabeza continúa por sí sola el incesante bamboleo. Ahora mi cuello comienza ya a sufrir las consecuencias del prolongado esfuerzo, sobre todo cuando el cabeceo se transforma en un girar apresurado sobre el propio eje. Siento que mi cráneo gira como una pelota de goma a la que se hubiera impreso un movimiento de rotación con la punta de los dedos. Entonces oigo un leve crujido seguido de un fuerte dolor en la garganta. Después, una sensación de asfixia y la convicción de que el cuello se me retuerce como una tela húmeda escurrida por manos vigorosas. Por fin, un último desgarramiento definitivo, y mi pobre cabeza salta como un corcho y cae a mi lado después de producir el sonido característico de una botella de champagne

que se destapa... Está ahí, frente a mí, apoyada sobre la sien izquierda, con su frente pálida, sus mejillas sin afeitar, cubiertas de retorcidos pelos rojizos, sus cejas hirsutas y los ojos de córnea amarillenta ribeteada de rojo. Pero también están allí, junto a ella, mis manos crispadas, sobresaliendo apenas de la tierra endurecida en la que parecen sembradas, como dos plantas malditas. Y más allá aún mis hombros raquíuticos, con la llaga purulenta, el círculo de carne y sangre, nervios y arterias cercenados donde una vez reposó mi cabeza. Están todos ahí, y yo los miro (*¿desde dónde?*) como si no me pertenecieran, y se tratara de objetos extraños encontrados al azar durante un paseo por el campo... Ahora comienzo a oír de nuevo el crujido de los goznes subterráneos. Los siento crecer bajo la tierra, y observo que el suelo se convierte poco a poco en un plano inclinado. Mi cabeza comienza a rodar sobre sí misma. El terreno que aprisiona mi cuerpo se agrieta súbitamente y mi tronco, con sus extremidades agitándose a su alrededor como tentáculos, se ve de pronto liberado, y principia a rodar en pos de mi cabeza, en una carrera que va acelerándose paulatinamente. Yo (pero, ¿dónde estoy yo, Dios mío?...) corro desesperadamente detrás de mis miembros. Tropiezo, caigo. Me levanto. Vuelvo a caer. La inclinación cada vez mayor del terreno me arrastra en vertiginoso descenso. Pierdo todo dominio de mis movimientos. Me siento en el vértice de una vorágine de objetos y ruidos girando a mi alrededor. Ahora voy acercándome a mi cuerpo decapitado. Lo alcanzo. Me posesiono de él. Me sumerjo más bien en su tibia armazón de huesos y tejidos. Sigo rodando hacia el abismo. Presiento que el final está cerca. Mi cabeza rueda un poco más adelante. Extiendo los brazos. Logro tocarla con la punta de los dedos, pero no puedo asirla. De pronto vislumbro una puerta cerrada. Contra ella choca mi cabeza y se detiene. La tomo cuidadosamente entre las manos. Me pongo en pie. La examino: está prodigiosamente intacta. Limpio sus mejillas, le arreglo un poco el pelo y la coloco sobre mis hombros. La hago girar a derecha e izquierda: bien. Abro la puerta. Penetro en el cuarto de baño. Me miro al espejo: perfecto. Salgo por la otra puerta. Llego al fin a mi habitación... Necesito descansar. Mi confortable lecho me espera acogedoramente. Me arrojo sobre él y cierro los ojos.

(¿*Durante cuánto tiempo?*...). Los abro de nuevo. Son las cinco en punto de la mañana y yo soy un hombre extremadamente ordenado y cuidadoso. Junto a mi cabeza, en la tela suave y fresca de la almohada, simétricos pliegues rodean mi amplia frente de pensador. En el extremo de la cama, mis dos pies gemelos sobresalen de la sábana que abraza amorosamente mis piernas y mi vientre. Un ligero movimiento de rotación, con el coxis de punto de apoyo, y mis pies descansan sobre el suelo junto a las pantuflas de cuero. Allí, a solo cinco pasos de distancia, la puerta entreabierta de la pequeña y oscura estancia contigua, me promete deliciosas y refrescantes abluciones matinales. Me concentro en mí mismo, ahuyento los postreros vestigios del sueño, me calzo las pantuflas y marchó, lentamente hacia el cuarto de baño, optimista y sin memoria, ajeno por completo a la espantosa amenaza que me acecha tras su aspecto inocente y pueril.



## EL CORCHO SOBRE EL RÍO

A penas transcurrió ese espacio de tiempo –sin medida ni definición posibles–, que sucede al instante preciso de despertar, y durante el cual parece que recogemos los trozos dispersos de nuestra mente y los unimos con rapidez mágica para formar de golpe el *rompecabezas* de nuestro mundo consciente; tan pronto se sintió vivo una vez más, y recordó que se llamaba Luis Almozar, y se le reveló que justamente amanecía el día doce de julio, saltó de la cama y caminó con decisión hacia el lavabo que se levantaba en un rincón de la estancia. No fue sino después de haberse salpicado la cara con agua fresca, y mientras buscaba a tientas la toalla colgada a su lado, cuando reparó, al través de los ojos entrecerrados, en el sobre blanco que reposaba en el suelo, junto a la puerta cerrada de la habitación.

Con el rostro húmedo todavía y la toalla entre las manos, se acercó a la carta, mirándola fijamente, como hipnotizado. Aún antes de levantarla del suelo y de que sus ojos de miope pudieran recorrer las letras menudas que se apiñaban en el sobre, *supo* que la carta era de Laura. Se arrodilló a su lado y, sin tocarla todavía, leyó su propio nombre en aquellos rasgos firmes y apretados que tanto conocía. Permaneció un rato inmóvil, y luego se sentó lentamente en el suelo, abrazadas las rodillas, con el mentón descansando sobre ellas. La carta debía estar allí desde la tarde

del día anterior, pero como él llegó después de anochecer y se acostó a oscuras, no la había notado. Un escalofrío le recorrió la espalda y lo forzó a apretar maquinalmente los brazos contra el cuerpo. Sintió que una breve lucha se libraba en su interior. De un lado, sentía el deseo casi irresistible de enterarse del contenido de la carta; pero, de otro, sabía que esto sería un error. Que no podía permitirse el lujo de enfrentarse una vez más con las mismas quejas y recriminaciones. Que debía evitar un nuevo encuentro con expresiones de dolor demasiado conocidas. En el fondo, tenía la certeza de que cuando se toma una decisión como la que él había adoptado, era preciso defenderla de toda contingencia, ampararla contra toda debilidad. Y allí, dentro de aquel sobre cerrado, se adivinaba la presencia de una trampa, de un llamado a la blandura y a la conmiseración... No, no iba a leerla. Por nada del mundo cometería esa equivocación... Y, además, había otra cosa: la carta era una prueba de una relación personal que él pretendía borrar sin dejar rastro. Las otras, las que había conservado hasta poco antes encerradas en el armario, habían sido cuidadosa y totalmente destruidas. Era preciso hacer lo mismo con aquel postrer vestigio del pasado. Sin vacilar un instante más, tomó el sobre cerrado, se incorporó, fue hasta el lavabo y lo rompió en trocitos menudos, dejándolos caer en el recipiente de loza. Luego abrió la llave del agua y observó atento hasta que el último pedazo de papel desapareció por el desagüe en un remolino vertiginoso de agua, papel y tinta emborronada.

Su brusca decisión después de aquellos momentos de duda, pareció darle nuevos bríos. Se abalanzó casi sobre la ropa que permanecía doblada en la silla junto a la cama, y comenzó a vestirse rápidamente. No estaba asustado ni sentía temor alguno. Por el contrario, lo embargaba una grande, fría y decidida determinación. Había resuelto *hacerlo* y lo haría. Cuanto antes, mejor. El hecho de que aquel mismo día iba a preparar el escenario para asesinar, calculada y alevosamente, a un ser humano, no parecía afectarle mayormente.

Si a Luis le hubieran preguntado en qué momento preciso había decidido matar a Laura Vindaya, no hubiera sabido responder. Pero, como es natural, nadie le había hecho aquella pregunta,



ni siquiera él se la había formulado a sí mismo. Hay cosas que no tienen fecha de nacimiento. Ideas cuyo origen es imposible determinar. Son algo vago, confuso, nebuloso, que de repente adquiere una naturaleza clara y definitiva. Pero cuando uno viene a tener conciencia de ello, ya la metamorfosis se ha consumado totalmente, y parece que siempre hemos pensado así; que desde el primer momento habíamos adoptado aquella determinación irrevocable.

Conoció a Laura el mismo día de su llegada a Altocerro. Había aceptado el cargo de director de la escuelita rural a raíz de completar sus estudios de bachillerato, y se trasladó a aquella aldea enclavada en la Sierra como había realizado siempre todo acto de su existencia: dejándose arrastrar por la corriente de la vida, sin resistirse a los acontecimientos, como flota un corcho en la corriente del río.

Alquiló un cuarto en el único hotel del pueblo y se entregó sin entusiasmo a la rutina diaria de la labor escolar. Su vida se impregnó de monotonía. Todas las mañanas se levantaba con el alba, desayunaba frugalmente y hacía a pie el recorrido hasta la escuela, distante tres kilómetros del poblado. A las ocho menos diez minutos, invariablemente, abría las puertas de madera y se sentaba en la silla de guano, tras de la mesa, en espera de los niños. Eran cuarentiséis, de edades que oscilaban entre siete y doce años y ni siquiera conocía sus nombres: les atribuyó un número a cada uno y con eso le bastaba.

Las horas se extendían, elásticas, interminables, mientras repetía, sin mirar a su infantil auditorio, las mismas nociones elementales, primitivas, que vagamente recordaba haber oído muchos años antes en una voz apagada que sonaba como la suya y que, como ella, parecía rodar, sin tocarlas, por encima de las pequeñas cabezas que se amontonaban frente a la mesa, hasta perderse suavemente en la nada y el olvido.

Laura era la única persona que compartía sus tareas. Oriunda de Altocerro, vivía a pocos pasos de la escuela y estaba encargada de la tanda vespertina. Al principio, no se sintió particularmente atraído hacia ella. Era una mujer madura, seca, que debía llevarle diez años cuando menos. Durante las primeras semanas sus

relaciones se limitaron al intercambio de un trivial «buenos días», cuando, al punto de las doce, ella entraba a la escuela para hacerse cargo del turno que le correspondía. Aún antes de que terminaran de llegar los nuevos alumnos, Luis partía de nuevo hacia el pueblo, desentendiéndose de todo hasta el día siguiente.

Pero una vez volvió por la tarde, y la encontró cerrando la escuela, a la hora del crepúsculo. No se había propuesto llegar allí; había salido a pasear por la carretera para romper el aburrimiento de la tarde pueblerina, y sin quererlo expresamente, sus pasos lo condujeron maquinalmente hasta la escuela. Laura lo invitó a su casa a tomar una taza de café y él aceptó. Fue una visita corriente, durante ella solo hablaron de la escuela y de los niños y Luis partió al poco rato, sin sospechar las consecuencias futuras de aquel primer contacto inocente.

Como se sentía solo en el hotel y nadie le interesaba especialmente en el pueblo, poco a poco adquirió la costumbre de visitar a Laura por las tardes, y fue adentrándose sin notarlo en aquella vida aislada que se mustiaba sin quejas. Sus padres habían muerto cuando ella era aún niña y vivía desde entonces con su hermana mayor, solas las dos a partir del día en que su hermano más joven abandonó Altocerro en busca de más propicios horizontes. Laura no se había casado nunca y parecía no haber conocido jamás el amor.

Y no fue precisamente amor lo que Luis pudo darle. La tomó por vez primera junto al río, una tarde triste de noviembre, sobre el lodo negruzco que bordeaba la orilla. Lo hizo sin pasión y casi sin deseo, como se realiza algo solo porque es inevitable. Y aunque después de aquel día sus citas fueron frecuentes, jamás le abandonaron el desgano y la indiferencia, y se limitó siempre a dejarse llevar, como siempre, por los acontecimientos. Ella, en cambio, pareció desarrollar una nueva personalidad. Su sensualidad dormida despertó con voracidad extraordinaria, como si quisiese recuperar con creces todo el tiempo perdido. No obstante desplegar la más sutil astucia para ocultar de todos su secreto, fue apoderándose de él, absorbiéndolo con requerimientos constantes y cada vez más apremiantes. Frente a la naturaleza pasiva, inerte, de Luis, su propia personalidad fue creciendo e imponiéndose cada vez

más sobre la debilidad apática del hombre. Fue una batalla ganada desde el principio, en la que el perdedor se sintió desde el primer momento como un insecto preso en una telaraña.

Por acuerdo mutuo, habían decidido mantener en secreto sus amores, y cuando, durante las horas de trabajo, se encontraban en la escuela, se trataban con indiferente y lejana cortesía, sin dejar jamás traslucir frente a ojos extraños que sus relaciones fueran otras que aquel seco y frío intercambio de saludos y recomendaciones oficiales.

De aquel modo transcurrieron los primeros meses y, para Luis, asimismo hubiese transcurrido la vida entera, de tal modo se recostó él en la muelle costumbre de la sensualidad satisfecha sin riesgos ni problemas. Pero un día, junto al río, en el lugar que se había convertido en habitual para sus encuentros, ella le dijo, después de un silencio, y sin mirarlo a los ojos: «Voy a tener un hijo». Al principio él no pareció entender lo que oía, pero cuando, segundos más tarde, aquello se abrió paso en su cerebro y pudo medir en toda su magnitud el sentido de aquella frase, sintió una profunda y violenta sacudida. Fue como despertar de un largo sueño. Una especie de rebeldía, de furia violenta contra sí mismo y aberración hacia la mujer, lo invadieron de súbito. Permaneció en silencio, reconcentrado, anonadado por la íntima convicción de que aquel juego placentero y fácil al que se había entregado ciegamente hasta ese momento, se trocaba de repente en algo peligroso, complicado, extraño a su propia naturaleza y a su personal filosofía de la vida.

No expresó inconformidad alguna ni alteró en lo más mínimo su actitud reconcentrada y huraña, pero allí, en lo más recóndito, sintió nacer un odio profundo, desorbitado, inhumano, hacia aquella mujer y la extraña criatura que comenzaba a vivir dentro de su vientre. Ni el más ligero sentimiento, ni el más leve asomo de piedad fueron capaces de aminorar el odio feroz y el afán de destrucción que lo poseyeron desde aquel día. Sabía que era inútil proponerle a Laura la eliminación del hijo, porque presentía la irrevocable decisión de la madre de conservarlo a toda costa. Una sola idea centraba, pues, sus pensamientos: Laura *tenía* que morir. La debilidad del hombre, su incapacidad de luchar, fueron –por

paradójica razón-, el irresistible impulso que lo empujara a decidir y planear la muerte de su amante. Aceptar el nacimiento de aquel niño era aceptar además la permanencia de sus relaciones con la madre. Significaba asumir una responsabilidad perdurable, definitiva. Es decir, algo inconcebible, absurdo. «Antes de aquello, todo, incluso el crimen», se dijo desde el primer momento.

La decisión fue informe y oscura, pero los detalles fueron completándose con el tiempo, durante sus largas horas de insomnio por las noches o, a veces, junto a la misma Laura, y mientras ella formulaba en voz alta planes para el futuro en los cuales él tenía irremisible participación. Porque seguían encontrándose, como antes, y solo cuando ya se acercaba la fecha escogida para actuar, dejó Luis de acudir a las citas junto al río. Lo hizo sin previo aviso y sin dar ninguna explicación...

Entonces comenzaron las cartas. Las traía al hotel uno de los muchachos de la escuela. A veces llegaban tres el mismo día. Él las leía a solas en su habitación con rabia y desprecio que cada vez se hacían más intensos. En las dos semanas que duró la ofensiva epistolar, Luis estuvo a punto de adelantar la ejecución de sus planes, temiendo alguna imprudencia mayor. Pero ella no la cometió. No se presentó nunca en persona en el hotel, y las cartas, encerradas en los largos sobres de uso en la escuela, podían pasar como correspondencia oficial. Cuando, al fin, las cartas cesaron, Luis las quemó todas juntas, arrojando sus cenizas por el desagüe del lavabo, aliviado de no enfrentarse con la necesidad de actuar antes del 12 de julio, último día de clases.

Y, precisamente el día 12, había encontrado aquella última carta que destruyó sin leer, con impulsivo instinto de preservar contra todo la ejecución exacta de su plan. Porque había dispuesto las cosas en sus menores detalles: cerraría la escuela, abandonaría el hotel diciendo que se iba de vacaciones, y partiría a caballo del pueblo, a la vista de todos. Por un atajo, y dando un rodeo, regresaría al día siguiente a casa de Laura, aprovechando la hora en que sabía que la encontraría sola. Fingiría una reconciliación y la llevaría al río, como de costumbre. Tendría buen cuidado de tomar de la casa alguna cuerda. Tal vez un cinturón de Laura; quizás el de la bata que usaba entre casa. Parecía suficientemente

fuerte... Igual que el *mamón* que crecía en la explanada cercana del río. Las ramas eran resistentes, sobre todo una, la más baja... Él lo sabía muy bien, porque había tenido el cuidado de comprobarlo personalmente...



Ya completamente vestido, Luis se detuvo frente al almanaque de propaganda comercial que constituía la única decoración de la estancia. Puso el dedo sobre el número doce, sonrió levemente, y caminó hacia la puerta.

El agente de policía estaba justamente en el marco, llenando con su corpachón fornido casi todo el espacio entre el umbral y el dintel. Luis sintió que la sorpresa y el miedo lo paralizaban de súbito, y apenas escuchó la voz que le decía fríamente:

–Acompáñeme, profesor.

–¿Qué pasa?... –Solo atinó a balbucir, poniéndose mortalmente pálido.

–Está usted preso, bajo sospecha de asesinato... Vamos pronto, que el sargento está esperándolo...

Luis se apoyó en el marco de la puerta. –¿Asesinato?...–, exclamó mientras le parecía que todo se hundía a su alrededor.

–La maestra apareció ahorcada esta mañana a la orilla del río... Descartamos el suicidio, porque no apareció ninguna carta... Lo tomó con firmeza del brazo, forzándolo a iniciar la marcha por el estrecho corredor. Mientras caminaba como un autómatas, Luis revivió mentalmente su acción de destruir sin leer aquella última carta de Laura... A su lado, el policía continuaba hablando sin parar:

–...el forense del Distrito no ha llegado todavía, pero estamos seguros de que la mujer estaba encinta... El sargento supo desde el primer momento que a quien había que buscar era el hombre que la deshonró...

Llegaban ya a la puerta de la calle, y justamente allí, Luis tuvo su último gesto de rebeldía:

–Pero, ¿por qué yo?... –preguntó parándose en seco y mirando a los ojos el rostro ceñudo del otro.

Su acompañante era realmente locuaz:

–Hay testigos de que ustedes se encontraban por las tardes junto al río. Además –y esto es lo más grave–, alguien lo vio hace unos días colgándose con las manos de una rama del *mamón* que está en la orilla, como si probara su resistencia... De la misma rama, por cierto... No creo que se salve de esta, profesor...

Al oírlo, con la cabeza baja y reiniciando lentamente la marcha, Luis sintió de repente que volvía a ser el mismo de antes: el que se dejaba arrastrar por los acontecimientos sin oponer resistencia, como un corcho que flota sobre el río. Y esa convicción le llegó junto con la visión confusa de innumerables trocitos de papel que resbalaban entre inmundicias por la corriente de agua de una cañería subterránea, que conducía inexorablemente hacia la nada la confesión de suicidio de Laura Vindaya.



## EL PEQUEÑO CULPABLE

Hoy me dijo tía Clara que yo cumplía cuatro años. Ni Chacha ni papá me habían dicho nada. En casa nadie habla nunca de mi cumpleaños. A veces me llevan a algunas fiestas donde se reparten bizcochos y helados, pero siempre se trata de cumpleaños de otros niños, nunca del mío... Pasé casi toda la tarde en casa de tía Clara. Me gusta estar allí. Hay un patio grande con árboles muy altos. Sobre todo uno, con ramas fuertes y un tronco grueso, fácil de trepar. Me encaramé hasta casi la mitad. Había dos ramas cruzadas y me senté en ellas, como en una silla. Con la uña abrí una zanjita en la rama más gorda y salió una cosa blanca que parecía leche. Se me pusieron las manos pegajosas. Me las limpié con las hojas que arranqué de la otra rama. Eran verdes, del mismo color que la alfombra que está en la sala de casa. Sacándoles pedacitos a cada lado me fabriqué unas plumas y me las puse en la cabeza, como los indios... Pasé mucho rato subido en el árbol, y cuando Chacha salió al patio a buscarme, yo me quedé quietecito hasta que, después de dar algunas vueltas, alzó la cabeza y me vio... Chacha es difícil de engañar. Uno puede esconderse de ella, pero no por mucho tiempo. Me agrada estar con Chacha. Sabe contar cuentos e inventar juegos. Cuando salimos a pasear, me lleva de la mano. A mí no me importa que me coja de la mano dentro de la casa o en el patio de tía Clara, pero no me gusta que lo haga en la

calle. A veces yo halo la mano hacia abajo para soltarme, pero ella entonces me aprieta más fuerte. Una vez tropezó y cayó al suelo, pero yo no me reí. Se quedó en medio de la acera, con los ojos cerrados, sin hablar, y yo me senté a su lado y lloré mucho, como si hubiera sido yo quien se hubiera caído. Después se levantó y me apretó contra su pecho. Entonces fue ella quien lloró... Volvimos a casa despacito, porque caminaba cojeando...

Chacha es quien viene cada mañana a sacarme de la cama. Mi cama es chiquita, con rejas de madera que en uno de los lados se bajan y suben. En cambio, la de papá no tiene rejas y es muy grande, tanto que él duerme en la mitad de ella solamente... Cuando Chacha llega por las mañanas yo estoy ya siempre despierto, pero me quedo tranquilito, sin llamar, porque me gusta estar bajo el calorcito de las sábanas y esperar hasta oír los pasos de Chacha por el pasillo. Cuando ella entra a la habitación, baja las rejas de la cama y me carga en sus brazos, y yo mantengo los ojos cerrados para hacerle creer que todavía estoy dormido y poder tener la cabeza recostada en su hombro... Chacha entonces me lleva al baño. El baño está junto a mi cuarto. Tiene mosaicos azules en el piso y las paredes. A mí me gusta tocarlos con las manos porque son suaves. Chacha me pone en el suelo y yo entonces abro los ojos y, como estoy descalzo, siento el frío del piso. Ella me lava los dientes con un cepillito que siempre está colgado de la pared, al lado de otro, más grande, que es el de papá... No me gusta que me laven los dientes, porque me hacen daño los pelitos del cepillo. Es como cuando viene abuelito del campo y me besa. Me gusta cuando llega abuelito, pero cada vez que me besa me pincha la cara... Abuelito tiene un bigote blanco. Se ríe fuerte y mucho. Me sienta sobre sus rodillas y me alborota los cabellos. Sé que le gusta estar conmigo, porque pasa en casa todo el tiempo que duran sus visitas a la ciudad. Tan pronto llega con su maleta negra, Chacha le cuelga una hamaca en la galería que solo se usa cuando él está en la casa. Allí se acuesta después de cada comida y me lleva con él. Extiende un brazo para que yo apoye la cabeza y comienza a hacerme preguntas y a reírse de lo que le respondo.

Después se pone serio y me hace historias de reyes y guerreros. Por eso sé ya quiénes fueron Alejandro el Grande, Napoleón y Luis



Catorce. También me habla de otras cosas, pero yo prefiero que me cuente historias de guerras que pasaron hace mucho tiempo, como la de Troya, en la que había un caballo grande de madera con muchos soldados dentro...

Cuando abuelito se va de nuevo al campo, yo me quedo muy solo y me siento triste, porque papá casi nunca está conmigo. Pasa todo el día fuera de casa y viene solo por las noches, a la hora en que Chacha me ha puesto ya el pijama y me está preparando para dormir. Entonces papá entra en mi cuarto y me besa en la frente, sin mirarme, y se va enseguida, sin decirme nada. Solo algunos domingos, por las tardes, me lleva a pasear y siempre vamos al mismo sitio. Es un lugar bonito, pero triste. Tiene unas paredes muy altas y adentro hay una especie de jardín con muchos árboles y flores. Aunque es más grande que el patio de tía Clara, a mí no me gusta estar allí, porque me asusta el silencio que hay, y las pocas personas que van hablan siempre en voz baja y están muy serias. Papá es el más serio de todos y pone una cara que me da miedo mirarla de tan triste que es... No estoy seguro, pero me parece que una vez lo vi llorar. Puede ser que me equivoque porque papá es muy grande para eso; pero una tarde estábamos frente a una cosa cuadrada de cemento del tamaño de una cama, que se levantaba de la tierra y tenía unas flores encima. Papá la miraba y la miraba, sin cansarse, hasta que al fin volvió la cara y se pasó la mano por los ojos. Después se dio vuelta y, sin hablar, se fue alejando. Yo le seguí detrás, pero él no me miró ni una sola vez hasta que llegamos a la casa...

Esta tarde, después que volvimos de donde tía Clara, llegaron unas visitas. Al principio creí que habían venido por mi cumpleaños. Pero no era eso: todos eran grandes y estaban muy tristes. Abrazaban a papá y se sentaban en la sala muy serios, sin hablar... Chacha me sacó al patio y se quedó allí conmigo mientras duraron las visitas. Nos sentamos en la grama del jardincito que hay frente a la casa y jugamos con los soldaditos de plomo. Por la ventana oía a la gente en la sala hablar en voz baja. No entendía bien lo que decían, pero oí dos veces una palabra rara que no conocía. Creo que era *aniversario*, pero no estoy muy seguro. También oí la palabra *parto* y la palabra *muerte*. Yo sé lo que es la muerte; fue

lo que le pasó al perrito aquel cuando lo pisó un camión frente a la casa; pero nunca había oído aquello de *muerte de parto*. Cuando le pregunté a Chacha lo que quería decir, no quiso explicármelo... Y a mí me gusta saber las cosas, sobre todo cuando no quieren decírmelas. Es igual que cuando Chacha me esconde una cosa porque no quiere que juegue con ella. Entonces me dan más ganas de tenerla y la busco por toda la casa hasta encontrarla. Y mientras no la he encontrado me siento triste, y pienso siempre en eso y, por las noches, no puedo dormir... Así haré con estas palabras. Le preguntaré a abuelito cuando vuelva y, si no me lo dice, se lo preguntaré a tía Clara. Y, si tampoco ella quiere explicármelo, se lo preguntaré al hombre que trae la leche por las mañanas y al que deja el periódico... Y así seguiré hasta averiguarlo, porque no hay nada en el mundo que yo quisiera saber más que *eso*... A quien no se lo preguntaré es a papá... No, a papá no... Quizás porque le tengo un poco de miedo, o quizás piense que se pondría más triste todavía... No, a él no se lo voy a preguntar; pero alguno de los otros me lo dirá y entonces yo me sentiré mejor, y volveré a jugar sin estar pensando siempre en *eso*, y estaré contento y, sobre todo, podré dormir tranquilo por las noches...



## DOS PESOS PARA CIRILO

Pedro Valbuena se detuvo frente a la ventanilla de la oficina de pagos y observó atento a través del enrejado cómo manipulaba el cajero los billetes crujientes, recién estrenados. Sin apartar la mirada un solo instante de las hábiles manos del hombre, admiró una vez más la destreza con que rompían el cintillo de papel y contaban con rapidez increíble los billetes amontonados, levantando los extremos con movimientos impecables de los dedos, nerviosos y ágiles. Como siempre, intentó seguir mentalmente el conteo vertiginoso, pero quedó rezagado ante la pericia del otro. Las manos prodigiosas ejecutaron dos movimientos casi simultáneos, y el fajo de billetes quedó aprisionado dentro de una cinta elástica que sonó ruidosamente al chocar contra el paquete. Un nuevo movimiento, y el resto de los billetes quedó al alcance de Pedro, en el espacio abierto que dejaba en su parte inferior la rejilla metálica. Con una leve sonrisa, lo retiró haciendo un impreciso gesto de conformidad: por nada del mundo habría confesado su incapacidad para realizar tan velozmente como el otro el conteo, y esperaría hasta desaparecer de su vista para comprobar si su sueldo estaba completo.

Se retiró cuatro pasos y, protegido tras una columna, contó lentamente los billetes abriéndolos en abanico entre el pulgar y el índice... «Cinco de a Veinte, cuatro de a Diez y doce de a Uno»...

Seguramente había contado mal y volvió a hacerlo «Cinco de a Veinte, cuatro de a Diez y doce de a Uno... *Doce* de a Uno»... Sí. Le habían pagado dos pesos de más. Con movimiento impulsivo giró a su derecha y dio dos pasos hacia la ventanilla del pagador, pero se detuvo en seco antes de alcanzarla. Nadie le vio realizar aquel movimiento: el cajero conservaba la cabeza baja mientras ejecutaba sus manipulaciones habituales, y la larga fila de hombres por cobrar avanzaba lentamente, sin hacer caso de su presencia. Tras un breve instante de vacilación, Pedro se dirigió a la puerta de la fábrica con la mano derecha dentro del bolsillo del pantalón, cerrada con fuerza alrededor del pequeño fajo de billetes...



José Cambronal se despojó de la camisa y la colgó de uno de los postes que sostenían la alambrada de púas. Echó una ojeada sobre el terreno que debía desbrozar y calculó que habría trabajo para tres horas cuando menos. Se colocó las manos frente a la cara y escupió con fuerza sobre las palmas encallecidas; las frotó entre sí y empuñó el machete que recogió del suelo. Con las piernas bien abiertas y el torso inclinado hacia adelante inició el golpear rítmico del brazo armado sobre la maleza tupida que se entrelazaba a sus pies. El machete se alzaba y descendía en movimientos regulares y precisos. Uno desde la izquierda, otro desde la derecha... Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos.... «Dos pesos», le había dicho a la mujer y, para evitar todo regateo, reafirmó: «Ni un centavo menos». Pero ella dijo, simplemente: «Está bien», y le volvió la espalda. Dos pesos era un buen precio por aquel trabajo. Aunque era preciso desmontar primero, desyerbar después, y, finalmente, amontonar el desbrozo para facilitar su quema cuando se secara, no le tomaría más de tres horas realizarlo todo. Podría estar llegando al rancho alrededor de las tres. Aquel día se comería tarde, pero se comería... La culpa no sería de él esta vez. Había salido casi de madrugada, dejando atrás los gritos de los niños. Con el machete en la mano fue ofreciendo su trabajo de casa en casa a lo largo de la carretera, pero hasta las doce no había encontrado nada que hacer. Valió la pena, sin embargo,

esperar hasta entonces: dos pesos en tres horas estaban más que bien, sobre todo en esta época de paro. En tiempos de zafra siempre había el recurso de ofrecerse a última hora a los blancos del Ingenio, pero en este tiempo muerto se necesitaba mucha suerte para ganarse dos pesos tan fácilmente... Y la mujer no había regateado. Tal vez hubiera podido pedirle un poco más...



Cirilo Villamán mordió la colilla apagada del cigarro y lo trasladó de uno a otro extremo de la boca con un movimiento lateral de los labios fruncidos. Estaba sentado en un cajón, ocupando uno de los cuatro lados de la improvisada mesa de dominó. Sobre la tosca tabla colocada horizontalmente sobre un barril, las fichas formaban una letra L negra, punteada de blanco. Mientras chupaba maquinalmente el cigarro sin lumbre, Cirilo colocó ruidosamente –casi con rabia– una pieza en el extremo de la hilera que se extendía sobre la mesa... «Cuadré a cinco», se dijo. «Hay cuatro cincos en juego. Yo tengo el doble, pero mi *frente* salió a cinco y *dío* después otro: debe tener por lo menos uno más. Aunque me *maten* el doble, le doy un *pase* a este de mi derecha y le abro juego al *frente*...»

Estaban en el patio de la bodega, protegidos del sol por el ramaje tupido del *mango* que extendía su follaje sobre las cuatro cabezas inclinadas hacia la mesa de juego. Las tardes de los lunes eran de poco movimiento en el negocio y para Cirilo constituía ya una costumbre llenar aquellas horas muertas organizando la mesa de dominó. Aparte del hecho de que tres de los *tercios* eran siempre los mismos, otra circunstancia jamás variaba en aquellas sesiones: el bodeguero y su *frente* ganaban siempre, porque Cirilo Villamán no era hombre que dejara las cosas al azar...



«Es la primera vez que se equivoca», pensaba Pedro Valbuena en tanto se dirigía a la parada de autobuses. Tres años recibiendo su sueldo cada mes a través de aquella rejilla, y era hoy cuando

comprobaba el primer error... Pero, ¿por qué no había devuelto los dos pesos, como fue su primera intención? A Pedro le gustaba analizar sus propios actos y sentimientos, y ninguna ocasión más indicada para hacerlo que aquellos largos recorridos en el autobús que lo transportaba diariamente desde la fábrica hasta su casa de las afueras de la ciudad... Aunque su primer impulso había sido devolver el dinero, algo le impidió llevar a cabo su propósito. Fue como si una fuerza extraña hubiese detenido su ademán. Pero él sabía que ningún acto humano se produce por sí solo; que aún los que aparentan ser más impulsivos, tienen una causa oculta que puede siempre descubrirse. Y nada le placía más a Pedro que hallar esa razón de ser escondida y misteriosa... Evidentemente, ni el cajero ni ningún otro de los presentes se había percatado de lo sucedido.

Nadie tampoco observó su gesto trunco al acercarse de nuevo a la ventanilla. Ninguna persona podía pues acusarlo de haber dispuesto de aquellos dos pesos... Pedro se sonrió imperceptiblemente: aquella impunidad le proporcionaba una sensación de íntimo bienestar... Cuando se comprobara la falta del dinero, se movilizaría todo el departamento de contabilidad de la fábrica. Se revisarían una y otra vez las nóminas. Se contaría y recontaría el efectivo en caja. Tal vez fuera necesario trabajar hasta de noche... Cerró los ojos y se acomodó mejor en el asiento del autobús, ampliando la sonrisa que jugueteaba en su rostro. Le pareció ver encendidas las bombillas de la oficina y a los empleados en camisa, sudorosos, inclinados sobre los libros y las máquinas de sumar, tratando inútilmente de descubrir el destino de aquellos dos pesos...



José Cambronal, en cuclillas bajo el sol inclemente que castigaba su espalda desnuda, se ensañaba contra la yerba crecida. Después de una hora de trabajo, había logrado avanzar hasta casi la mitad del terreno. Probablemente acabaría antes del término que se había fijado. El secreto era no parar ni un momento. Si lo hacía, el cansancio llegaba de golpe y le llenaba de dolores la espalda

y la cintura, agarrotándole los brazos. Pero mientras siguiera así, golpeando sin cesar con el machete, no sentía la fatiga, y le parecía que su brazo no era parte de su cuerpo, sino algo independiente que se movía por sí solo, como dotado de vida propia. Él mismo se sentía en este instante como una máquina movida por un impulso extraño a su voluntad, aunque a veces creía estar oyendo los gritos de los niños... Sus hijos tenían varias formas de llorar y José sabía distinguirlas muy bien unas de otras. Había los gritos de rabia, que eran agudos y largos como la sirena del Ingenio. Había los de dolor, más cortos y graves. Y había los otros, roncós, profundos, interminables: los gritos de hambre. José no podía oír estos últimos. Simplemente *no podía*. Esa madrugada lo habían despertado aquellos gritos. Comenzaron suavemente, como murmullos, se hincharon luego hasta ser como aullidos, y luego bajaron de nuevo hasta convertirse en una especie de estertor... No soportó mucho tiempo: se tiró del catre, se puso a oscuras el pantalón y la camisa, afiló brevemente el machete en la piedra de amolar, y salió a la carretera sin tomar siquiera un jarro de agua...



Con las manos abiertas y las palmas boca abajo sobre la mesa, Cirilo entremezclaba las fichas para iniciar una nueva partida. Habían ya jugado cinco y seguramente aquella sería la última para el infeliz que estaba sentado a su izquierda: ya no daba para más... A veinticinco centavos por partida, las ganancias sumarían un peso y medio. Claro que había que reducirlas a la mitad, porque la parte de Pepe había que reembolsársela después que el otro se fuera. Pero así y todo quedaban setenticinco centavos, que repartidos entre los tres tocarían a veinticinco por cabeza. No había estado mal la tarde. Cirilo se asombraba de que nadie hubiera ni siquiera sospechado del truco que empleaba en el juego. Y sin embargo lo hacía frente a las narices de todos. El sistema en sí era sencillísimo. Lo único necesario era cierta habilidad manual y mucha práctica. Él necesitó meses para dominarlo a la perfección. Todo estaba en la forma de voltear y colocar las fichas después de cada partida. Agrupándolas por *pintas* y mezclándolas con cuidado, sin separar

los grupos uno de otro. Cirilo sabía, al comenzar el juego, cómo estaba compuesta la *mano* de cada uno de los jugadores con un ochenta por ciento de exactitud. Con eso y una serie de señales secretas, cuidadosamente ensayadas, no se podía perder. Había practicado el sistema con su compadre Pepe y el muchacho que le ayudaba en la bodega, y para los tres aquella ya constituía una fuente regular de ganancias seguras. Cirilo clasificaba a los *clientes* en diferentes categorías, pero prefería *trabajar* al vicioso. Esta especie no le costaba esfuerzo alguno: ellos mismos se colocaban voluntariamente dentro de la trampa. Bastaba que se sentaran los tres a la mesa de juego. El tipo se acerca, se detiene tras uno de ellos y comienza por *obenquear*. Luego pide un lugar, y una vez allí, nada ni nadie es capaz de desprenderlo de la mesa hasta haberse dejado desplumar el último centavo. Cuando las cosas sucedían de ese modo, Cirilo se sentía como un pescador que ha cogido un pez sin usar carnada. Claro que a veces surgían problemas, porque este tipo de individuos suele pedir crédito. En este punto era necesario parar, y en ocasiones esto costaba trabajo y alguna violencia. A Cirilo no le gustaba la violencia. En los casos en que las circunstancias la hacían indispensable, intervenía Pepe. Pero estas situaciones críticas no eran frecuentes. Lo corriente era ver al hombre registrarse una vez más los bolsillos, ponerse en pie tranquilamente y largarse sin decir nada...



Cuando Pedro Valbuena había ya abandonado el autobús y se acercaba con paso rápido a su casa, vio la espalda desnuda del hombre oscuro agachado en el jardín. Sintió un súbito desagrado y reprimió un gesto de impaciencia. «Otra vez Adela tirando los *cuartos*», se dijo. En este punto su mujer era completamente irresponsable. Parecía no haber conocido jamás el valor del dinero y lo malgastaba en una forma que lo indignaba. Pedro no podía soportar su hábito de comportarse como si fueran ricos. Pasó junto a José sin mirarlo, y tan pronto la puerta giró sobre sus goznes, interpeló a la mujer que venía a su encuentro: «¿Qué hace ese hombre en el patio?» Ella se detuvo bruscamente: «La yerba



estaba muy alta. A pesar de que me has estado prometiendo ocuparte de eso cada semana, nunca lo has hecho. No podía esperar más. Sabes muy bien que no puedo tolerar el abandono y el descuido». «¿Cuánto?», le interrumpió él. «Lo contraté por dos pesos...» dijo ella, con un hilo de voz.

Era, sin duda, realmente curioso: dos pesos, precisamente... Se asomó a la ventana y preguntó en voz alta: «¿Dos pesos nada más que por cortar esa yerba?».



José Cambronal estaba dándole los toques finales a su labor. Junto a la alambrada en que remataba el patio, amontonaba la yerba recién cortada para facilitar su quema.

Después de preparar el último montón, se puso la camisa y se dirigió hacia la casa. Sentía los riñones destrozados y las manos hinchadas apenas podían sostener el machete. «Ya terminé, doña», dijo mientras subía lentamente los escalones que conducían del patio a la cocina. Adela se dirigió a su marido: «Anda, Pedro, dale dos pesos a este hombre».

Sin mirarla, Pedro se asomó de nuevo a la ventana. Hubiera deseado que algo estuviese mal; que el trabajo adoleciera de algún defecto que pudiera echarle en cara a aquel hombre. Pero todo parecía estar bien. La yerba había desaparecido por completo y en el fondo del patio se alzaban cinco montones de desbrozo perfectamente alineados y de igual tamaño. Introdujo la mano en el bolsillo y sacó el fajo de billetes. No era precisamente este el destino que él hubiese deseado darle a aquellos dos pesos, pero no había otra alternativa. Separó dos billetes del resto y se los pasó al hombre que lo observaba en silencio...



Aquel resultó ser un caso normal: no hubo contratiempo alguno. Una vez finalizada la partida, el hombre se puso en pie, se despidió con una frase ininteligible y se marchó tranquilamente. Cirilo *sabía* que las cosas iban a suceder así. Él conocía la gente. A veces

le bastaba una mirada para saber de antemano cómo reaccionaría una persona. ¿Dónde habría llegado si hubiese estudiado? Pero él no tuvo tiempo de ir a la escuela. Siempre hubo otras cosas más importantes que hacer desde que era niño. Por ejemplo, trabajar como un burro, de sol a sol, mientras el viejo se emborrachaba tranquilamente en la casa... Pero, después de todo, no le pesaba. El contacto directo con la vida y las dificultades que tuvo que vencer, le enseñaron desde muy temprano más de lo que hubiera aprendido en cualquier escuela. Sobre todo en lo que se refiere a conocer a la gente. En ese aspecto, Cirilo se consideraba el mejor. No solo no conocía a nadie capaz de engañarle, sino que se consideraba a sí mismo capaz de enredar a cualquiera.

Había encendido de nuevo la colilla del cigarro y estaba en aquel instante apoyado en el mostrador de la bodega, mirando hacia la carretera por la puerta entreabierta. Un hombre venía acercándose rápidamente por la orilla. Aún antes de distinguir sus facciones, lo conoció por la forma de caminar. Era José Cambronal, el negro que vivía con Caridad. Entrecerrando los ojos y expulsando una nube de humo por la boca, Cirilo se entregó con fruición a su manía de adivinar los actos y pensamientos de la gente... Viene con el machete y son ya las dos y media de la tarde. Debe haber encontrado algún trabajo hoy, porque de lo contrario habría vuelto antes a *comerle* la comida a Caridad. Estuvo *chapeando*, porque tiene las rodilleras del pantalón sucias y húmedas. Viene cansado, sin duda, porque cojea un poco al andar y camina sin mover casi los brazos. Probablemente está loco por beberse un trago de ron: por eso apuró el paso tan pronto vio la bodega abierta... Y debe tener en el bolsillo algo así como un peso y medio... Tal vez dos... solo tendré que dejarlo beber un trago, y, con una pequeña insinuación, lo haré sentarse a la mesa de juego... «Una *manita* nada más, mientras te lo bebes tranquilamente, José...».

Una vez más Cirilo tuvo razón. Media hora más tarde, exactamente a las tres, cuando Pedro Valbuena repetía en la casa una vez más a su mujer que «a pesar de todo, aquel trabajo no valía dos pesos», José Cambronal abandonaba con paso lento la bodega, presa de un cansancio infinito. Cirilo, con una sonrisa en los labios,

cerraba el cajón de madera del mostrador donde quedaban, bien acondicionados con los demás, dos billetes crujientes de a peso. Y trescientos metros más abajo, al borde de la carretera, en un rancho de yaguas y cana, el grito ronco de dos niños desnudos crecía interminablemente bajo el cielo indiferente y gris de Altocerro que se tiende por igual sobre la casa de Pedro Valbuena, la bodega de Cirilo Villamán y el rancho de José Cambronal.





## MÁS ALLÁ DEL ESPEJO

De las diversas desapariciones personales que afectaron la pacífica existencia de Altocerro, ninguna dejó de tener tarde o temprano, alguna explicación más o menos lógica. Es decir, todas menos una: la súbita partida de don Álvaro Torralba. Su desaparición fue de tal modo inesperada y su paradero permaneció de tal forma desconocido, que aún hoy es corriente oír decir en el pueblo que a don Álvaro se lo tragó la tierra. Probablemente hubiese sido yo uno de los que continuasen utilizando esa expresión común para explicar la desaparición de nuestro ilustre compueblano, de no ser por la revelación que obtuve al respecto en un momento de debilidad de la esposa de don Álvaro.

No creo que sea conveniente entrar en detalles sobre los motivos de la señora Torralba para hacerme partícipe de su secreto. La discreción es una de las pocas virtudes de que puedo envanecerme, y esa virtud ha sido, justamente, la que ha sellado mis labios hasta el día de hoy.

A partir de ahora, no obstante, no me siento ya obligado a mantenerme en silencio porque ayer acompañé al cementerio de Altocerro los despojos mortales de mi confidente y esta mañana he recibido de manos de su albacea el sobre lacrado que ella me ha legado por expresa disposición testamentaria.

Dentro de ese sobre hay una carta, amarillenta ya por efecto del tiempo, mediante la cual don Álvaro explica su desaparición. No me cabe duda de su autenticidad porque está escrita de su puño y letra y me limitaré a transcribirla textualmente. No formularé ningún comentario, pero deseo dejar bien claro que no me solidarizo con su contenido. Afirmo sí, que la carta es auténtica y para comprobarlo, conservo su original, el cual está a disposición de cualquier persona interesada.

El texto de la carta es el siguiente:

Querida esposa:

Creo que esta es la primera vez que te escribo. Para bien o para mal, nunca nos hemos separado durante los largos años de nuestra vida en común y jamás se nos presentó a ninguno de los dos la ocasión de dirigir al otro una carta. Esta es, sin duda, la razón de que me sienta un poco extraño, tímido tal vez, al comenzar a escribirte. Acostumbrado a mirarte mientras te hablo y adivinar tus reacciones a través de las mil pequeñas inflexiones que matizan tu rostro mientras escuchas mis palabras, me encuentro un poco a ciegas, algo inseguro y vacilante, al relatarte en esta forma el más extraordinario acontecimiento de mi vida... Sí, querida mía, precisamente el más extraordinario. Y no solo ha sido asombroso por contraste frente a la uniforme gris condición que ha caracterizado toda mi existencia, sino porque, en sí mismo, el increíble suceso no tiene, que yo sepa, precedente alguno en la historia de la humanidad... No te asustes: no he perdido el juicio, aunque a veces yo mismo he llegado a pensarlo. Me conoces demasiado bien y sabes que soy escéptico por naturaleza y modesto por convicción. Jamás me dejaría arrastrar por supercherías ni osaría nunca considerarme superior a mis semejantes, a menos que tuviese una razón valedera para ello. Sin esa razón, no hubiera llegado a crearme dotado de poderes sobrenaturales otorgados por un misterioso más allá. Y sin embargo, ¿cómo explicar sino dentro de leyes de otro mundo, desconocidas por completo en el plano donde se ha desarrollado durante siglos la vida de la humanidad, la experiencia extraordinaria que he vivido en estos últimos meses?... Sé que habrá de mortificarte esta última afirmación, porque significa que durante meses he

guardado un secreto sin compartirlo contigo. ¿Podrás perdonarme alguna vez?... Pero no. No es tu perdón lo que necesito, sino tu comprensión. Tu aceptación de que las cosas han sucedido tal como voy a contártelas. Con esto solo me basta, porque nadie que acepte la realidad de mi experiencia podría demandar de mí una actitud diferente a la que he asumido: callar primero, hasta estar absolutamente seguro de que las circunstancias no tienen explicación lógica posible, y adoptar luego, sin vacilación ninguna, la decisión irremisible que he tomado... Pero vayamos por partes y no adelantemos los acontecimientos.

Todo comenzó aquella tarde lluviosa de noviembre pasado, cuando visitamos la pequeña tienda de antigüedades cerca del puerto en ocasión de nuestro último viaje a la capital. ¿Recuerdas? Mientras tú curioseabas unas miniaturas renacentistas y regateabas su precio con el dueño, yo pasé a la trastienda y me dediqué a observar varios espejos que estaban en el suelo, recostados de la pared. Uno entre todos llamó poderosamente mi atención. Era un espejo ovalado, de mediano tamaño, con marco dorado de madera labrada en estilo rococó, en el cual pequeños querubines semidesnudos, de caritas sonrientes, enmarcaban una luna que apenas se adivinaba bajo una espesa capa de polvo. Me incliné para limpiarla con el pañuelo y allí mismo, en cuclillas frente a aquel curioso objeto, sentí el primer escalofrío de los que habrían de sacudirme a lo largo de los últimos meses. El rincón en que me hallaba estaba sumido en la semioscuridad y mi visión no podía ser clara. Sin embargo, tuve la indiscutible sensación de que el espejo *no había reflejado mi cara*. Desde la borrosa superficie en penumbras me miraba otra faz que no era la mía. Aquella sensación duró tan solo un breve instante. Me acerqué más al espejo, limpié mejor su superficie, y la sangre que había sentido paralizarse en mis venas reinició su fluir normal: estaba ya contemplando mi propia imagen. Con los ojos desorbitados y la tez un poco pálida, pero indiscutiblemente la mía. Me incorporé, tomé el espejo con manos todavía temblorosas y con él bajo del brazo me reuní contigo. Aún recuerdo tu extrañeza al verme decidido a comprar aquella «horrorosa cosa de mal gusto», como la calificaste entonces. Opusiste una resistencia impotente ante mi obstinada

determinación de conservarlo a toda costa, y durante el trayecto a nuestra casa, me repriminaste amargamente por haber pagado un costo exorbitante por algo completamente inútil. ¡Qué irónico fue que calificaras al espejo de aquel modo cuando, precisamente con él, se iniciaba una revolución total de mi existencia!

Para ti el incidente terminó aquella misma noche cuando guardamos el espejo en el desván, junto al montón de cosas en desuso que mantenemos en esta estrecha y oscura habitación en donde ahora te escribo esta carta. Para mí, en cambio, se inició una nueva vida de extraordinario contenido. Desde aquel día, cada vez que salías de la casa subía yo al desván y me colocaba frente al espejo, mirando fijamente durante horas, mi rostro reflejado.

Durante la primera semana no ocurrió nada extraordinario y llegué a temer que aquella primera experiencia en la trastienda solo había sido una ilusión de mis sentidos. Mas, al fin, mi constancia fue premiada. Recuerdo perfectamente lo que llamó inicialmente mi atención al cabo de aquella dura semana de prueba. En los primeros días solía quedarme pasivamente aquí, frente al espejo, esperando una revelación que no llegaba nunca. A partir del cuarto día, comencé a hablarle. Al principio mis palabras no producían resultado visible alguno, y la imagen del espejo se limitaba a reproducir fielmente el movimiento de mis labios. Pero luego observé que, aunque yo hablase continuamente, la imagen mantenía a veces los labios fruncidos e inmóviles. Cada vez que esto sucedía, mi faz entera dentro del espejo asumía una expresión de infinita tristeza.

De ese modo se inició el escalofriante proceso del desdoblamiento. Lentamente, tan imperceptiblemente que sería imposible fijar gradaciones a aquella paulatina transformación, fueron modificándose los rasgos de la imagen que producía mi presencia frente al espejo. (Me resisto ya a hablar a estas alturas de imagen «reflejada»). El proceso se produjo en su primera etapa mediante un desdibujamiento de las facciones, que llegaron a adquirir, al final de la primera fase, la apariencia de esas viejas fotografías desvaídas por el efecto del tiempo. (Cierto parecido conmigo, muy leve ya en aquellos días, acentuaba la semejanza de la imagen con el antiguo retrato de un remoto antepasado). A esta esfumación



de las facciones siguió un período inverso de acentuación de los rasgos, y me fue dado presenciar cómo, día a día, nacía asombrosamente frente a mí un ser desconocido que nada tenía ya en común con mi propia apariencia. Al mismo tiempo, como si estuviese siendo dibujado por una mano misteriosa, el fondo del espejo iba adquiriendo contornos propios, independientes del desván polvoriento donde se producía aquel acontecimiento extraordinario.

¿De qué modo podría comunicarte la extraña sensación, mezcla de fascinación y de temor, que me embargaba cada vez que me asomaba ante aquella ventana abierta ante el misterio? Intentarlo sería inútil. Solo podría decirte que, a medida que pasaban los días, de aquel conjunto de sensaciones contradictorias fue surgiendo poderosamente un sentimiento único de solidaridad y ternura, a la vez, hacia aquel ser que palpitaba ya con vida propia más allá del espejo... ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Por qué me había seleccionado a mí como punto de contacto entre el mundo común y corriente y el misterioso mundo de donde procedía? Estas preguntas sin respuesta torturaban todos los instantes de mis días y mis noches.

Fue entonces, pobre querida mía, cuando comenzaron a preocuparte los estragos visibles que sobre mi organismo venía produciendo la increíble experiencia por la que atravesaba. Mis insomnios, mi irritabilidad, mi permanente desasosiego... ¿Qué lejos estabas de sospechar entonces la verdadera causa de mi estado, y qué impotente me sentía yo para comunicarte la verdad increíble que se ocultaba tras la aparente sintomatología del trastorno mental! Porque yo *sabía* que el secreto solo a mí pertenecía, y tenía conciencia plena de que divulgarlo hubiera sido una traición a la confianza que se había depositado en mí. Por eso me mantuve absolutamente mudo e inmovible, tanto frente a tu amoroso requerimiento, como ante la astucia infernal de los siquiátras... Pero no hablemos del triste episodio de los médicos. De sus indagaciones atrevidas y sus elucubraciones estúpidas. Hablemos, sí, del maravilloso mundo que yo sentía palpitante al alcance de la mano, más allá del espejo, y que reservaba para mí solo toda su asombrosa y enigmática estructura.

Me refería anteriormente al sentimiento de solidaridad que me inspiraba el misterioso ser con quien me comunicaba a través del espejo. Sentía que un poderoso lazo se iba anudando cada vez más estrechamente alrededor de ambos, y esa sensación progresiva culminó precisamente el día que escuché por primera vez el *llamado*. Un apremiante llamado, sin voz, pero perfectamente audible para mí. No podría decirte de dónde venía, aunque sospecho que nacía en aquellos ojos que me miraban a través del espejo. ¿Cómo definirte la infinita tristeza de aquella mirada? La sentía, casi físicamente, depositar sobre mi pecho su muda desesperación. Jamás en toda mi vida había sido acudido tan poderosamente por un pedido de ayuda como entonces lo fui... «¿Qué quieres?», le grité casi, lleno de profunda compasión. «¿Qué puedo hacer para borrar esa tristeza de tus ojos?». Y la imagen continuaba mirándome, muda y sin esperanza, con mayor pesar todavía, como si mi incapacidad de comprenderla la entristeciese aún más.

Pero fue ayer cuando sucedió lo más extraordinario de todo. Había permanecido por largo tiempo absorto frente al espejo, tratando inútilmente de descifrar su incomprensible mensaje, cuando observé que la imagen se cubría los ojos con la mano y que cierto desfallecimiento en su actitud presagiaba una inminente caída. Actuando bajo un impulso reflejo, extendí la mano hacia la imagen como si intentase brindarle apoyo y sostenerla. No alcancé a completar el ademán porque, antes de tocar el cuerpo vacilante y al propio instante en que comenzaba a recriminarme mentalmente por lo absurdo de mi gesto, me detuvo horrorizado una circunstancia increíble: mi mano había *traspasado* la superficie del espejo... Sí, querida mía, he escrito *traspasado*. No podría emplear otra palabra para describirlo. Más allá del espejo, mis dedos se movían dentro de una masa gelatinosa, perfectamente sensible al contacto estremecido de mi piel. No puedo describirte la horrible sensación que experimenté. Aunque fue algo parecido a sumergir y mover la mano bajo el agua, la resistencia al movimiento era mucho mayor que la que normalmente ejerce la presión de una masa líquida. Aunque yo diría que, más bien que resistencia, lo que se produjo fue una combinación de atracción

y resistencia, de la cual resultaba una tercera fuerza desconocida, fuera de todas las leyes de la física, que tiraba poderosamente de mi mano desde el fondo del espejo.

No sé cuánto tiempo duró aquel extraordinario fenómeno. De igual modo que los conceptos corrientes del espacio, las reglas y medidas ordinarias del tiempo habían ya perdido toda significación para mí. Solo sé que, después de un gran esfuerzo desesperado, logré vencer la fuerza que intentaba arrastrarme y caí en el suelo del desván, temblando de pavor, nublada toda facultad de raciocinio, absolutamente perdido dentro de la intrincada red que lo absurdo había ido tejiendo a mi alrededor.

Y sin embargo, a pesar de la aterradora experiencia que significó para mí, este episodio me ha ofrecido la oportunidad de hallar el verdadero camino. El único camino posible a seguir. Esta misma noche se me ocurrió la solución, mientras tú dormías dulcemente a mi lado, ajena al drama que se estaba desarrollando junto a ti. Fue como un inesperado relámpago que iluminara en un segundo fugaz la senda extraviada en mitad de la noche. Tan pronto vi todo claro me arrojé de la cama, subí al desván y me puse a escribirte esta carta.

Comprenderás que no tengo más que una alternativa. Por alguna razón incomprensible he sido elegido para protagonizar un acontecimiento extraordinario. Tal vez un experimento que revolucionará todo el edificio científico que ha levantado trabajosamente la humanidad durante siglos. Tengo plena conciencia de que no debo ni puedo rehuir esa responsabilidad. No sé quién me ha seleccionado ni para qué, pero estoy convencido de que el reclamo es auténtico y voy a aceptarlo. No sé dónde iré ni por cuánto tiempo, pero *tengo* que ir. Sé que mi ausencia te producirá pesar y te pido resignación. Espero que me comprendas, pero aunque así no fuese, nada que hagas o que digas podría alterar mi decisión, porque ella es irrevocable. Tan pronto termine esta carta, daré el paso definitivo, el final: atravesaré el espejo y me enfrentaré con mi destino. Adiós.





## UN EPITAFIO PARA DON JUSTO

Hoy tuve una verdadera sorpresa en la peluquería. Estaba ya sentado en el confortable sillón, con el blanco paño anudado al cuello, en espera inmóvil de la eficiente intervención de mi barbero, cuando alcancé a ver a través del espejo una figura extraña junto a la puerta de la calle. Aunque a raíz de la primera ojeada me pareció desconocido aquel hombrecillo enteco y encorvado, había en él algo familiar que pugnaba por despertar en mi memoria algún recuerdo inasible y dormido. Permanecí un largo rato observándolo, intrigado, hasta que una súbita luz pareció iluminar de pronto mi cerebro. A medias gozoso, a medias incrédulo, me incorporé bruscamente en el sillón, volví la cabeza, y comprobé directamente que la imagen que me ofrecía la superficie azogada del espejo no era una visión desconocida, sino que correspondía real y exactamente a la humana presencia de don Justo de La Barca y Téllez.

Hacía más de quince años que no veía a don Justo y no creo que en ese lapso haya pensado en él más de dos veces. Mas, tan pronto como identifiqué su familiar figura, todo un tropel de recuerdos perdidos me asaltó de inmediato. Durante el corte de pelo, y mientras el metálico aleteo de las tijeras revoloteaba sobre mi cabeza, permanecí con los ojos fijos en la imagen del espejo, sumergido en una tibia ola de evocaciones que me arrastró

suavemente hacia mi lejano pueblecito natal de Altocerro, poderosamente revivido por aquel encuentro inesperado.

Y es que don Justo fue sin duda el más singular de los habitantes de Altocerro. Parecía escapado de otra época, incrustado por error en un siglo al que evidentemente no pertenecía, ni física ni espiritualmente. Muchas veces me pregunté al pensar en su desaparición súbita del minúsculo escenario pueblerino, si acaso la Suprema Voluntad, al percatarse al fin de su equivocación, lo había sustraído del presente y transportado a través del tiempo hasta la época caballerisca y lejana a la que realmente correspondía.

Don Justo era de baja estatura y delgado, pero enhiesto hasta donde se lo permitían las evidentes limitaciones de su conformación ósea. Se dejaba crecer el cabello, suavemente ondulado, hasta mucho más allá de lo consentido por la moda, y los mechones grisáceos que sobresalían por debajo de las alas de su sombrero fueron siempre la delicia de la muchachería regocijada y burlona que lo encontraba por las calles. Usaba lentes de presión sujetos con un negro cordón de seda que descendía en armoniosa parábola sobre el pecho enjuto hasta perderse en el bolsillo superior del chaleco. El soporte de aquellos lentes, la curvada nariz de corte clásico era lo único agresivo del conjunto, todo él discreto y severo, opacado y tímido.

Su indumentaria, concebida dentro de los más estrictos cánones de la sastrería de finales del siglo pasado, era la digna y adecuada envoltura de don Justo. Se componía exteriormente de una anticuada casaca negra y unos pantalones oscuros, de rayas los días festivos y sin ellas los demás de la semana. El inevitable chaleco, atravesado a lo ancho por la gruesa leontina de oro, permitía una visión reducida de la blanca camisa, siempre recién planchada, sobre la cual derramaba su romántica cinta la corbata floja, anudada con calculado descuido en redor del duro cuello de celuloide, inflexible y brillante.

Don Justo fue siempre la más acabada personificación del formulismo y la etiqueta. De una impoluta corrección, sin haber alzado la voz en su vida más allá de lo conveniente, ni agitado los brazos más de lo que permiten los buenos modales, parecía deslizarse más que caminar por las calles del pueblo, en un

continuo quitar y colocarse el sombrero al encuentro de las personas que su estricto concepto de las jerarquías sociales consideraba de su misma condición, adoptando en cada caso el grado de cortés inclinación del torso a la exacta ubicación del objeto de su reverencia en la escala –rebotante de categorías– que utilizaba para calificar a los sencillos habitantes de Altocerro.

No tenía edad. O, por lo menos, habría sido imposible calculársela partiendo de su aspecto y de las transformaciones que hubiesen debido afectarlo a lo largo del tiempo. Siempre fue el mismo en todas las épocas, y la evocación que de él hacía el más viejo lugareño, parecía coincidir con la figura parsimoniosa y diminuta que se movía entre nosotros repartiendo saludos y prodigando reverencias.

Mi memoria lo recordaba desde los días en que iba yo a la escuela, con mi pila de libros bajo el brazo, y lo veía cruzar fugazmente alguna calle, inclinado a veces para apartar una piedra del camino con la puntera del bastón, encerrado siempre en su irreprochable y severa parsimonia. Era muy madrugador, y en muchas ocasiones, cuando la señorita Amparo organizaba en días de asueto excursiones escolares, lo encontrábamos en las afueras del pueblo, con su invariable atuendo dominguero, tomando el solecito reconfortante y discreto de las primeras horas de la mañana. Tan pronto nos veía, aumentaba la rigidez de su enteca figurilla y se inclinaba, destocado y reverente, al paso de la profesora, beneficiaria sin duda de alguno de los más encumbrados escalafones de la jerarquía social que había estructurado don Justo para su uso particular. Y cada vez, la señorita Amparo, desde la cumbre de sus cuarenticinco años de jamonería recatada y cursi, enrojecía de turbación y apuraba ostensiblemente la marcha del pequeño ejército bajo su mando hasta perder de vista, atolondrada y ruborosa, la causa inocente de su desconcierto.

Indudablemente, era un devoto amante de la naturaleza. Así lo atestiguaban sus largas caminatas por las afueras del pueblo, interrumpidas de trecho en trecho para permitir que su curiosidad se inclinase absorta sobre alguna planta rara o algún extraño insecto; como también sus paseos nocturnos, en los

que parecía estar más en el cielo que en la tierra, absorto como quedaba mirando las estrellas y descifrando su mensaje profundo y misterioso.

Vivía solo, en una casita humilde de madera, recostada en el flanco del cerro que se levantaba a la salida del pueblo. Descolorida, agobiada, la sencilla vivienda refulgía sin embargo de puro limpia y cuidada. Francisca, la mujer del sacristán, acudía dos veces por semana a realizar las labores de limpieza general y de lavado, pero las comidas se las preparaba el propio don Justo, y él mismo compraba los simples ingredientes que componían su frugal alimento cotidiano. ¡Cuántas veces le vi regresar del mercado, con su estrafalaria vestimenta, llevando ensartado en el brazo el modesto canasto de mimbre, regando a su paso una estela invisible en que se mezclaba el fresco aroma de las legumbres con el desagradable olor de la carne cruda y sangrante! ¡Y cómo intuía yo entonces, a despecho de mis escasos años, que aquella figura desconcertante y ridícula era todo un símbolo de valor y dignidad humanos, enhiestos como un mástil por encima de algún naufragio desolador e inexorable!

Nadie supo en el pueblo de dónde procedía don Justo. Muchos pensaban que era español, y varios le añadían la condición de noble venido a menos, inducidos a ello por la sonoridad de sus apellidos y por sus maneras ampulosas y aristocráticas. Pero estas suposiciones quedaron siempre en el terreno de las hipótesis, porque don Justo guardó siempre respecto de su origen el más inabordable mutismo.

En realidad, no tuvo amigos en el verdadero sentido de la palabra, y sus relaciones con los lugareños se limitaban al intercambio de protocolares fórmulas de cortesía que al principio desconcertaron a los sencillos habitantes del pueblo y a las que al final se acostumbraron, considerándolas como singularidades propias de un excéntrico. Después de su primer año en Altocerro, por gracia de la rutina, don Justo pasó a ser algo todavía inexplicable y extraño, pero cotidiano y habitual, como la salida del sol, las fases de la luna o el arcoíris que cruzaba el cielo pueblerino las tardes de lluvia.



No trabajaba, y parecía vivir exclusivamente de una pequeña remesa mensual que recibía por correo el día quince de cada mes, procedente de la capital. Con ella pagaba escrupulosamente el reducido alquiler de la vivienda y sus cuentas pendientes con Francisca y las vendedoras del mercado. No fumaba, ni bebía, ni se permitía otra diversión, y el sobrante de su modesta pensión, religiosamente separado mes por mes, engrosaba en algún rincón oculto de la casita, la suma destinada a remozar cada cierto tiempo sus extravagantes prendas de vestir.

No parecía tener familia en parte alguna porque, descontando el remitente anónimo de las mensualidades, nadie escribió nunca una carta a don Justo, ni nadie vino tampoco a visitarlo en el lejano rincón provinciano que había escogido para expresar gota a gota, con resignada paciencia, el jugo espeso de su existencia monótona y oscura.

Así había vivido entre nosotros, a lo largo de diez años, don Justo de La Barca y Téllez, hasta que un día quince de mes, pagado hasta el último centavo de sus humildes deudas pendientes, tan misteriosamente como vino, desapareció para siempre de Altocerro, sin dejar tras de sí amigos ni enemigos, sin que nadie derramara una sola lágrima por su partida ni se regocijara de su ausencia, y sin que su recuerdo dejara otra huella que alguna sonrisa burlona o un leve encogimiento de hombros cuando alguien, por acaso, mencionaba su nombre en la tertulia cotidiana. Y solo tal vez la señorita Amparo se hizo más seca, más callada, más intransigente, y aunque nunca la oí pronunciar el nombre de don Justo, la sorprendí más de una vez desde aquel día mirando silenciosamente, a través de la ventana abierta del salón de clases, hacia el caminito sinuoso y polvoriento cuyo curso, en algún ignorado y lejano lugar, enlazaba nuestro pueblito con grandes ciudades modernas, ruidosas y añoradas.



Dos golpes suaves de cepillo en el cuello y los hombros; y una espesa nube de polvo de talco barato flotando a mi alrededor, me

sustrajeron del mundo mágico de evocación en que me hallaba inmerso. El corte de pelo había terminado.

Don Justo permanecía en la misma postura, parado en la acera, ofreciendo con humildad su modesta mercancía a transeúntes presurosos e indiferentes. Me acerqué a él. Lo saludé efusivamente, y, aunque no me reconoció de primera intención, al poco rato pareció identificar el niño solitario de Altocerro con el hombre que lo estrechaba entre sus brazos. Pasada la primera impresión, lo arrastré hasta el restaurante más próximo y allí nos sentamos, en medio del salón desierto, frente a dos tazas humeantes de café.

Me quedé observándolo fijamente mientras se acomodaba frente a mí, con movimientos lentos y cansados y la mirada sin brillo fija en sus propias manos entrelazadas. De su porte señorial, de su prestancia, de su erguida hidalguía, no quedaba el más ligero rastro. Vestía prendas raídas y de dudosa limpieza. Sobre sus rodillas, ocultos por el mantel a mis miradas curiosas, había escondido los billetes de lotería que pregonaba un momento antes en la acera, y se adivinaba, bajo la aparente resignación sumisa, el hondo disgusto que mi súbita aparición le provocara. Un resabio de su antigua compostura pareció revivir en el gesto con que trató de esconder a mi vista el puño deshilachado y sucio de la camisa, pero el ademán quedó trunco, disolviéndose en una desfallecida renunciación, como si solo entonces se percatara de que ya era inútil todo fingimiento.

–¡Quién lo hubiera dicho! don Justo, –dije rompiendo el silencio–. Después de tantos años...

–Por favor, nada de don Justo... Perico, Perico Pérez Martínez...

–¿Perico Pérez Martínez?... –repuse asombrado–. Pero, ¿ha cambiado usted de nombre?...

–Sí, lo cambié, pero no ahora... Antes fue cuando lo hice... Justamente cuando me fui a vivir a Altocerro.

–¿De manera que nunca se llamó usted don Justo de La Barca y Téllez?... ¡Qué lástima! Tan sonoro como resultaba ese nombre.

–¿Verdad que sí?... –y lo repitió con verdadera fruición: –Don Justo de La Barca y Téllez... Fue sin duda un verdadero acierto... Me sentía realmente orgulloso de él. Para encontrarlo me ayudaron

mucho mis conocimientos de Literatura Clásica española... Usted recuerda, ¿verdad?... Calderón de La Barca, Fray Gabriel Téllez...

Yo, claro, recordaba, pero la verdad era que jamás se me habría ocurrido aquello.

–Nací aquí, en la capital... –La válvula de las confidencias parecía haberse ya abierto de par en par. En el más miserable de los barrios pobres de la ciudad. Nunca conocí a mi padre, y mi madre murió en la cárcel pública, poco después de haber nacido yo... Desde esa época tuve que averiguármelas solo... Conocí por dentro el reformatorio de menores desde muy temprano... Cuando me enderecé, me fui a trabajar de mandadero en una escuela. Allí aprendí a leer... Después que me despidieron, me las arreglé para conseguir libros... Mi vida fue azarosa y llena de tumbos, pero siempre tuve tiempo y ocasión de ilustrarme... Tal vez eso me ayudó a no meterme en líos con la justicia: no he vuelto jamás a visitar una cárcel... –Alzó la mano provista del fajo de billetes de lotería y la agitó frente a mí. Con esto me he defendido en todo momento. Hace más de treinta años que estoy en el negocio. De día pregonaba los boletos, y de noche asistía a la biblioteca pública, donde vivía algunas horas de irrealidad y fantasía... Era como vivir dos vidas en una sola, ¿usted me entiende?...

Yo asentí, sin proferir palabras, mientras él pareció concentrarse y olvidarse de mi presencia al añadir:

–Y un día, al fin, se abrió inesperadamente la puerta de la más fantástica de las posibilidades... Un billete cuyo número acostumbraba a reservar para un cliente, fue rechazado a última hora por este sin darme tiempo a devolverlo a la Administración... Resultó el tercer premio. No tuve la más mínima vacilación acerca de cómo emplear aquel regalo del cielo. Calculé que la suma bastaba para proporcionarme la existencia con la que había soñado siempre, exactamente durante diez años y cuatro meses. Escogí en un mapa de la isla el lugar apropiado para trasladarme, deposité el dinero en un banco con instrucciones de remitirlo en sumas mensuales en favor del nombre que había escogido en un momento de feliz inspiración, y me marché a Altocerro...

No pude menos que interrumpirle:

–Pero, ¿y después?... ¿no pensó en lo que pasaría cuando se le agotase el dinero?...

–¡Claro que lo pensé! Pero valía la pena, y no me arrepiento de lo que hice... Además, ¿sabe usted?, siempre tuve la secreta esperanza de que la muerte me sorprendiera allí, mientras gozaba del respeto de los demás... Soñaba con unos funerales dignos, con asistencia del cura y las autoridades y todo eso... No sucedió así, claro, pero pudo haber sucedido, ¿no es cierto?... Que hubiera una tumba ahora en Altocerro, con una inscripción que dijera algo así como «Aquí yacen los restos mortales del señor don Justo de La Barca y Téllez», y algún recuerdo amable más abajo... ¿Verdad que hubiera podido ser así? ¿Verdad?... –Y me miró con ojos por primera vez luminosos y vivos.

–Naturalmente que sí, naturalmente que sí... –le respondí apresuradamente mientras calculaba en secreto el costo aproximado del traslado de un cuerpo desde la capital a Altocerro, y el valor de una lápida de mármol digna de conservar para la posteridad el epitafio de don Justo de La Barca y Téllez.

Una vez convencido de que podía permitirme el gasto, me puse en pie y ayudé a incorporarse al tembloroso anciano. Lo miré marcharse lentamente, con la cabeza baja y arrastrando los pies hacia la puerta. Ya en el umbral, se volvió y me dijo:

–Y, por favor, no diga a nadie de allá... –pero yo le interrumpí con voz algo más ronca que lo normal:

–No se preocupe en lo más mínimo, don Justo: eso, la lápida y todo lo demás corren por mi cuenta...



## SU AMIGO ◉ ARCADIO

Don Carlos Zamorán era el Administrador de Correos de Altocerro. Sin embargo, a pesar de la desproporcionada pompa de este título en relación a la modestia de la destartalada casucha de madera que le servía de oficina, no era esta calidad la que confería mayor prestigio entre nosotros a don Carlos. Y es que el señor Administrador de Correos era, además, el orador oficial de Altocerro, y su elocuencia, ampulosa y estirada, presidía invariablemente los entierros, bodas, bautizos y demás acontecimientos significativos que sacudían de tiempo en tiempo la habitual modorra pueblerina. Era esta sin duda, y a mucha honra de su parte, la función principal y la verdadera vocación de don Carlos Zamorán.

Las tertulias de los domingos en el café de Las Brisas, que reunían alrededor de la gran mesa central a la mayor parte de la *élite* lugareña, se convirtieron muchas veces, por obra y gracia de la verborrea de don Carlos, en largos monólogos durante los cuales nuestro Administrador de Correos hacía uso desmedido de sus facultades oratorias contra nuestra pasiva, deslumbrada y silenciosa ignorancia. Siempre retrasaba un poco su llegada, y no hacía su entrada en el café hasta que todos estábamos ya sentados a la mesa, como aguarda un actor que su público colme la platea antes de salir al escenario. Llegaba en silencio, colocaba

el sombrero en la única tosca percha que sobresalía de la pared –sobre la cual parecía tener exclusivo derecho– y se sentaba en una de las cabeceras de la mesa, especialmente reservada para él.

Durante los primeros minutos, seguía con atención la conversación general, hasta que, en el momento oportuno, como si cazase una mosca con un movimiento brusco de la mano, así con vigor una frase, una palabra, que alguien hubiere dicho al azar, y por allí, sin soltarla, tiraba de la conversación, atrayéndola hacia sí, dominándola, apoderándose completamente de ella, y sin soltarla ya más hasta el final de la reunión.

Su parloteo incesante no tenía competencia entre los modestos contertulios, y nadie entre nosotros intentaba oponer resistencia al caudaloso torrente de su oratoria. Pero don Carlos era instruido, había viajado mucho, y sin duda alguna sus intervenciones constituían lo más interesante de aquellas pláticas domingueras del café de Las Brisas.

Un día la sesión fue particularmente interesante. Aunque don Carlos hacía muchos años que vivía entre nosotros, no era oriundo de Altocerro y no hablaba nunca de su vida anterior. Sin embargo, aquella vez nos relató un episodio de su pasada existencia que se me grabó para siempre en la memoria. Tan bien lo recuerdo, que podría repetir incluso las mismas palabras y frases rebuscadas y ampulosas con que nos contó la historia.

Estaba lloviendo fuertemente aquella mañana, pero ninguno de los habituales había faltado a la tertulia. Don Carlos, que había permanecido en silencio por un rato más largo de lo corriente, absorto en sus propios pensamientos, rompió de pronto su mutismo y, como de costumbre, sin dirigirse a nadie en particular, nos habló del siguiente modo:

–Hace mucho tiempo que debí contarles la historia de Arcadio, pero es ahora, después de tantos años, cuando me decido a hacerlo. Supongo que esto les parecerá extraño a ustedes, que tan bien me conocen y tantas pruebas tienen de mi locuacidad y de mi incapacidad de guardar secretos. Por eso deseo comenzar explicando la razón por la que callé hasta el día de hoy una historia que me retozaba en la lengua y cuyos pormenores bullían en mi memoria como gotitas saltarinas sobre la superficie del agua

hirviente. La razón de mi silencio no podía ser más poderosa: para contarles mi aventura con Arcadio, era preciso revelarles una etapa de mi vida que hasta ahora he mantenido oculta para todos. El tiempo de mi primer contacto con Arcadio se remonta a una época turbia de mi existencia sobre la cual no me gusta hablar. Creo, sin embargo, que ya puedo depositar mi confianza en ustedes y que cualquier cosa desagradable de mi pasado que yo les revelara no cambiaría el buen concepto que tienen de mí, formado y robustecido a través de los largos años que he convivido con ustedes. Cualquier descarrío de mi juventud, cualquier tropiezo de mi vida anterior, no va a privarme de su amistad, ni va a cerrarme las puertas de sus reuniones, ni a afectar en lo más mínimo las inmejorables relaciones que nos unen. Pero, amigos míos, esa fe que les tengo no podía nacer de la noche a la mañana ni formarse de un día para otro. Fue necesario esperar hasta hoy para que yo sintiera que esa confianza existía plenamente y que, por tanto, yo podía contarles sin temor la historia de Arcadio.

Hizo una breve pausa y prosiguió después, con igual ímpetu:

–Para ustedes, que me han visto por espacio de quince años ir y regresar cada día a las mismas horas de mi trabajo en la oficina de Correos (a la cual no he faltado ni un solo día laborable); que me observan transitar por la misma calle hasta el modesto hotel donde como todos los días idénticos platos y duermo en la misma cama durante el mismo tiempo diariamente; que saben que cada domingo abandono el lecho una hora más tarde que de costumbre, me visto con un traje recién planchado y asisto a esta tertulia habitual en el Café donde los mismos amigos se reúnen en torno de la misma mesa para reírse de los mismos chistes; que comprueban –por múltiples circunstancias– que cada día de mi vida es exactamente igual a los demás, y que mi existencia entera se asemeja a un mecanismo de relojería, a tal punto están sincronizados y se repiten una y otra vez en la misma forma todos mis movimientos; ustedes, amigos míos, se asombrarán cuando sepan que mi juventud fue desquiciada como un bote al garete y turbulenta como un ciclón tropical.

Esperó unos instantes para comprobar a su alrededor el efecto producido, y continuó luego:

–Tal vez algunos de ustedes, sugestionados por la imagen de mí mismo que les ofrece mi formal y metódica vida presente, juzguen exagerada esta declaración, o la consideren como una broma increíble dicha para pasar el rato. Nada estaría más alejado de lo justo que hacerse una suposición semejante. Lo que voy a relatarles les convencerá de que no exagero nada ni me burlo de nadie.

Aspiró profundamente y se acomodó mejor en su asiento.

–Ustedes habrán notado (necesariamente lo han hecho, porque en este pueblo suceden tan pocas cosas, que cualquier detalle o circunstancia se observa detenidamente y se convierte en objeto de comentarios y discusiones sin fin)... Ustedes habrán notado, decía, que cuando nos sentamos en torno a esta mesa y se sirven bebidas alcohólicas, yo jamás pruebo una gota. Al principio, algunos de ustedes insistían en que les acompañase a escanciar un vaso de cerveza o una copa de ron, encontrándose siempre con mi negativa cortés, pero firme. Ya nadie pretende obligarme a tomar alcohol y mi condición de abstemio empedernido se acepta como algo perfectamente natural. Y, sin embargo, si ustedes se hubiesen preguntado alguna vez el porqué de esta invariable actitud, si hubiesen profundizado un poco respecto de tal circunstancia, habrían adivinado probablemente su escondida causa, descubriendo el secreto de mi vida. Porque, yo, amigos míos –y sé que esto les parecerá increíble–, he sido un alcohólico en último grado.

La pausa fue entonces más larga. Don Carlos nos miró por turno a todos, pero nadie pronunció una palabra. Como si estuviese decepcionado, agregó:

–Esto, dicho en frase sencilla y corriente, pierde una gran parte de su horrible significado, y tal vez a la mayoría de ustedes se les escape la horrorosa condición que se esconde tras esas simples palabras. Pero yo, desgraciadamente, la conozco por triste experiencia hasta sus más crueles detalles, porque durante cinco largos años de mi vida yo me debatí sin esperanzas en las aguas cenagosas y turbias del alcoholismo... Ustedes deberían saber que, para un religioso, los hombres se dividen en creyentes y ateos; para un aristócrata, en nobles y plebeyos; para algunos, en blancos y negros; para otros, en buenos y malos. Para nosotros los



que formamos la clase de los alcohólicos, los hombres se dividen en los que pueden beber y los que *no pueden* beber. Para mí, y para todos los que son como yo, esa es la única clasificación que de veras importa. Estamos obligados a respetarla reverentemente, y si alguna vez –aunque fuere una sola vez trasponemos la sagrada línea que las separa, pagamos muy cara nuestra transgresión... La pagamos con todo lo que poseemos, incluso nuestra propia alma, como en las antiguas consejas de pactos con el diablo...

Bajó la cabeza y prosiguió amargamente:

–Yo violé una vez esa línea divisoria. Un poco por irresponsabilidad juvenil, otro poco por soledad y aburrimiento... Pero las razones no vienen al caso. Lo que importa es mi caída vertiginosa en el abismo sin fondo de la desesperación. Abandoné hogar, trabajo, amigos, y me convertí en un paria burlado por los niños, perseguido por los perros y despreciado por todos... Esto sucedió hace mucho tiempo. Tanto, que a veces pienso que no fue más que una pesadilla, sin otra realidad que la huella que nos deja en la memoria un sueño maldito cuyos detalles se olvidan y del que solo se recuerda el horror que nos produjo, revivido ocasionalmente por reminiscencias dispersas...

Levantó la frente, y haciendo un gesto con la mano, pareció barrer la tristeza que se mezclaba con sus palabras.

–No quiero insistir en la descripción de aquellos años: no es de interés para la historia que voy a contarles, y revive viejas heridas que el tiempo ha restañado. Pero es necesario que les hable del doctor Jordán. El doctor Jordán fue mi Ángel Bueno. Si hoy puedo estar aquí con ustedes, rodeado de afectos y viviendo una existencia normal, lo debo exclusivamente a su bondad y al interés paternal que se tomó por mí en aquella época negra de mi vida. Había sido amigo íntimo de mi padre y me conoció desde niño. Cuando se enteró de mi desesperada situación, fue personalmente a buscarme al pequeño pueblo de la costa norte de la isla donde a la sazón me hallaba yo viviendo de la caridad pública... Es decir, invirtiendo en alcohol el producto de las limosnas que recibía cada mañana a la puerta de la iglesia. Como el doctor me encontró en un estado de inconsciencia total, me trasladó como un fardo a la capital, y cuando surgí de mi sueño

alcohólico, me hallé internado en una clínica que poseía mi protector en las afueras de la ciudad...

–Allí permanecí diez meses, sometido a un tratamiento de rehabilitación que el propio doctor Jordán se encargaba de dirigir personalmente... Naturalmente, los primeros meses fueron horrorosos. El ansia de beber despertaba en mí cada cierto tiempo, y siempre que su garra me apretaba las entrañas, intentaba evadirme de la clínica por todos los medios imaginables. Afortunadamente nunca logré mis propósitos y cada tentativa de fuga se estrelló contra los pechos robustos y entre los brazos vigorosos de los enfermeros, rigurosamente adiestrados y aptos para evitar toda alteración de la férrea disciplina de la institución. Lentamente fui adaptándome a la vida de internamiento y aprendiendo a considerar impracticable todo intento de evasión. Como en el fondo de mí mismo vivía el profundo anhelo de sanar de mi horrible mal, y ese deseo crecía y se robustecía a medida que iba desintoxicándose mi organismo, paulatinamente fue avanzando el proceso de mi recuperación. Un solo síntoma de mi enfermedad persistía tenazmente a través del transcurso de los meses: las alucinaciones.

Nos recorrió a todos de nuevo con su mirada cargada de experiencia, y continuó:

–Sin haber pasado por ello, ustedes no podrían jamás hacerse una idea de lo que son las alucinaciones de un alcohólico. Imagino que la debilidad de la mente o tal vez la necesidad de escape del subconsciente, interrumpido por la cesación brusca del suministro de la droga, crean las condiciones propicias para que nazca en torno al enfermo un mundo de fantasías, entremezclado hasta tal punto con la realidad circundante, que uno no es capaz de distinguir dónde termina esta y dónde comienza el delirio...

–De este modo, viví durante meses experimentando las más extraordinarias aventuras. En ocasiones, fui califa árabe, reclinado en mullidos almohadones, servido por esclavos abisinios y deleitado por hermosas huríes complacientes y exquisitas. Otras veces, poderoso monarca de un reino milenario, triunfador de intrigas palaciegas. Otras, corsario pirata, vencedor de tempestades y ducho en abordajes. Otras... Pero no voy a

cansarles con la relación de las existencias fantásticas que creí vivir en aquella época. Lo que sí deseo dejar bien claro es que cada vez que despertaba de esas ensoñaciones, la impresión de realidad que su recuerdo me dejaba era tan profunda que tenía que hacer un esfuerzo de razonamiento para comprender cuál era mi verdadera personalidad y adaptarme de nuevo a mi yo y a mi ambiente verdadero. A medida que progresaba mi curación, aquellos delirios se espaciaban cada vez más y, cuando aparecían, esa impresión de realidad de que les he hablado se manifestaba con menos intensidad. Al final del sexto mes de internamiento desaparecieron por completo, y yo tuve entonces la certeza de haber retornado definitivamente al mundo de los seres normales... Pero justamente entonces, apareció Arcadio.

Sonrió levemente, y su relato cobró animación:

–Mi primer encuentro con Arcadio sucedió una fresca noche de diciembre. Había dormido ya algunas horas y desperté en la madrugada, probablemente a causa del frío. Me envolvía una agradable sensación de bienestar cuando, después de subirme la frazada hasta la barbilla, me puse a pensar con optimismo en mi curación inminente. Tenía los ojos cerrados y comenzaba ya a adormecerme en el instante en que una voz, profunda y suave a la vez, me sustrajo bruscamente de la modorra.

–Carlos, Carlos, –me dijo– ¿Estás despierto?

Me causó extrañeza que me llamaran por mi nombre de pila, porque en la clínica siempre lo hacían por mi apellido. Me incorporé a medias y respondí:

–Sí... ¿Quién es?

La voz me habló en un susurro:

–No creo que conozcas mi nombre, ni ganarías nada con saberlo. He venido a hacerte compañía y a conversar un rato.

Busqué con la mirada a mi interlocutor, pero no vi a nadie en la habitación.

–¿Dónde está usted? –pregunté alzando la voz, algo asustado.

La puerta de la estancia se abrió de golpe y una enfermera, rígida dentro de su planchado uniforme blanco, inquirió solícita:

–¿Desea algo, señor?

–¿Yo?... No nada. Muchas gracias... ¿Hablabas usted con alguien allí afuera, en el pasillo?

–No, señor, con nadie. Estaba sola, haciendo la guardia, y me pareció oírle hablar... Usted dispense. Y salió cerrando la puerta sin ruido.

Permanecí tenso bajo la colcha, con la frente inundada de sudor y un escalofrío intermitente recorriéndome la espina dorsal. En la habitación no había nadie, excepto yo, y la voz que me llamó había surgido junto a mi cama. Haciendo un esfuerzo de voluntad, me rodé hacia la izquierda y asomé con prudencia la cabeza debajo del lecho.

–No seas tonto: estoy aquí en la cabecera; pero no podrás verme por más que trates.

La voz nacía ahora exactamente a mi espalda y continuaba hablándome en susurros. Me senté en la cama, bañado en un sudor frío, y miré con ojos desorbitados por encima del hombro. Mi línea visual se extendía hasta la pared blanca y desnuda, y nada ni nadie interrumpía su curso. Mientras tanto, la voz continuaba:

–No te asustes. No te haré ningún daño. Solo quiero charlar un rato y pasar el tiempo. Y, después de una corta pausa: –¿Por qué será que ya a nadie le gusta recibir visitas? ¿Cómo han cambiado las cosas! En mis tiempos la gente era sociable y trataba a sus semejantes con amabilidad y cortesía. En cambio, ahora...

A medida que hablaba la voz misteriosa, fui comprendiendo poco a poco la verdad. Con profundo abatimiento iba convenciendo de que había pecado de excesivo optimismo. Yo no estaba todavía curado, ni mucho menos. Las alucinaciones no habían desaparecido, –como lo pensé–, y la prueba de ello estaba ahí, en aquel susurro que dejaba oír su acento grave y monótono a mi lado. Bajé la cabeza y hundí los hombros mientras mis manos colgaron entre las piernas entreabiertas. Debí encarnar en aquel instante la propia imagen de la desolación, porque la voz cambió de pronto el objeto y el tono de su discurso.

–¿Por qué te pones así? –me dijo con suavidad acercándose a mi oído. –Crees que no existo y te imaginas que soy otra alucinación, ¿no es cierto?... Pero, ¡hombre de Dios! –añadió subiendo de tono–, ¿eres acaso sordo o torpe? ¿No notas diferencia alguna

entre tus delirios absurdos y mi ser real, existente, que te habla y que sientes a tu lado? –Adquirió un tono amargo al continuar–: Pero, después de todo, ¿qué puede esperarse de la ignorancia y la vanidad de la humanidad de hoy? Ustedes, los «vivos» –e imprimió un dejo irónico a esa palabra–, han llegado a creerse que son los únicos que *existen*. Que el universo todo, con sus leyes eternas y sus misterios insondables, está donde está, exclusivamente para que ustedes puedan comerse tranquilamente sus huevos pasados por agua cada mañana, trabajar como estúpidos y amontonar dinero durante el día, y dormir o fabricar hijos cada noche...

La voz pareció ahogarse de indignación, y desde lo más profundo de mi terror y mi aflicción, surgió la mía, temblorosa, aprovechando la pequeña pausa:

–¿Quieres decir que existes realmente? ¿Que no eres alucinación? ¿Que has muerto, y sin embargo estás aquí, a mi lado, diciéndome todas estas cosas?...

–¡Claro que estoy aquí! No puedes verme ni tocarme porque existo en una dimensión que no pueden captar todos tus sentidos, sino los que yo he escogido expresamente para manifestarme ante ti. Pero no te engañas cuando oyes mi voz, aunque seas el único en oírla.

–Pero –balbucí–, ¿Por qué yo?, ¿por qué me has escogido precisamente a mí?

–Las razones son muchas, pero no entenderías la mayoría de ellas... Basta que sepas que fui en vida el mejor amigo de tu abuelo y que, desde mi *plano*, seguí siempre con interés y compasión todas tus desgracias.

–De manera que cuando existías... Es decir, cuando existías *de la otra manera*, viviste en este país, y... ¿Cuál era tu nombre?

–Arcadio. Arcadio Zaldívar, Caballero de la Orden del Santo Sepulcro, farmacéutico y comerciante –y la voz adquirió un tono solemne y engolado.

–Mucho gusto –murmuré sin que se me ocurriera decir otra cosa.

–Me parece que es suficiente por esta vez –dijo Arcadio–. Volveré a menudo para cambiar impresiones contigo. Te recomiendo guardar el secreto de mi existencia, pues podrías encontrar

inconvenientes si te pones a pregonarla... ¡Hasta pronto! –Y el silencio reinó de nuevo en la estancia.

Como es natural, aquella noche no pude conciliar de nuevo el sueño. Di vueltas sin cesar de un lado a otro de la cama, sumido en un mar de conjeturas cuyo examen me mantuvo en vela hasta la mañana siguiente. Y, en realidad, el caso era para preocuparse. Por un lado, me sentía inclinado a aceptar la realidad de la existencia de Arcadio. Por otro, padecía el íntimo temor de que se trataba de una nueva alucinación, quizás con más visos de realidad que las anteriores, pero producto también de mi imaginación febril. Ya bien entrada la mañana, logré al fin dormir, después de haber adoptado una firme decisión: Arcadio *no* existía, y por lo tanto ya debía olvidar para siempre aquella absurda intromisión en mi vida rutinaria de interno en una clínica.

Pero Arcadio no tardó más de tres días en reaparecer. Yo no había confesado aún al doctor Jordán aquel nuevo desvarío de mi mente, y había resuelto hacerlo precisamente esa misma mañana. Estaba tomando el sol en la galería posterior de la clínica, alejado de todos, cuando la voz inconfundible de Arcadio pronunció a mi lado un «buenos días» que me obligó a brincar de sorpresa en la silla, pero que también, en el fondo, me hizo vibrar de felicidad.

Me explicó brevemente que la causa de su ausencia obedeció a compromisos previos con otras personas desgraciadas a las que se sentía en el deber de ayudar, pero que había decidido consagrarse a mí por el momento y se había ya despedido formalmente de aquellas. Por mi parte, le expuse mis dudas y vacilaciones, y le supliqué que las desvaneciera ofreciéndome alguna prueba tangible de su existencia... Llegué a insinuarle que me daría por satisfecho si me anunciaba el billete ganador en el próximo sorteo de la lotería... ¡Oh! Sí, lo comprendo: fue algo indigno y vulgar. Pero, por favor, comprendan ustedes qué confusión padecía mi mente en aquellos momentos...

Arcadio permaneció un largo rato en silencio y yo adiviné la mirada de reconvencción que debió destinarme. Mas, si estaba colérico, no lo dejó entrever. Me explicó con suavidad como se hace con un niño– que ese tipo de revelaciones le estaba

terminantemente prohibido y que además, le parecían muy poco serias.

Avergonzado, le pedí excusas que él aceptó con hidalguía, diciéndome en tono paternal:

–No te preocupes. No es la primera vez que me sucede, ni será tampoco la última. El escepticismo parece ser la consigna de la juventud de hoy en día. Pero tengo la seguridad de que, a medida que vayas conociéndome mejor, aumentará tu confianza en mí y que terminaremos siendo buenos amigos... No trates de forzar tu inteligencia para convencerla de que me acepte. Deja pasar el tiempo y la convicción llegará por sí misma.

Y efectivamente, Arcadio tenía toda la razón. A partir de aquella entrevista, y cada vez más durante las subsiguientes, mi fe en él se robustecía y fui adaptándome a la idea de la existencia de aquel ser extraordinario que me había escogido a mí entre todos para ofrecerme su amistad y protección.

A tal punto llegué a habituarme a su presencia, que no vivía ya sino para gozar de sus visitas periódicas, y me parecían interminables las horas de espera que mediaban entre ellas. Naturalmente, oculté a todos la existencia de Arcadio, y mi amigo y yo nos citábamos de noche, en la galería posterior de la clínica, desierta siempre a aquellas horas... ¡Cómo describirles aquellas veladas extraordinarias! Rodeados de un profundo silencio y alumbrados solo por la luz de las estrellas, analizábamos y discutíamos los más variados temas: los misterios de la filosofía, los secretos de la ciencia... Viví entonces los días más apasionantes e intensos de mi vida. La sabiduría de Arcadio era infinita, y su poderosa personalidad iba influyendo en mi conducta y transformándola por completo.

Me sometí estrictamente a las normas de la institución. Dejé de fumar a escondidas en el cuarto de baño. Acepté sin protestas la aplicación de inyecciones y medicinas. Jamás volví a discutir con las enfermeras y el personal doméstico. Fui amable, dócil y servicial con todos, y mantenía gustosamente aquella actitud pensando en la amistad de Arcadio y en lo que, a consecuencia de ella, podía reservarme el futuro.

Mi conducta ejemplar apresuró mi salida de la clínica, y el Dr. Jordán me llamó una mañana para anunciarme que me daría de alta al día siguiente. Me sentía intensamente feliz al comunicarle aquella noche a Arcadio la gran noticia. Sin embargo, él no pareció compartir mi alegría. Me expresó con voz entristecida que tenía algo penoso que anunciarme. Era su propia partida. Se le había encomendado una lejana misión que cumplir. No sabía por cuánto tiempo. No podía decirme su destino. Debíamos despedirnos y resignarnos a una larga separación.

El golpe inesperado me aturdió por completo. Le supliqué, le imploré, lloré como una criatura, pero todo fue inútil. Nada podía variar aquella suprema y misteriosa decisión cuya fuente ignorada ni siquiera me era dado conocer. Arcadio me recomendó resignación y paciencia, y el único rayo de esperanza que me dejó entrever, alumbró tímidamente a través de las últimas palabras que pronunció antes de marcharse:

–Algún día volveremos a encontrarnos. Ten la absoluta confianza de que, no importa cuántos años pasen, seremos amigos de nuevo.

–Pero, ¿dónde?, ¿dónde podré hallarte? –le grité casi, sumido en la desesperación.

Y con voz que ya se hacía lejana y comenzaba a perderse en el espacio, Arcadio me respondió:

–Cuando llegue el momento, tú sabrás dónde encontrarme...



Y don Carlos Zamorán se quedó callado, mientras las últimas palabras de Arcadio parecían revolotear sobre nuestras cabezas inclinadas por la curiosidad a su alrededor.

Fui yo quien rompió el hechizo del silencio total que había descendido sobre el grupo.

–¿Y nunca ha vuelto a saber de Arcadio, don Carlos?

El Administrador de Correos de Altocerro, volvió hacia mí una mirada cargada de tristeza.

–Nunca más..., –me respondió–. Al principio, a pesar del primer momento de desesperación, no me importó tanto. Era entonces joven. Tenía toda la vida por delante, y salí de la clínica lleno de



bríos y proyectos optimistas... Pero, después, a medida que fue pasando el tiempo, y fui sintiéndome viejo y solo, comencé a echar de menos a mi amigo... Como ustedes saben, no me he casado nunca, vivo solo y no tengo familia... Muchas veces siento la irresistible nostalgia de Arcadio, pero jamás en todos estos años, he vislumbrado el menor vestigio de su presencia, y ya hace tiempo que perdí la esperanza de encontrarlo de nuevo...

Ninguno de los presentes dijo nada más, y así terminó aquella tertulia del café de Las Brisas de Altocerro, dejándonos a todos un poco más tristes y haciéndonos sentir mucho más indulgentes con don Carlos Zamorán, el entrañable amigo de Arcadio.



La noticia de la desaparición del Administrador de Correos sacudió todo el pueblo de Altocerro. Ocurrió a la semana siguiente de relatarnos su historia. Aquel lunes, por primera vez en quince años, no abrió sus puertas la oficina postal. Se le buscó en el hotel y se comprobó que faltaba desde la noche anterior. Habían desaparecido también sus escasas pertenencias, pero nadie se había percatado de su misteriosa partida.

Por mucho tiempo no volvimos a saber de don Carlos, hasta que un día, en medio de una conversación casual con un viajante de comercio de tránsito en el pueblo, algún lugareño se enteró de la extraordinaria nueva: nuestro antiguo Administrador de Correos se había entregado de nuevo a la bebida, y arrastraba una penosa existencia de beodo por los bares de la capital.

La noticia recorrió todos los rincones del pueblo y fue el tópico central de la próxima sesión del café de Las Brisas. Todos lamentaron la inesperada recaída de don Carlos, menos yo que, mudo en mi rincón, me alegré secretamente de aquel desenlace porque, en lo íntimo de mi ser, comprendía que don Carlos Zamorán al fin había descubierto el único camino para encontrar de nuevo a su amigo Arcadio.





## RETORNO

No soy lo que corrientemente se llama un hombre de buena memoria. Desde muy joven he sido distraído y poco dado a recordar detalles. Mas como esta condición pareció siempre formar parte de mi propia naturaleza, mis padres primero, mis amigos después –incluso yo mismo–, nos hemos adaptado a ese mi modo de ser y, así, mis distracciones, mis breves raptos de amnesia, han venido a ser cosa corriente y aceptable para el estrecho círculo de personas entre las cuales se desenvuelven mis modestas actividades de pueblerino agente de seguros.



Y lo más curioso de todo es que mi memoria –o lo que de ella funciona– es caprichosa en extremo. Tomemos el ejemplo de mis padres. Ambos murieron cuando yo apenas contaba cuatro años de edad. De mi padre no recuerdo nada. Ni sus rasgos físicos, ni el metal de su voz. Ni siquiera algún suceso cualquiera de mi vida en que él participara. En cambio, la imagen de mi madre vive persistentemente en mi recuerdo. Con solo cerrar los ojos puedo evocar su rostro pálido, su frente surcada por leves arrugas que se acentúan sobre las sienes. Sus ojos claros y siempre tristes... Siento aún el dulce peso de su mano cerrándose protectoramente en la

mía durante el paseo dominical hasta la iglesia. Puedo asimismo –como antes– aspirar el aroma de su piel, oír el tono ligeramente ronco de su voz.

Como consecuencia de esos caprichos de la memoria, me sucede a veces que no recuerdo lo acaecido hace apenas un momento y sin embargo soy capaz de reconstruir en sus menores detalles sucesos sin importancia acontecidos en los lejanos días de mi infancia. ¿Será que la memoria, como el organismo humano, envejece con los años? ¿O será este un mecanismo defensivo del subconsciente que tiende a arrojar en el olvido lo desagradable para conservar en su lugar lo que nos relaciona con una existencia más feliz? Algo de eso he leído alguna vez y lo cierto es que, en mi caso, esta parecería ser la teoría valedera, porque mi vida presente no tiene nada de agradable, y sí mucho de frustración y de vacío. En realidad, mi existencia podría representarse con una línea recta, pero dibujada de arriba hacia abajo, con inexorable trazo... Provisto de una buena educación, heredero a la mayoría de edad de una regular fortuna, vegeto ahora, al término de los cincuenta años de una vida uniforme y gris, en este rincón pueblerino de Altocerro, ganando apenas el dinero que demanda cada fin de mes la exigente propietaria de la casa de pensión en que habito.

Los afanes de mi negocio de seguros –aunque ya convertidos en rutina– colman mi diaria jornada y así, mientras el ardiente sol de Altocerro se ensaña contra el poblado, deambulo aturdidamente por las calles, visitando clientes, y añorando secretamente el instante en que, cada atardecer, habré de encerrarme en mi modesta habitación. Aquí, de codos en la tosca mesa que me sirve de escritorio o de bruces en el lecho, me dedico a esperar el sueño cotidiano mientras mi mente vaga, dispersa, recorriendo caminos que a veces me resultan desconocidos y llenos de sorpresas...

Rodeado de oscuridad y de silencio, me siento fuerte y seguro. Es como si ellos me protegiesen de todos los peligros. Como si solo entre ellos me sintiera ser yo mismo. Porque, en realidad, la luz y el ruido me aturden, me espantan. Por eso, durante las horas del día, aguardo con impaciencia el momento de llegar a mi oscura habitación y sumergirme en la protectora intimidad de su silencio.

¿Qué me atrae en este claustro donde me siento como si flotara en el centro de una espesa masa, a la vez muelle y protectora? ¿Será un sentimiento de anticipación a la muerte –secretamente anhelada– lo que me hace preterir esta oscuridad y este silencio que mucho tienen de tumba? No lo creo. Le temo a la muerte desde que tengo uso de razón. Me aterra su naturaleza irrevocable, su carácter de viaje sin retorno.

Pero, ¡por Dios!, no es para relatar las locas digresiones nocturnas de mi mente que escribo estas líneas. Tampoco para contar lo que ha sido hasta hace muy poco tiempo mi pobre y triste vida sin interés. Escribo para hacer conocer de otros los singulares acontecimientos que se han precipitado a mi encuentro durante las últimas tres semanas. Porque hace apenas ese lapso sucedió algo que ahora, desde la perspectiva que me ofrecen –vistas en conjunto– las circunstancias producidas durante los últimos veinte días, reconozco como el punto de partida de un brusco viraje de mi existencia.

A mediados del mes pasado había concertado una entrevista con un comerciante de importancia del poblado. Mi cliente potencial, con poco tiempo disponible para atender agentes de seguros, me había citado en su oficina a las tres de la tarde del sábado siguiente. La mañana del día señalado transcurrió sin novedad. Almorcé frugalmente al mediodía y, a las dos y media, me dirigí al lugar de la cita. Hasta ese instante todo había sucedido normalmente y es justamente a partir de entonces cuando comenzó a acontecer lo extraordinario. Y lo peor de todo es que este calificativo no lo empleo para definir lo que mi memoria guarda de aquella tarde, sino para describir precisamente lo contrario: el impenetrable vacío, la absoluta falta de contenido del tiempo transcurrido a partir de la salida de mi casa hasta que me hallé, a las seis y media del mismo día, sentado en un banco de la plaza central del pueblo, absolutamente ajeno a lo que hacía allí y sin tener la más remota idea de lo que había hecho durante las cuatro horas anteriores.

Naturalmente, perdí la oportunidad de realizar el negocio, pero esto no me importó mayormente porque toda mi capacidad de preocuparme se concentró en tratar de descifrar el misterio de aquellas horas perdidas cuyo contenido me era imposible

descubrir por más que torturara mi memoria. ¿Existe acaso un suplicio mayor que la búsqueda inútil de una porción de la propia vida, perdida para siempre? Traté de conformarme a la idea de que, después de todo, lo que me había sucedido no era más que lo que todos experimentamos cada noche durante las horas del sueño cotidiano. No obstante, me respondía a mí mismo, el sueño nos mantiene en un lugar fijo que reencontramos en el instante de despertar, garantizándonos que, no importa cuánto tiempo hayamos dormido, hemos permanecido silenciosos, inmóviles, protegidos –precisamente por la inmovilidad y el silencio– de toda contingencia externa, de toda posible actitud comprometedora sobre la cual no hubiésemos podido ejercer ningún dominio. Y lo que me aterraba era precisamente eso: la conciencia de haber efectuado movimientos, proferido palabras, contraído quien sabe qué responsabilidades de las cuales no quedaba en mi recuerdo ni el más ligero vestigio.

Durante los primeros días que sucedieron a esa experiencia permanecí en casa, sin atreverme a salir a la calle, temeroso de encontrarme con alguien que hubiese sido testigo de mi conducta durante aquellas horas perdidas y que, por tal razón, tuviese motivos para recriminarme alguna ofensa o para reclamarme el cumplimiento de algún compromiso inconscientemente contraído. Pero, por otra parte, sentía una irrefrenable curiosidad de saber lo que había hecho en las horas de amnesia. Fue, pues, una curiosa lucha la que se libró en mi interior entre este último sentimiento y el temor de enterarme de alguna acción comprometedora de la que hubiese sido protagonista.

Triunfó al fin la curiosidad y me armé del valor necesario para trasponer el umbral de mi casa. Salí a la calle e hice mi recorrido habitual por la zona comercial del pueblo. Visité clientes, me encontré con amigos y estuve en el café que acostumbro frecuentar. Nadie me hizo la menor alusión. Todos mostraron frente a mí una actitud normal y mi preocupación disminuyó en parte. Digo en parte porque lo que de veras me importaba seguía constituyendo un misterio indescifrable: no podía recordar nada de lo sucedido aquella tarde de sábado y esta idea me sacudía el cuerpo de escalofríos cada vez que me asaltaba.

Tal vez me hubiese acostumbrado con el tiempo a vivir con esa obsesión –al fin y al cabo el hombre es capaz de habituarse a todo– de no haber sido por la repetición, en este segundo caso con características aún más graves, de la dolorosa experiencia pasada. Esta vez el tiempo perdido abarcó casi un día completo. Una semana después del primer ataque de amnesia, salí de mañana rumbo a mi oficina, situada en la calle principal del pueblo, a unas seis cuadras de mi casa. A mitad del camino, me detuve un instante frente a las vidrieras de una tienda de juguetes. Distraídamente miré los escaparates del establecimiento y en el mismo instante, es decir, después de haberlos recorrido con la vista durante apenas un segundo, me hallé de súbito en un lugar despoblado, rodeado de las densas sombras de una noche sin luna débilmente combatida por las luces lejanas de Altocerro, cuya silueta se perfilaba difusamente en el horizonte.

Me sobrecogió un intenso pavor y corrí desesperado, enloquecido hasta la casa, refugiándome en mi habitación, no sin antes haber echado una mirada aterrorizada al reloj de la sala y comprobado que eran exactamente las cinco y diez minutos de la madrugada. ¡Había estado veinte horas consecutivas sin conciencia alguna de mí mismo!

Desde ese día no he vuelto a salir de mi cuarto. Por nada del mundo hubiese sido capaz de enfrentarme con la realidad exterior. Permanezco en cama todo el tiempo, con las manos cruzadas debajo de la nuca y los ojos fijos en las grietas del techo. La criada me trae las comidas a horas regulares y en consumirlas tres veces por día y escribir estas notas se ha concretado prácticamente toda mi actividad durante la última semana.

No tengo libros que leer. Apenas un viejo álbum de fotografías familiares con las hojas semidesprendidas por efecto del uso. Paso el tiempo hojeándolo maquinalmente y me quedo durante horas absorto ante la imagen de un niño –yo mismo– jugando con objetos de los cuales mi memoria guarda un recuerdo borroso que siento volverse más nítido cada día... Un oso de peluda piel rojiza, un tren de latón con vagones multicolores desvencijados, unos mutilados soldaditos de plomo...



Ayer sobrevino el tercer ataque y hoy apenas convalezco de sus efectos. Sin embargo, algo ha cambiado, porque ya no me asombra ni desconcierta la experiencia por la que atravieso. Y esto obedece a que ya sé... El último raptó me ha servido para descifrar el enigma. No es que recuerde con precisión lo que sucedió, pero guardo, sí, una vaga reminiscencia, una especie de dulce nostalgia, como se siente después de un sueño cuyo contenido –aunque no podamos reconstruir– nos deja en el espíritu la sensación de que hemos tenido una hermosa experiencia mientras dormíamos... Ya no sufro. Ahora más bien espero con impaciencia que se produzca el nuevo raptó. Sé que toda transformación es dolorosa y que, por ello, los primeros síntomas me produjeron sufrimiento. En cambio, ahora, la certeza de conocer el final del viaje, de adivinar que retorno al punto de partida, me colma de una serena felicidad.



Y no me equivocaba. El último raptó me ha transportado definitivamente –esta vez con plena conciencia– al lugar que me corresponde, al destino que ya presentía. Estoy en un patio enorme, con árboles infinitamente altos que dan sombra a una casa gigantesca. Comienzo a subir trabajosamente unos majestuosos escalones de piedra, pero, no obstante la seguridad y confianza con que me aprestaba al tránsito, tardo algún tiempo en comprender que lo que me rodea no tiene proporciones mayores de lo normal y soy yo quien todo lo observa –desde una perspectiva distinta– ¡al fin recuperada!: la altura de los ojos del niño que sube gateando por los altos escalones mientras arrastra tras de sí un oso de juguete de hirsutos pelos rojizos.

He logrado alcanzar el nivel de la amplia galería bordeada de blancos balaustres. En un rincón, tirados unos sobre otros, veo los soldaditos de plomo. Más allá, el pequeño tren de vagones destartalados. Me arrastro lentamente hacia ellos pero, a mitad del camino, me siento de pronto cansado. Todavía no es la hora de



la merienda y tardarán todavía algún rato en traerme la leche. Hay tiempo, pues, para echar un sueñito sobre los mosaicos frescos. Cierro los ojos, mas, en el instante preciso en que voy a abandonarme, un temor me asalta de repente: inconscientemente he recogido las piernas flexionándolas en las rodillas y he colocado entre ellas la cabeza abarcándolas con los brazos. Así parezco un feto, lo que me convence de que solo estoy de paso en esta estación, y que mi largo viaje de retorno apenas comienza.





## A TRAVÉS DEL MURO

Está tirado en el suelo, aplastado contra la negruzca tierra ardiente. Apoya la barbilla en el vértice que forma su brazo izquierdo doblado en ángulo. Con la mano derecha empuña, firmemente aún, el fusil que descansa a su lado. Hace mucho tiempo que está allí, inmóvil, tenso, con los ojos fijos en la estrecha abertura que forman más abajo dos rocas gemelas, enormes y peladas. Sabe que si *ellos* vienen pasarían forzosamente a través de aquella especie de pórtico natural que él está dispuesto a convertir en trampa mortífera. Aunque le parece que ha transcurrido ya una eternidad desde el último disparo, se *aferra* a esta posibilidad y esperará todavía algún tiempo antes de abandonar este perfecto lugar de observación. Siente la boca ardida y seca y la lengua, enorme, pesada y torpe, se revuelca contra las paredes del paladar como un perro hidrófobo moribundo. (Tibia evocación de suaves aguas en remanso y un niño –él mismo– zambullendo desnudo hasta el fondo cenagoso de una laguna). La lengua se estruja ahora, dolorosamente, contra los dientes en busca de un poco de saliva. La imagen del agua lo obsesiona. Piensa fijamente en un sorbo de agua. Un sorbo tan solo. Mantenerlo avariciosamente en la boca y moverlo de uno a otro lado del paladar y dejarlo descender después sin precipitación ninguna, y sentir su frescor y su dulzura bañarle la garganta. (El filtro de loza blanca arrinconado

en un lugar familiar del comedor hogareño. La añorada cursilería de sus florecitas azules danzando acompasadamente frente a sus ojos afiebrados). ¿Cuánto tiempo puede permanecer un hombre sin tomar agua? ¿Dos, tres días? No recuerda bien. En la escuela aprendió algo de eso, pero aquellos tiempos estaban tan lejanos... Además, no puede uno fiarse: también le enseñaron que podía permanecerse durante tres minutos sin respirar y él jamás soportó bajo el agua más de un minuto... Aunque tal vez ahora podría estar mucho más. Sumergido en un río fresco, de suave corriente... Sentarse sobre las piedras pulidas y sentir la caricia del agua rozarle amorosamente el costado... Extender los brazos y dejarlos flotar desfallecidamente... O, con los dedos juntos, agitar dentro del agua las manos y sentir la resistencia de la masa líquida y vencerla lentamente...

La sensación de la realidad circundante le sacude bruscamente, como un escalofrío: Ahora no estoy en el agua sino en la tierra. Mi tierra. La que he venido a liberar... «Tenemos que limpiar nuestra tierra», había dicho el instructor en el lejano campo de adiestramiento, siguiendo su costumbre de mezclar frases altisonantes con la instrucción militar. «Hay que ir allá y limpiarle la cara sucia»... Bueno, aquí estoy yo tratando de hacerlo. Solo que ahora no puedo verlo de la misma manera que desde allá... No, no es lo mismo. No se trata ahora de un paseo triunfal, ni de «la jornada gloriosa de los héroes de la libertad», ni de cantar himnos ni discutir de política... Esto es sentirse uno barrido, llevado y traído en el viento. Sin poder utilizar el propio timón... Sin tener tiempo siquiera para pensar que debía haber un timón en alguna parte. «Hay que limpiar la tierra», pero la única tierra de que ha podido tener conciencia es el trozo minúsculo sobre el que se aplasta su propio cuerpo con un salvaje anhelo de no ser visto. Y lo único que podría limpiar de ella es la yerba rala que crece bajo sus miembros... Además, este no es el momento de pensar en limpiar nada ni de arrancar la mala yerba. Este es el momento de pensar en salvar la vida y escapar de esta trampa... ¡Dios mío, un poco de agua!... No debo pensar en el agua. El agua es lo de menos. La sed es un estado mental. La sed es un estado mental. La sed es... El filtro de loza blanca tenía una llavecita pequeña y el agua salía

de ella tan lentamente que era preciso inclinar el aparato para apresurar su caída. Una vez se le cayó el filtro al suelo durante aquella maniobra. Se dio un susto tremendo, pero no se rompió y nadie se enteró siquiera... Tengo la boca seca. Tan seca que siento la lengua agrietada y la garganta me duele al tragar... ¿Tragar qué? Tal vez aire porque lo que es saliva ya no tengo... Debería aliviarme tragar aire porque el aire es fresco y eso es precisamente lo que necesito: refrescarme por dentro... Debo tener fiebre. Siento el cuerpo ardiente. Si me pusiera el termómetro marcaría 39 grados por lo menos... Pero, ¿quién piensa ahora en termómetros? Este no es un problema a resolver con termómetros. Es algo mucho más serio este lío en que me he metido... ¡Maldita sed! ¿Cuánto tiempo más podré resistir? ¿Cuánto más?...



La mujer, alta y huesuda, erguida frente al pilón de madera, maja los granos de café recién tostados con movimientos rítmicos de los brazos secos y fuertes. Manejado con destreza, el pesado mazo sube y cae acompasadamente, golpeando sin cesar los granos oscuros apretujados en el fondo del pilón. Por encima del ruido sordo, la mirada sin brillo de la mujer se pierde en la llanura lejana, pasando a través de la puerta abierta del rancho, anchándose cuando llega al campo raso y a la falda pelada de la loma donde se quiebran los últimos rayos del sol de la tarde... Hace ya mucho tiempo que machaca los granos. Un poco más y acabaría... Cuando vinieron los guardias, hace ya más de dos horas, la encontraron en plena labor y, durante el registro, no la suspendió ni un solo momento. Ni cuando le preguntaron si había visto pasar unos hombres huyendo. Ni siquiera cuando el que más hablaba y parecía el jefe se paró delante de ella, empuñando el mazo y deteniendo en seco sus movimientos, le gritó: «Oiga, vieja del diantre, si usted esconde alguno de esos bandidos la voy a cortar en dos con esta bayoneta»... No le respondió ni una palabra. Zafó la mano con un movimiento brusco y continuó su trabajo sin mirar siquiera al hombre... Y Toño, como siempre, no estaba allí. Cada vez que pasaba algo, Toño estaba afuera. Era como si

adivinara cuándo iba a haber líos. Así fue con las calenturas del niño, que se le murió en los brazos mientras ella, parada frente al rancho, miraba hacia el camino en espera de su hombre... Y cuando el río subió, dos años atrás, y tuvo ella sola que sacar todos los trastos del rancho y subirlos a la loma y pasar allá toda la noche porque el agua cubrió por completo el llano, y Toño no se dejó ver sino cuando el agua ya había vuelto al río... Siempre era ella quien tenía que resolver las cosas. Suerte que no perdía nunca la cabeza. Lo que había que hacer lo hacía. Sin pensarlo: solo dejando que algo que tenía adentro saliese afuera y obrase por ella... Y ahora todo este nuevo lío. Primero los tiros detrás de la loma, y después la guardia metiéndose en el rancho, revolviéndolo todo y preguntándole por su marido... Y los ojos colorados del oficial amenazándola... No, Toño no volvería ahora. Era inútil esperarlo. Algo debía haberse olido ya. Desde hacía un tiempo vivía como espantado. Estaba metido en algo de lo que no hablaba. Ella no le preguntaba nada, pero sospechaba de sus salidas por las noches y sus reuniones con gente extraña de las que volvía hosco y callado, con un brillo raro en los ojos... No, Toño no volvería por ahora. Llegaría al día siguiente, cuando todo hubiera pasado. Traería cara de perro y vendría hablando pestes del gobierno. Y era ella quien tendría que resolver los problemas, como siempre...



Se afinca sobre los codos, se arrastra un poco hacia adelante y, levantando con precaución el torso, recorre con la mirada las rocas peladas que se extienden allá abajo, examinando atentamente los escasos matorrales, asegurándose de que no hay peligro alguno. Es entonces cuando nota por vez primera el rancho de tablas de palma, techado de yaguas, que se levanta a la izquierda del claro. Clava fijamente los ojos en la destartalada estructura y contiene la respiración. En algún lugar tras aquellas rústicas paredes, sobre cualquier tosco soporte, despreciada tal vez, disminuida sin duda su importancia suprema, una rojiza tinaja de agua fresca aguarda indiferente con su gordo vientre henchido como un Buda... La prudencia le abandona de repente. Se incorpora de un todo y

corre velozmente hacia abajo, desprendiendo a su paso las piedras del camino. A medias erguido, a medias rodando y deslizándose, con el fusil maquinalmente empuñado, alcanza la llanura abierta y se lanza a toda carrera hacia el rancho que se ofrece, impenetrable y gris, a su muda desesperación...

Lo ha visto mientras se acerca corriendo a través del claro, pero no interrumpe su labor. Todavía deja caer el mazo dos veces más sobre el grano ya pulverizado después de oír las palabras entrecortadas del hombre que se apoya desfallecidamente en el umbral: «Agua, doña... Por favor, un poco de agua»... Sin que un solo músculo de su cara se mueva, habiendo apenas posado un instante los ojos sobre la figura implorante, la mujer cruza lentamente la estancia y, tomando el jarro de lata que pende de la pared opuesta, lo llena en la tinaja y se lo ofrece al hombre, sin mirarlo aún mientras este bebe con desesperada ansiedad. Él mismo vuelve a llenar el jarro y apura de nuevo su contenido de un tirón, hasta que se siente casi reventar por dentro. Se seca, luego, la boca húmeda con el dorso de la mano y observa entonces a la mujer que ha vuelto junto al pilón y machaca de nuevo los granos, indiferente por completo a su presencia. Vuelve ya a sentirse él mismo. Es como si solo ahora, luego de haber saciado su sed, adquiriese conciencia de quién es y qué hace allí. Mira el fusil y se asombra de haberlo conservado. Le parece que ha sido otro, no él, quien ha corrido como un loco por el llano descubierto exponiéndose a los tiros... «Gracias, doña», dice con voz entrecortada. Se siente absurdo, incongruente, allí parado, con el arma en la mano, frente a aquella callada mujer que golpea sin cesar con el pesado mazo el fondo oculto del pilón... «¿Puedo descansar aquí un momento?... Me estaré solo un rato, junto a la puerta». No hay respuesta y se deja caer, deslizándose, por la áspera pared hasta quedar sentado en el suelo, con las piernas extendidas y la espalda recostada al fin contra algo sólido, seguro. El fusil, momentáneamente olvidado, reposa a su lado. Quiere hablar, pero no encuentra las palabras. Sabe que existen y que son términos sencillos, claros y precisos, pero no puede dar con ellos. Sabe que ha de explicarle a aquella mujer quién es y a qué viene. Es la primera persona que ha encontrado después del azaroso

desembarco, porque a los soldados ni siquiera los vio: solo oyó sus voces en la noche, entremezcladas con los disparos... Sí, debe hablarle, pero no puede hallar la fórmula para pasar a través del muro que siente crecer entre ambos. Es absurdo, piensa. Estoy a dos escasos metros de un campesino. «El noble fruto de la tierra», habría dicho el instructor. Me ha dado agua. Me ha ofrecido un lugar para descansar. Y, sin embargo, ella no sabe quién soy. Qué busco. Por qué estoy aquí. ¿Podría yo explicárselo? ¿Podría decirle todo lo que llevo dentro en una forma que entienda? ¿Para que me mire con otros ojos, más compasivos, más humanos?... No, no podría. Nunca podré... Y siempre fue así. Jamás logré poner en palabras inteligibles todo lo que, desde niño, se estremeció dentro de mí. Esta rebeldía y este amor que me ha arrastrado siempre junto a los débiles, los pobres, los de abajo quienes quiera que fuesen... Todo iba muy bien mientras permanecía en el terreno de la elucubración general, de la teoría política más o menos abstracta. ¡Qué difícil, en cambio, expresarla y dirigirla hacia un objeto concreto! ¡Qué imposible me ha resultado siempre transmitir ese calor, ese fuego interno directamente a un ser humano!... Y he aquí de nuevo la misma historia: aquí está ella, al alcance de la mano, aguardando mansamente mis palabras, con una resignación callada, inmersa en su infinito desamparo, en espera inconsciente de una salvación oscuramente presentida. Y no soy capaz ni siquiera de explicarle lo que represento. Por qué he vuelto a mi tierra. Decirle todo lo que voy a hacer por ella y por todos los que son como ella... ¡Dios mío!, ¿dónde está el mal? ¿Es ella o soy yo el culpable de este muro infranqueable? ¿He sido yo quien lo ha levantado con estas mismas manos con que pretendo curar las heridas del pueblo? ¿Es porque en realidad no sé nada de ella por lo que se frustra todo intento de recíproca comunicación? Ignorancia de sus verdaderos problemas. No de los que representa como símbolo, como mera abstracción, sino de los que ella vive y padece cada día. Los que durante siglos han ido absorbiéndole la sangre y los jugos del cuerpo... ¿Por qué me siento tan y tan lejos de ti, hermana mía?...

Poco a poco sus ideas van tornándose más vagas: Este maldito mazo golpeando sin cesar sobre el pilón eternamente, como el



tic tac de un reloj que no se detiene nunca... Y este cansancio infinito que se me va metiendo en el cuerpo... No debo dormir ahora: sería una estúpida imprudencia... ¡Pero hace tanto tiempo que no duermo... ¿Treintiséis horas? ¿Cuarentiocho?... ¿Qué será de los compañeros? ¿Habrán escapado algunos de la emboscada?... «Reunirse bajo el puente», fue la consigna... Pero el puente estaba tan lejano... Todo está tan lejano... Y el aire es aquí tan fresco... Y ese maldito mazo cayendo y cayendo...

La gorra se desliza suavemente de su cabeza al apoyarla, ya vencido por el sueño, en el quicio de la puerta. La mujer golpea aún un poco más. Luego, sin abandonar el mazo, camina lentamente hasta el cuerpo tendido. Se inclina sobre él y recoge la gorra de tela verde mientras mira la frente que se ofrece rendida a sus pies. Al contemplarla tan serenamente abandonada murmura quedamente para sí misma: «pero si es un niño»... Entonces, un impulso terrible, con raíces perdidas en la profundidad del tiempo, le desorbita los ojos, le pone tensos los secos brazos nervudos, le cierra ferozmente las manos de venas hinchadas en torno a la tosca madera del mazo. Después, todo el horrendo conjunto se alza sobre la dulce frente abandonada y luego desciende con furia increíble en el instante en que, súbita, cruel, ensordecedora y brutal, como si surgiese de todas partes al unísono, de las paredes, de las ventanas, de la puerta, del piso, del techo, la ráfaga atruena el rancho con su rugido infernal. El cuerpo inerte ha saltado cien veces sobre sí mismo y las suaves facciones, un momento antes distendidas por el sueño, se transforman bajo sus ojos en un amasijo trágico de carne y sangre y huesos triturados...

Un silencio profundo lo invade todo. De todas partes han surgido guardias, como un enjambre de avispas amarillas, que se mueve en todas direcciones y hablan entre sí sin que ella los oiga. Dejando atrás todo, sale lentamente del rancho y se para en el claro, con los brazos cruzados en el pecho, impasible, en espera de su hombre, que nunca estaba en casa cuando había que resolver un problema.





## CRÓNICA POLICIAL

Tan pronto llegué a la redacción del periódico aquella mañana lluviosa de junio, el director me llamó a su despacho y, sin levantar la vista de las pruebas de imprenta que tenía sobre el escritorio, me dijo:

–Hay un muerto en la calle de La Cruz N.º 104. Ve con un fotógrafo y prepara el reportaje para la edición de esta tarde.

–Bien, –respondí, y salí de inmediato a cumplir sus instrucciones, porque mi jefe es hombre de acción y no le gusta que nadie desperdicie el tiempo que paga religiosamente cada fin de mes.

Como Guillermo fue el primer fotógrafo disponible que encontré, me lo llevé y tomamos juntos un taxi que nos llevó en pocos minutos al No. 104 de la calle de La Cruz.

La casa era modesta, de una sola planta, construida de madera y con una galería estrecha en el frente que rebosaba de curiosos, empujados por ese instinto que nos impulsa a acercarnos morbosamente a la tragedia.

Guillermo y yo nos abrimos paso gracias un poco a nuestra credencial de periodistas y otro a base de empujones y codazos. A través de la marejada humana, pasamos por la sala, el comedor y una pequeña terraza posterior, y desembocamos en el patio. En el centro, tirado de espaldas en el suelo, con las piernas separadas en actitud inverosímil y los brazos en cruz, estaba el muerto, rodeado

por algunos agentes de la policía y dos hombres vestidos de civil que se inclinaban sobre el cuerpo yacente.

Eché una ligera ojeada sin acercarme demasiado, porque no me gusta contemplar cadáveres, y reparé que el muerto era de edad madura y corpulento, y que vestía pantalón y camisa blanca que la lluvia de la mañana había pegado a su cuerpo y salpicado de manchas de fango rojizo.

Mientras Guillermo buscaba el ángulo más apropiado para fotografiar el cadáver y las personas que lo rodeaban adoptaban las posturas más convenientes, me dirigí a una señora entrada en años que observaba impassible la escena desde la terraza.

-¿Es usted de la casa? -le pregunté.

-Sí, señor... Por lo menos lo fui hace algún tiempo.

-¿Pariente del difunto?

-Su hermana.

-Ah, ¡caramba! lo siento mucho... Soy periodista, ¿sabe?... ¿Puede informarme algo de interés para la prensa?

Me miró con un atisbo de desconfianza en los ojos, pero se le notaba que no le disgustaría ver su nombre en las columnas de un periódico.

-¿Qué quiere saber?

-Todo. Acabo de llegar y no estoy enterado de nada... ¿Cómo se llamaba su hermano, a qué ocupación se dedicaba, cuál fue la causa de su muerte?...

Me interrumpió diciendo fríamente:

-Su nombre era Arquímedes, Arquímedes Sandoval Guerra. Era comerciante y murió asesinado.

-¿Asesinado?

-Sí, asesinado. Cobardemente asesinado por esa mujer.

-¿Qué mujer?

-La malvada con quien se casó.

-¿La esposa? ¿Y ya ha sido detenida?

-No, todavía no. No sé qué espera la policía para llevársela. La tienen en su habitación, bajo custodia.

-¿Y por qué lo mató?

-Es una historia larga... Mi pobre hermano siempre fue una víctima de esa mujer. Todos nosotros le aconsejamos que no se

casara con ella: él le llevaba más de veinte años. Pero siempre fue terco como una mula. La mujer lo dominó desde el primer momento, y solo veía por sus ojos. Ya en el primer mes de matrimonio comenzó a engañarlo descaradamente. Yo se lo advertí entonces porque en aquel tiempo vivía con ellos y me daba cuenta de todo... ¿Sabe lo que hizo mi hermano?...

Como yo realmente no lo sabía, se lo confesé abiertamente y entonces ella prosiguió:

–Me echó de la casa. ¿Se da cuenta? –Se golpeó el pecho–. A mí, a su propia hermana. No creyó una sola palabra de cuanto le dije y me llenó de insultos. Desde aquel día no había vuelto a poner los pies en esta casa hasta hoy... y ya es demasiado tarde: Arquímedes murió sin abrir los ojos. Esa malvada lo asesinó antes de que él pudiera convencerse de que era yo quien tenía la razón...

Le di las gracias a la buena mujer y me separé de ella porque alcancé a ver en aquel momento a mi amigo Mario, el ayudante del fiscal, saliendo hacia el patio desde una habitación de la casa.

–¡Hola! Mario, ¿confesó la asesina?

–Que *quién* confesó *qué* –Mi amigo no parecía estar de muy buen humor.

–La esposa del muerto –repuse–. ¿No estabas interrogándola hace un momento?

–Sí, en efecto, estaba haciéndole algunas preguntas. Pero, ¿de dónde sacas que ella mató a su marido?

–Pues... eso oí decir hace un momento. ¿Puedo verla?

–No hay inconveniente. Está allí, en aquella habitación.

Seguí la dirección que me indicaba con la mano, y después de tocar suavemente con los nudillos en la puerta, la abrí y entré en la habitación.

Había allí dos mujeres. La más joven, sentada en una mecedora con la frente apoyada en la mano, se dejaba consolar por una señora mayor que le acariciaba el pelo.

–Perdón. Soy periodista, ¿puedo conversar un momento con usted, señora? –expliqué mirando a la que me parecía más afligida de las dos.

Ella asintió con un movimiento de cabeza, pero la otra dijo, poniendo cara de disgusto:

–Periodista, ¿eh? De los que les gusta meterse en vidas ajenas y averiguar cosas que no le importan, ¿no? Y volviéndose a la joven: –No le digas nada. Son todos unos enredadores y unos embusteros. ¡Sabe Dios qué mentiras va a publicar después en el periódico!...

–Pero, mamá. Déjalo que me pregunte. Yo no tengo nada que ocultar y, además, cuando sucede una desgracia como esta, no se puede evitar la publicidad. Y volviéndose a mí agregó:

–Por favor, tome asiento. ¿Qué desea saber?

Me senté en un extremo de la cama, frente a ella, pensando que era preferible iniciar el interrogatorio de manera indirecta.

–Ante todo, señora: ¿Cuánto tiempo hacía que estaba casada con el señor Sandoval?

–Dos años y tres meses.

–¿Y fue usted feliz durante su matrimonio?

–Perfectamente feliz. Arquímedes fue siempre un modelo de esposo: gentil, complaciente, bondadoso... Jamás tuve motivos de queja contra él.

–¿Y se amaban mucho ustedes?

–Éramos una pareja perfecta. Jamás tuvimos disgustos y nos queríamos profundamente. No alcanzo a imaginarme...

–¿Y a qué atribuye usted la muerte de su esposo?

–¡Ah! ¿Pero no lo sabe?... Arquímedes se suicidó.

–¿Se suicidó?... ¿Por qué motivo?

–Los negocios... Últimamente había tenido mala suerte y estaba al borde de la quiebra. Él, que había vivido siempre, si no con lujos, por lo menos acomodadamente, no pudo resistir la perspectiva de una estrechez económica...

La joven bajó la cabeza y se enjugó de la mejilla algo que me pareció una lágrima. Me puse en pie, le expresé correctamente mis condolencias y me despedí.

En el umbral me alcanzó la madre y salió conmigo hacia la terraza. Tomándome de un brazo me llevó a un rincón y me dijo:

–No quería hablar delante de ella... En su estado, la pobrecita no debe enterarse bruscamente, sino más tarde y poco a poco... Pero es necesario que usted lo sepa: mi yerno no se suicidó...

–¡Ah! ¿No?

–No, Arquímedes no hubiera sido capaz de abandonar de esta manera a su mujer... Mi pobre yerno fue asesinado.

–¿Asesinado? ¿Y por quién?

La mujer bajó la voz y señaló con disimulo:

–La culpable está allí, mírela usted: es aquella, vestida de negro.

Volví la cara y eché un vistazo hacia mi primer informante, que nos miraba, ceñuda, desde la terraza.

–¿La hermana del difunto? –pregunté asombrado.

–Sí. Ella misma. Ya la he denunciado al fiscal. Está loca y siempre tuvo unos celos enfermizos de mi pobre hija... Estaba enamorada de su propio hermano... Incesto, ¿sabe?... Una mujer completamente anormal y peligrosa, muy peligrosa...

Quedé mudo, mirando sucesivamente a ambas mujeres. Por suerte en aquel preciso instante pasó por mi lado Mario, y excusándome con la señora, me emparejé con el representante del Ministerio Público y entré en el interior de la casa en busca de la salida hacia la calle.

–Caso complicado este, ¿verdad? –comenté.

El ayudante del fiscal se volvió hacia mí con ojos abiertos de asombro.

–¿Complicado? ¡No, hombre! Ya tenemos al culpable casi desenmascarado.

–¿No me digas? –repuse, ya algo escéptico. –¿Y quién es?

–La suegra de la víctima. Es una mujer capaz de todo. No hice más que mirarla y me di cuenta de que era la única culpable. ¿No te has fijado en sus ojos?

No respondí. Me hice la decisión de no pronunciar una sola palabra más dentro de aquella casa.

Guillermo me esperaba afuera, con la cámara fotográfica al hombro. Al tomar el taxi que nos conduciría de regreso a la redacción, me hundí en el asiento y me eché el sombrero en la cara mientras mi compañero me informaba:

–Parece que ya cogieron al hombre.

–¿A quién? –Tenía un miedo horrible de oír la respuesta, pero no pude evitar percibirla claramente:

–¿A quién va a ser...? Al asesino: un tío de la víctima...

Naturalmente, no escribí el reportaje y esa misma tarde renuncié del periódico.





## LA CAMPANA ROTA

Al pasar junto a la vetusta pared de mampostería, Alberto detuvo la marcha y dio una rápida mirada a su reloj de pulsera. Eran las cinco y veinte minutos de una tarde nublada y fría de noviembre, y pensó que disponía de tiempo suficiente para echar un vistazo al patio del colegio. Era algo que se proponía hacer en cada uno de sus viajes al pueblo, y hasta hoy un obstáculo de última hora le había impedido siempre realizarlo.

Avanzó hasta la puerta pintada de un verde desvaído y acarició las maderas carcomidas con la palma de la mano. Para sorpresa suya, comprobó que cedían a su presión y que la enorme hoja se movía lentamente hacia adentro con un quejido agudo de sus goznes herrumbrosos. Avanzó un paso, traspuso el umbral y apareció de súbito a su vista el amplio patio de tierra, rematado en el fondo por el antiguo edificio de dos plantas que alojó las aulas.

Recorrió con la mirada todo el recinto, bordeado por los altos muros grises donde el tiempo había grabado numerosas grietas oscuras. A su izquierda, el viejo cobertizo en que se celebraban los actos de graduación, apenas se sostenía en pie. Muchas de las planchas de zinc que lo techaban habían desaparecido, y el resto –semidesprendidas y oxidadas–, parecían solo sostenerse por milagro. El pequeño jardín que separaba el patio del edificio

de las aulas no existía ya, y el terreno dedicado a la huerta estaba cubierto totalmente por la yerba crecida y descuidada.

Alberto se sintió profundamente triste de repente. Dio dos pasos a su derecha y se dejó caer sobre el rústico banco de hierro desde el que tantas veces vio pasar –huraño y abstraído– las ruidosas horas del recreo. A su lado, prodigiosamente sostenida aún por el tosco maderamen de donde pendía, la pequeña campana de bronce parecía ser la única sobreviviente de tiempos antiguos y perdidos. Cerró los ojos y sintió de pronto la extraña sensación de sumergirse en el pasado, como si una fuerza irresistible lo empujara hacia atrás, vertiginosamente, rumbo a los años lejanos de la infancia.

Sin oponer resistencia, se dejó arrastrar cada vez más lejos, hasta que el aire se llenó de ruidos y el espacio que lo rodeaba se pobló de niños que corrían detrás de una pelota de goma. Junto a Alberto, el profesor «Campana», con el reloj en una mano y la otra alzada sobre su cabeza empuñando la cuerda, esperó con paciencia hasta que las agujas ocuparon el lugar indicado y, en el instante preciso, hizo sonar con fuerza los tres toques que ponían fin al recreo.

Las carreras y los gritos cesaron de repente y un silencio total, macizo, se fue extendiendo como una ola por todo el inmenso patio. La pelota de goma, abandonada, cayó al suelo y rodó lentamente hacia el banco de hierro. Alberto se levantó, pasó junto a ella sin prestarle atención y fue a ocupar su lugar en las filas. Los niños se alineaban, juiciosos, en tres largas hileras perpendiculares al pequeño muro de cemento que separaba el jardín del resto del terreno abierto. El profesor «Campana», con el silbato en los labios, observó con ojos agudos, vigilantes, mientras cada uno ocupaba el sitio que le correspondía. Un silbido, y las filas se tornaron rígidas, uniformes. Los hombros se encuadraron militarmente. Las espaldas, sudorosas, se irguieron y las frentes se alzaron. El profesor revisó la formación una vez más antes de volver a silbar. Al unísono, las piernas se levantaron y marcaron el paso con ruido sordo sobre la tierra. La primera fila de la derecha inició la marcha hacia el interior del colegio. La siguió la segunda. Luego la tercera...

Alberto se sentaba en el último banco de la clase y desde su asiento observaba siempre con igual sensación de lástima cómo el profesor «Campana» subía trabajosamente a la tarima. Todo el cansancio y el peso del mundo parecían gravitar sobre aquellas espaldas encorvadas, y vista al nivel desde donde la observaba Alberto –casi a ras del piso cubierto de polvo de la tarima–, la pobre figura que se movía frente a él justificaba por sí sola el mote burlón que los muchachos le aplicaban. Más que por su misión de suspender los recesos con el toque agudo de la campana, eran aquellos hombros caídos, aquel vientre abultado –en cruel desproporción con el pecho escuálido–, aquella chaqueta pasada de moda que le llegaba casi a las rodillas, aquel color grisáceo de toda la figura, los que habían bautizado con el mote ridículo al triste personaje...

Un día Julito trajo la noticia a la hora del receso: «El profesor *Campana* no viene hoy». En derredor del portador de la increíble nueva, se arremolinaron las preguntas y las respuestas: «¿Estás seguro? Sería la primera vez»... «¿Estará enfermo?»... «Si es así, ojalá que tarde mucho en sanarse»... «No, no es él quien está enfermo, sino su hijita»... «¿Quién? ¿La rubita de las trenzas?» Era del propio Alberto que había brotado esta pregunta, casi sin saberlo. «¿Cuál va a ser?: es la única que tiene»... «¿Crees que nos despacharán?»... «¡Claro! ¿Qué otra cosa pueden hacer?...» «Vamos todos a la Dirección...» «Sí, vamos. ¡Vamos!»... Pero Alberto no fue con los demás, y permaneció mucho tiempo inmóvil y en silencio en el banco de hierro...

El profesor solo volvió una vez más al colegio. Estuvo ausente dos semanas, durante las cuales la campana permaneció muda. Fue una novedad: el director hizo instalar un timbre eléctrico. El decimoquinto día el profesor reapareció. Parecía más pequeñito que nunca y traía una cinta negra en el brazo izquierdo. Cuando entró en el patio a la hora del recreo, se hizo un silencio profundo entre la muchachería alborotada, y todo el mundo se detuvo a mirarlo mientras se dirigía con paso lento hacia la campana. Se detuvo a su lado, alzó la mano y empuñó la cuerda, pero se quedó allí, inmóvil, sin hacer un solo gesto. Asombrados, mudos, los muchachos se agruparon a su alrededor. En el centro de la

escena, el profesor parecía una estatua de piedra, impasible, con la mirada lejana y perdida y todo el cuerpo detenido en aquella actitud incomprensible y absurda.

Los minutos pasaron con lentitud infinita y a todos les pareció que aquella escena duraba horas. Al fin llegaron el director y otras personas y se llevaron al profesor «Campana». Se dejó conducir mansamente y nadie en el colegio volvió a saber de él, hasta que alguien dijo un día: «Está en el manicomio». Y eso fue todo...

Alberto tuvo un sobresalto. De repente el patio se vació de niños y de ruidos, y él volvió a sentirse solo, viejo y triste. Sacudió la cabeza y se levantó del banco. Miró el reloj: las seis y media. Se acercó a la campana y, sin pensar en lo que hacía, empuñó la cuerda y tiró de ella. Ningún sonido respondió a su ademán: la campana estaba muda. Le dio vuelta y la examinó de cerca. El badajo había desaparecido y el metal estaba hendido en la parte que se ocultaba originalmente a su vista. Alberto la acarició distraídamente con la mano y caminó luego hacia la puerta.

Hoy no seguiría más adelante... Tal vez otro día, con más tiempo... Empujó la hoja de madera suavemente y salió a la calle. El cielo se había despejado ya, y en lo alto brillaba la primera estrella.



## MATAR UN RATÓN

El niño recogió una pesada piedra de las que abundaban en el pequeño patio posterior de la casa, calculó cuidadosamente la puntería y la arrojó con fuerza contra el ratón que parecía observarlo atentamente a pocos pasos de distancia.

La piedra, describiendo una corta parábola en el aire, cayó pesadamente sobre el espinazo del animal produciendo un ruido sordo. El ratón se arrastró un poco hacia el fondo del patio, se detuvo luego y tras una grotesca voltereta quedó por fin inmóvil con el vientre al sol.

Dando media vuelta, el niño corrió velozmente hacia la casa. Abrió de un empujón la puerta trasera y cruzó como una ráfaga de viento fresco la habitación semioscura donde la anciana dormitaba. Esta despertó sobresaltada y al comprobar la causa que la había sustraído de su sueño, cambió ligeramente de posición y cerró de nuevo los ojos.

—¡Qué muchacho este! —murmuró para sí... Ahora le sería difícil conciliar otra vez el sueño. Y el médico le había advertido que necesitaba dormir mucho y no preocuparse demasiado. Se lo había dicho en aquella forma especial que tenía de hablarle: con suavidad, pero con firmeza... Le gustaba mucho aquel médico. Le complacía verle sentado a su lado, con el maletín lleno de instrumentos extraños abierto junto a él, y oírle hablar mientras

manipulaba la jeringuilla, el termómetro o el aparato de medir la presión arterial... Era sin duda una persona que inspiraba confianza, y ella se la tuvo desde el primer momento. Siempre estaba pendiente de cuanto le decía y cumplía sus instrucciones al pie de la letra... La verdad era que había mejorado mucho. Ya respiraba casi sin dificultad y las articulaciones apenas le dolían. Solo aquel dolor del costado seguía molestándola... Pero el dolor se iría también y ella volvería a sentirse fuerte y saludable como antes... Cuando estuviese un poco mejor volvería a trabajar en el jardín. Si no lo hacía ella, nadie en la casa se ocupaba de las flores. Daba pena asomarse a la ventana y comprobar lo descuidado que estaba todo. El rosal estaba casi seco, los yerbajos crecían por todas partes y las dalias se habían marchitado por completo... Pero cuando ella sanara, el jardín, que también estaba enfermo, sanaría con ella y volvería a ser como antes... Después de todo, cultivar con amor el jardín era la única forma en que podía devolver a su hijo todo cuanto hacía por ella. La sola manera de pagarle sus bondades, sus sacrificios... Sí, era sin duda un sacrificio alojarla en su casa y pagar al médico y comprar medicinas caras para ella, cuando él ganaba tan poco y había vivido siempre tan estrechamente... Y a pesar de todo, su hijo la mantenía allí desde hacía meses, y la rodeaba de atenciones y de cariño, no obstante las insinuaciones de su mujer... Porque ella sabía que su nuera no la quería... Aunque no se lo decía abiertamente, lo adivinaba en el tono de su voz, en la forma de mirarla... Daba gracias a Dios porque su hijo fuese tan bueno... Y siempre lo había sido: desde niño fue obediente, dócil. Pocas madres habían tenido la suerte de ella...

El sueño al fin nubló la mente de la anciana y la poseyó total y dulcemente.

Al llegar a la mitad del pasillo que dividía en dos la casa, el niño detuvo su carrera, giró a la izquierda y entró en su habitación cerrando con fuerza la puerta tras de sí. Se arrojó de bruces sobre la cama y escondió la cabeza bajo la almohada... Pero aún allí, el vientre blancuzco del ratón resplandecía en la oscuridad.

En la habitación contigua, el hombre acostado en la amplia cama matrimonial arqueó el cuerpo y se desperezó sin abrir los

ojos. La mujer acostada a su lado se incorporó y preguntó en voz alta:

–¿Qué fue ese ruido? ¿Eres tú, Manuelito? Nadie respondió y la mujer se volvió hacia el hombre diciendo:

–Recuerda lo que me prometiste anoche. Debes decírselo ahora mismo.

*¿Decirle qué a quién?* El hombre apenas oía las palabras a través de las últimas brumas del sueño.

–...es algo que debes hacer de todos modos...

*Siempre algo que hacer. A todas horas. Moverse... caminar... dar la mano... inclinarse.*

–...así que lo mejor es hacerlo cuanto *antes... todo aprisa. No dejar nada para después... correr... apresurarse...*

–¿Por qué no dices nada? ¿Es que estás tratando acaso de echarte atrás? –La voz aguda de la mujer le estalló con violencia en los oídos.

El hombre giró sobre sí mismo y se colocó de costado. *Era necesario responder, decir algo. Pero estaba tan bien así, tendido, con los ojos cerrados, sin hablar...*

Cuando la mano de la mujer se prendió como un garfio de su hombro y lo sacudió con furia, abrió los ojos, sobresaltado.

–¿Qué pasa?

–¡Estabas despierto desde hace rato!... ¡A mí no me engañas! ¿Crees que fingiendo dormir y escondiendo la cabeza bajo la almohada es como se resuelven las cosas?... ¡Levántate ahora mismo y háblale a la vieja de una vez!...

–Espera un poco, mujer. Hoy es domingo. Déjame descansar un rato. Más tarde le hablaré...

–¡De ninguna manera!... ¡Tiene que ser ahora mismo!... Anoche me prometiste que sería la primera cosa que harías por la mañana... ¡No toleraré ni un solo retraso más! ¿Me oyes?... ¡Conozco demasiado bien tu sistema de ir dejándolo todo para después y luego no hacer nada!...

*La boca de su mujer abriéndose y cerrándose... Cada vez más aprisa... Más aprisa... Más... ¿Desde cuándo vienes soportando esto? ¿Desde el día que te casaste?... No. Desde antes aún... ¿Recuerdas las felicitaciones de los amigos el día de la boda?: «Congratulaciones.*

*Te casas con una mujer de carácter»... «Ella siempre ha logrado lo que se ha propuesto. Será de gran ayuda para ti»... «Magnífica elección, llegarás muy lejos casado con una mujer así»... Claro que has llegado lejos. Mucho más lejos de lo que jamás soñaste; pero no en la dirección que suponían ellos. No hacia arriba, sino hacia abajo... Fuiste hundiéndote lentamente al principio, sin que apenas te dieras cuenta de lo que sucedía... Primero fueron pequeñas concesiones, para evitar escenas en público. Después esas concesiones se multiplicaron en cada hora y en todas partes hasta constituir la esencia misma de la vida en común... Aprendiste a tolerar, a callar, y así comenzaste a hundirte poco a poco en este abismo en que estás sumido en el presente. La senda que te condujo a él se iniciaba en una suave pendiente, y cuando empezaste a descender por ella creías poder detenerte cuando quisieras... ¡Qué lejos estabas entonces de sospechar que cuando la pendiente se tornara en precipicio, el impulso inicial te sumergiría cada vez más aprisa hasta el fondo de la oscura sima!...*

La puerta de la habitación se abrió con violencia y la cabeza del niño asomó por el hueco preguntando:

–Papá, ¿es pecado matar un ratón?

La mujer se volvió con furia hacia la voz:

–¡Lárgate de aquí!... ¿No ves que estoy hablando con tu padre?

La cabeza del niño desapareció y la puerta se cerró con un golpe seco. El hombre cerró de nuevo los ojos, ¿*Por qué no lo hago...? ¿Por qué no salgo de esta habitación, lo alcanzo en el pasillo, lo tomo de la mano y le hablo con suavidad...? Yo quiero ser amigo de mi hijo... Quiero ayudarlo... Explicarle lo que quiere saber... ¿Hasta dónde he llegado, Dios mío?...*

La mujer volvió a la carga:

–Vas a ir ahora donde tu madre y le dirás que no puede seguir en esta casa. Que debe irse sin falta hoy mismo... ¡Te doy exactamente cinco minutos para hacerlo...!

–Sí, mujer, como quieras... Ahora mismo voy –y la voz del hombre sonó como la de un niño que recitara una lección aprendida de memoria y mil veces repetida.

Con gestos maquinales y rostro inexpresivo, se incorporó de la cama, se calzó las pantuflas y salió en silencio de la habitación.



En el pasillo, el niño recostado en la pared alzó la cabeza hacia su padre. El hombre colocó su mano sobre el hombro de su hijo y, mientras caminaba junto a él y abría la puerta de la habitación donde dormía la anciana, respondió a su pregunta con voz apenas audible:

–No, mi hijo, matar un ratón no es un pecado: los ratones están mejor muertos que vivos...





## EDIPÓ

Cuando la voz del cura se extinguió y el silencio reinó de nuevo en el interior de la pequeña iglesia, los hombres se movieron hacia el ataúd y lo levantaron con cuidado del banco de madera en que había reposado hasta ese instante. Eduardo no fue de los que se apresuraron a cumplir aquel deber. Durante la breve ceremonia había permanecido abstraído de cuanto le rodeaba y solo cuando alguien le rozó al pasar, comprendió que la intervención del cura había terminado y se iniciaba ahora la marcha hacia el cementerio.

Se apartó un poco para dejar pasar a los que llevaban el féretro y comenzó a bajar junto a ellos las gradas de la iglesia. A su lado, el ataúd se balanceaba inquietamente a medida que los hombres descendían vacilantes. Un traspie, un paso en falso, provocarían sin duda una catástrofe. Y Eduardo meditó objetivamente sobre tal posibilidad, porque observaba cuanto ocurría a su alrededor como contempla un espectador el escenario: atento al desarrollo de la trama y secretamente confiado en un final sorpresivo y dramático.

Pero nada extraordinario sucedió. Los hombres alcanzaron el nivel de la calle sudorosos y jadeantes, y respiraron con satisfacción. Se detuvieron unos instantes, se organizaron de nuevo y reanudaron la marcha tranquilos y aliviados.

Frente a la iglesia, el reloj de torre de la plaza cantó seis sonoras campanadas... Las seis: hacía justamente nueve horas que había muerto y a Eduardo le sorprendió aquella cronométrica exactitud. A su padre sin duda le habría gustado saber que todo se había realizado a su debido tiempo. Que cada quien había cumplido a cabalidad su obligación... Pero ya al viejo no podría alegrarlo eso ni ninguna otra cosa en el mundo, porque estaba muerto para siempre dentro de aquella caja reluciente de caoba que se balanceaba suavemente a su lado...

Si hurgaba en su memoria, allá en lo más profundo de su reminiscencia, la primera noción que conservaba de la existencia de su padre se confundía con una voz aterradora que tronaba por encima de su cabeza mientras él corría a guarecerse en el regazo tibio de la madre... Aquella escena debió repetirse muchas veces porque, al recordarla, la asociaba con diferentes acontecimientos de su infancia. Las primeras lecciones de equitación (el viejo azotándose furiosamente las botas con una fusta flexible: «¡Algún día haré un hombre de esta mujercita!»... y el terror del niño al lomo inseguro del caballo)... O el primer disparo con la escopeta de caza, apenas sostenida entre sus manos temblorosas (la voz iracunda del padre a sus espaldas: «¡Aprieta el gatillo de una vez, cobarde!»)... O el chapuzón inesperado en el mar, y la angustia de sumergirse hasta el fondo, y los gritos mudos bajo el agua... y la risa odiosa del viejo en lo alto del trampolín...

Una mano se apoyó en el hombro de Eduardo, y una voz dijo a su espalda: «Le acompaño en su sentimiento, joven». «Gracias, muchas gracias»... ¿Sería la expresión de su rostro adecuada a las circunstancias?... ¿Estaba dándole a toda aquella gente la impresión de una pena honda, aunque discretamente expresada?... Tal vez debía pedirle a uno de los hombres que le permitiera cargar en su lugar el ataúd... Sí, sin duda era algo así lo que todos esperaban de él...

«Por favor, ¿me permite?», y sustituyó a uno de los portadores del féretro. Los músculos del brazo se le pusieron tensos, se le abultaron las venas de la frente y enrojeció su rostro... El viejo pesaba mucho. Siempre fue corpulento. Alto y macizo como una torre. Músculos de hierro y manos poderosas... Aquellas

manos enormes como palas... Rojizas y sembradas de un vello abundante que fue poniéndose gris con el tiempo... Manos siempre ocupadas, sin tiempo para las caricias... ¡Qué vivamente recordaba el gesto brutal de aquellas manos rompiendo su primer boceto de dibujo!...

Fue un domingo por la tarde. El viejo jamás entraba a la habitación de su hijo; pero aquel día, al pasar junto a la puerta, debió sospechar del movimiento brusco del niño cerrando la gaveta baja del armario al oír sus pasos por el corredor... Vestido con su traje blanco recién planchado, parecía más alto e imponente que nunca. Se detuvo un instante en el umbral, entró luego sin dar explicaciones y sacando la cartulina de su escondite, la rasgó de arriba a abajo con un solo movimiento poderoso de sus manos... «¡Si vuelvo a encontrar otra tontería de estas en la casa, será su cara la que voy a partirle en pedazos!... ¡Y no siga llorando, que los hombres no lloran!...».

...Y ahora sus manos estaban inmóviles, cruzadas por encima de su pecho sin aire, y no volverían jamás a romper nada...

Alguien le tocó levemente en el hombro y sin pronunciar palabras se ofreció a sustituirlo... (¡Ya era hora!)... Eduardo se corrió ligeramente a un lado mientras abría y cerraba repetidamente la mano para ahuyentar el calambre. La lenta caravana silenciosa trasponía en aquel momento la puerta del cementerio.

El panteón familiar estaba en el extremo opuesto. Era una construcción sencilla, sin alardes, pero resultaba imponente junto a las modestas tumbas que lo rodeaban. En la segunda hilera de nichos, un poco hacia la izquierda del centro, la boca abierta y negra aguardaba...

Los hombres depositaron el féretro sobre el piso de tierra, se secaron con sus pañuelos el sudor de la frente, y observaron atentos los movimientos precisos y hábiles con que el albañil mezclaba el cemento y la arena húmeda amontonados junto a la tumba.

«Buena cara para un estudio», pensó Eduardo apreciando los rasgos fuertes y angulosos del rostro que se inclinaba frente a él, concentrado en su tarea... Ahora trabajaría mucho. Debía recuperar todo el tiempo perdido... Mañana mismo traería sus telas y útiles de pintura de la capital... Usaría como estudio la habitación grande que

daba a la terraza posterior de la casa... Tal vez con un año de trabajo intenso se sentiría preparado para la beca...

A una señal del albañil, los hombres habían levantado el ataúd y lo estaban introduciendo horizontalmente en el nicho. Al principio rodó fácilmente hacia el fondo, pero de pronto, como si algún objeto extraño se interpusiese en su camino, se detuvo en seco y permaneció inmóvil.

Los hombres se consultaron entre sí murmurando en voz baja. A Eduardo solo le llegaban algunas frases sueltas... «...la caja es demasiado ancha...». «Debe haber algo ahí dentro». «...son las agarraderas. Hay que quitárselas...». «Agarre usted por aquel extremo: vamos a sacarlo de nuevo...».

Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, presa de un oscuro impulso irresistible, Eduardo corrió hacia delante, echó bruscamente a un lado a quienes se interponían en su camino, y apoyando primero las manos y luego el hombro sobre el extremo saliente del féretro, estuvo allí empujando con todas sus fuerzas, desesperadamente, como si de aquel esfuerzo formidable dependiera su vida entera, hasta que un golpe seco y sordo le anunció al fin que el otro extremo de la caja había llegado al fondo del nicho.

Solo entonces se retiró algunos pasos, tembloroso y jadeante, y mientras el albañil completaba su labor, permaneció callado e inmóvil, con la mirada fija en la boca del nicho hasta que el último ladrillo la cerró por completo para siempre.



## EL RELOJ

–Se lo diré yo, –dijo el abuelo. Empuñó su bastón y poniéndose el sombrero de pajilla amarillento se dirigió en busca del niño que jugaba en un rincón de la galería.

–Ven, mi hijo, vamos a pasear.

–¿Tan temprano, abuelito?

El niño, sentado junto al ferrocarril eléctrico, levantó su mirada interrogante hacia el anciano.

–No es tan temprano: son ya más de las cuatro.

El niño se incorporó un poco y, de rodillas, comenzó a desarmar cuidadosamente los rieles de latón.

–Deja eso. Tía Irene lo recogerá más tarde.

El abuelo, inclinándose, tomó de la mano al niño y lo ayudó a levantarse:

–Lávate las manos y pásate un poco el peine... –y, al ver que el niño se dirigía hacia el interior de la casa: ¡No!... ¡No entres ahí!... Lávate las manos en el fregadero...

El niño volvió sobre sus pasos con docilidad y entró por la puerta que daba a la cocina. Se acercó al lavadero y, abriendo la llave de agua, se mojó un poco las manos alisándose con ellas el pelo rebelde. La mujer que estaba a su espalda extendió sus manos hacia él como si intentase ayudarlo, pero, arrepentida de

su gesto, se contuvo y permaneció inmóvil observándole con una expresión extraña hasta que el niño salió de la cocina.

En la galería, el abuelo se paseaba impaciente con las manos a la espalda sujetando tras de sí su bastón.

–¿Ya estás listo?... Anda, vamos.

Lo tomó de la mano y salieron juntos a la calle emprendiendo la marcha hacia el centro del pueblo.

–¿Por qué salimos tan temprano hoy abuelito?

–Ya te dije que eran más de las cuatro. –El anciano sacó del bolsillo el reloj de plata reluciente y desprendiendo la leontina de la trabilla de su pantalón, se lo pasó al niño, diciéndole:

–Toma, llévalo tú; pero ten cuidado de que no se caiga.

–¿Puedo llevarlo todo el tiempo? –el niño había asido el reloj con ambas manos y lo contemplaba asombrado.

–Sí, mi hijo. Me lo devolverás cuando lleguemos de nuevo a la casa –le respondió el anciano poniéndole una mano sobre el hombro.

–¿Y por qué me lo dejas hoy, abuelito...?

–Porque ya eres un hombre... Es tiempo de que vayas aprendiendo a cuidar las cosas...

El niño miró de nuevo el reloj observando el girar apresurado del segundero.

–¿Y por qué solo se mueve la agujita dorada, abuelito?

–Las otras también se mueven, pero más despacio...

–No, no... No se mueven... Míralas... –acercó el reloj al rostro del anciano celosamente aprisionado entre sus manos juntas.

–No se mueven cuando las estás mirando. Pero si te olvidas de ellas y no las miras, aprovechan entonces y corren para recuperar el tiempo perdido.

–Pero por más que corran no podrán alcanzar nunca a la agujita dorada, ¿verdad, abuelito?

–No, mi hijo, no pueden alcanzarla nunca...

–¿Y por qué no pueden alcanzarla...?

–Pues... porque esa agujita dorada en realidad no es una agujita, es un rayito de sol que yo tengo aquí prisionero... Y tú sabes qué de prisa corre el sol, que atraviesa todo el cielo en un solo día...



El niño, pendiente de cada palabra del abuelo, asintió con la cabeza y quedó un rato silencioso hasta que luego siguió en voz alta el curso de sus pensamientos:

-¿Y cuándo conseguiste ese rayito de sol, abuelito?

-Anoche, mientras dormía...

-¿Anoche...? ¿Y quién te lo dio?

-Me lo trajo un viejito con una barba muy blanca que le llagaba a la cintura.

-¿Y por qué el viejito tenía el rayito de sol?... ¿Quién se lo regaló a él?

-No era de él, era de Dios... Y Dios se lo había entregado para que me lo trajera a mí...

-¿Dios? -El niño permaneció un instante abrumado -. ¿Y por qué Dios te regaló el rayito de sol, abuelito?

-No fue un regalo: fue un cambio... Yo le di algo mío también a Dios...

-¿Y qué le diste tú?...

El abuelo permaneció un momento en silencio y luego respondió sin mirar al niño:

-Yo le regalé algo muy precioso hoy, mi hijito... -y después de una pausa-: Ven, vamos a sentarnos allí...

Se dirigieron hasta una cerca de mampostería que circundaba un solar yermo y se sentaron sobre ella, el anciano apoyando sus manos en el bastón colocado verticalmente frente a él, y el niño a su lado, con el reloj entre las manos que reposaban en sus rodillas y el rostro expectante vuelto hacia el abuelo.

Este por fin habló:

-Fue un acuerdo entre Dios y yo, ¿sabes?... Él necesitaba de alguien a quien yo quería mucho, y deseaba tenerla a su lado para siempre... Cuando lo supe, le dije que Él era dueño de mí y de todo lo mío, y que podía llevársela cuando quisiera... Entonces Él me dio las gracias y me dijo: «Deseo darte algo a cambio del sacrificio que te pido. Toma este rayito de sol y guárdalo para ti...».

El abuelo, que había hablado con la cabeza inclinada sobre el pecho, hizo una pausa y luego agregó mirando al niño a los ojos:

–...y esa es la historia del rayito de sol... Desde hoy lo tendremos tú y yo para nosotros solos. Será nuestro secreto y no se lo diremos a nadie más...

–¿A nadie más, abuelito?... Pero yo quiero contárselo a mamá...

El abuelo colocó el brazo alrededor de los hombros del niño y acercándolo hacia su pecho murmuró:

–No, mi hijito... No podrás decírselo a mamá porque ella ya no estará en casa cuando volvamos...

El niño se levantó de la cerca y anduvo algunos pasos como si diera tiempo para que el sentido de las palabras se abriera paso en su cerebro. Después de permanecer un instante inmóvil, levantó las manos en las que conservaba el reloj y apretándolo fuertemente contra su pecho dijo:

–Ya podemos volver a casa, ¿verdad abuelo?

El anciano se levantó trabajosamente y respondió mientras iniciaban juntos el retorno:

–Sí, vamos... –Y después de una breve pausa agregó–: ...y puedes quedarte para siempre con el reloj...

## Í N D I C E

PRESENTACIÓN .....	7
PRÓLOGO .....	9
PREFACIO .....	15
CÍRCULO .....	23
EL CORCHO SOBRE EL RÍO .....	31
EL PEQUEÑO CULPABLE .....	39
DOS PESOS PARA CIRILO .....	43
MÁS ALLÁ DEL ESPEJO .....	53
UN EPITAFIO PARA DON JUSTO .....	61
SU AMIGO ARCADIO .....	69
RETORNO .....	83
A TRAVÉS DEL MURO .....	91
CRÓNICA POLICIAL .....	99
LA CAMPANA ROTA .....	105
MATAR UN RATÓN .....	109
EDIPO .....	115
EL RELOJ .....	119



*Crónicas de Altocerro. Cuentos*, de Virgilio Díaz Grullón, de la colección «Clásicos Dominicanos, Serie I. Narrativa», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en enero de 2018, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 2,000 ejemplares.  
Santo Domingo, República Dominicana.





INSTITUTO SUPERIOR  
DE FORMACIÓN DOCENTE  
SALOMÉ UREÑA

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS  
SERIE I. NARRATIVA

ISBN 978-9945-8972-8-9



9 789945 897289